

167
CÍO



1020026030

ALFONSO



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



LA NIÑA DE LOS OJOS DE ORO.

U A N L

1552

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Es propiedad.

Núm. Clas.
Núm. Autor B 198 w
Núm. Ads. 29716
Procedencia -8-
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

LA



OJOS DE ORO

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

H. DE BALZAC.

(TRADUCCION POR G. C.)

ANEXO A
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO" 100-37
Apdo. 1525 MONTECARMEN, NUEVO LEÓN



MADRID

1880

Imprenta y litografía de LA GUIRNALDA

calle de las ... es, núm. 12.

098105

29716

843
B.

PQ 2767
.FS.
56



FONDO
RICARDO GOVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO GOVARRUBIAS

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1632 MONTERREY, MEXICO

LA NIÑA DE LOS OJOS DE ORO.

Cierta hermosa mañana de primavera, de esas en que aún las hojas no verdean, pero en las cuales el sol ardiente comienza á reflejar en los empizarrados techos, y el cielo se ostenta azul; días en que la población parisiense saliendo de sus alveolos susurra por los boulevares y se desliza cual serpiente de mil colores por la calle de la Paz en dirección á las Tullerías para saludar aquellas fiestas del nuevo himeneo de la naturaleza; en uno, pues, de esos alegres días, cierto jóven, tan bello como la luz del sol, vestido con elegancia, suelto en sus maneras, en una palabra, hijo del amor, el hijo natural de lord Dudley y de la célebre marquesa de Vordac se paseaba por la ancha avenida de las Tullerías. Este Adonis, llamado Enrique de Marsay, habia nacido en Francia, á donde lord Dudley habia traído á casar á la jóven, ya madre de Enrique, con un viejo caballero llamado M. de Marsay, especie

de mariposa sin colores ni viveza, que reconoció por suyo á este niño á cambio del usufructo de una renta de cien mil francos, cuya propiedad habia de pasar á su hijo putativo, calaverada que por cierto no costó muy cara á lord Dudley por estar entónces la renta francesa á 17'50 por 100.

El viejo caballero murió sin haber llegado á conocer á su mujer. En cuanto á ésta, casóse poco despues con el marqués de Vordac sin que ni antes ni despues se inquietase lo más mínimo ni de su hijo ni de lord Dudley. En primer lugar la guerra declarada entre Francia é Inglaterra habia separado á los dos amantes, y la fidelidad ni era ni es hoy de moda en Paris, y luego las glorias de la mujer elegante, bonita y de todos adorada, apagaron en el alma de la parisiense el amor maternal. Lord Dudley no fué ménos descuidado para con su progenie que la madre lo habia sido, y la repentina infidelidad de aquella jóven, á la que ardentemente habia adorado, le dieron una especie de aversion hácia todo lo que de ella provenia.

Además, sucede que los padres no aman sino á aquellos de sus hijos con los que tienen un continuo trato, creencia social de la más alta importancia para el reposo de las familias, y la cual deben procurar extender los

solterones como prueba de que el amor paternal es un sentimiento que solo brota cultivado en estufa por la mujer, las costumbres y las leyes.

El pobre Enrique de Marsay sólo encontró por padre al que no estaba obligado á serlo, y esta paternidad fué naturalmente incompleta. Los hijos, en el órden de la naturaleza, solamente tienen padre por breves momentos, y el caballero de Marsay, imitó á la naturaleza. El tal no hubiera vendido su nombre si no hubiera tenido vicios que sostener, por lo que comióse y bebióse alegremente en francachelas los pocos semestres que abonaba á sus acreedores el Tesoro nacional, y entregó el hijo á una hermana suya vieja, la señorita de Marsay, que cuidó del niño, dándole, merced á la corta pensión que su hermano para ello la pasaba, un preceptor. Fué este un abate sin un cuarto ni de donde le viniera, que conoedor del porvenir que al jóven esperaba, resolvió pagarse más adelante de las cien mil libras de renta, las lecciones dadas á su pupilo, y al cual acabó por tener aficion.

Era el dicho preceptor un cura en toda la extension de la palabra; uno de esos eclesiásticos cortados para ser cardenales de Francia ó Borgia con tiara. En tres años enseñó al niño lo que hubiera aprendido en diez en un cole-

gio, y la educación de su discípulo la completó aquel grande hombre, llamado el abate Maronis, haciéndole estudiar la civilización bajo todos sus aspectos. Le amamantó con su experiencia, le llevó poco á las iglesias, por aquel tiempo cerradas, varias veces á los bastidores de los teatros, y más á menudo á los camarines de las cortesanas; le mostró desarmados, y pieza á pieza, los sentimientos humanos, le enseñó la política en los salones, que es donde por aquel tiempo palpitaba, le numeró las máquinas gubernativas, y por amor hacía aquella hermosa naturaleza abandonada, más rica de esperanzas, trató de reemplazar con sentimientos viriles á esa madre de los huérfanos que se llama Iglesia.

El discípulo aprovechó tantos desvelos.

Aquel digno hombre murió obispo en 1812, con la satisfacción de dejar sobre la tierra un joven de talento y corazón tan enteros á los quince años, que daba quince y raya á un hombre de cuarenta. ¿Quién se hubiera imaginado que existían un corazón de bronce y un cerebro ya insensible al alcohol bajo el aspecto seductor que los antiguos pintores, aquellos artistas candorosos prestaban á la serpiente del paraíso terrenal? Pero no era esto todo. Aquel demonio de hopalandas negras había hecho contraer á su hijo de predilección ciertas amis-

tades en la alta sociedad de París, que podían equivaler como producto, explotadas por el joven, á otras cien mil libras de renta. En fin, el tal sacerdote, vicioso pero político, incrédulo pero sabio, pérfido pero amable, débil en apariencia, pero tan vigoroso de voluntad como de cuerpo, fué tan verdaderamente útil á su discípulo, tan complaciente con sus vicios, tan buen calculador de toda especie de fuerzas, tan profundo al hacer cualquier investigación sobre la humanidad, tan joven en la mesa, en Frascati, y en..... qué sé yo donde más, que el reconocido Enrique de Marsay solamente se enternecía en 1814, cuando contemplaba el retrato del querido abate, único objeto que le pudo legar aquel prelado, tipo admirable de los hombres, cuyo génio podría salvar á la Iglesia católica, apostólica romana, comprometida hoy por la debilidad de sus defensores y la ancianidad de sus pontífices, si es que la Iglesia quiere que la salven.

La guerra continental impidió al joven Marsay conocer á su verdadero padre, cuyo nombre no estamos seguros si sabía, y como hijo abandonado, mucho ménos conoció á Madama de Marsay. Como es natural, afectóle poco la muerte de su padre putativo, y en cuanto á la señorita de Marsay, que fué la que para él hizo las veces de madre, cuando

falleció la hizo construir en el cementerio del P. Lachaise una tumba muy bonita. Monseñor de Maronis había asegurado formalmente á aquella solterona que la esperaba en el cielo uno de los puestos más preeminentes, por lo que viéndola morir tranquila, Enrique lloró su pérdida por egoísmo.

El abate procuró secar sus lágrimas haciéndole observar que la pobre mujer tomaba tanto rapé é iba estando tan fea, tan sorda y tan fastidiosa que más bien debía estar agradecido á la muerte por habérsela llevado. Siendo ya obispo hizo emancipar á su discípulo el año 1811, y cuando la madre de Mr. de Marsay se volvió á casar, eligió en un consejo de familia uno de esos honrados acéfalos examinado por él mismo en el confesonario para administrador de aquella fortuna, cuyas rentas distribuía entre ambos, pero cuyo capital procuró conservar íntegro.

A fines de 1814 Enrique de Marsay se encontró sobre la tierra sin ninguna afección obligatoria, libre como el pájaro, con sus veintidos años cumplidos, sin aparentar más que diez y siete, y siendo considerado hasta por sus más encarnizados rivales, como uno de los muchachos más guapos de París. Tenía de su padre, lord Dudley, los ojos azules impregnados de ternura; de su madre los cabellos ne-

gros y espesos, y de ambos una sangre ardiente, un cutis de muchacha, un aspecto dulce y modesto, un continente distinguido y aristocrático y manos muy bellas. Para una mujer el verle era volverse loca, es decir, concebir una de esas pasiones que destrozan el corazón; pero que se abandonan por imposibilidad de satisfacerlas, pues la mujer en París, por lo regular, carece de tenacidad. Pocas hay de entre ellas que adopten por lema el *Je maintiendrai*, divisa de la casa de Orange. Bajo aquella trespasa juvenil y aquella limpidez de miradas, Enrique poseía el valor de un león y la destreza de un mono. Partía una bala en dos á diez pasos sobre el filo de un cuchillo, montaba á caballo como un centauro, guiaba con habilidad un coche de cuatro caballos, era listo como Querubin y apacible como un cordero; pero vencía á cualquier mozo de la clase baja á puñetazos ó á palos, y por fin y remate, tocaba el piano de tal suerte que se hubiera podido ganar la vida como artista si se llegase á quedar sin fortuna, y poseía una voz que le hubiera valido del empresario Barbaja cincuenta mil francos por temporada. Pero ¡ay! que á todas estas bellas cualidades y estos adorables defectos, acompañaba una falta horrible. No creía en los hombres ni en las mujeres, en Dios ni en el diablo. La capricho-

sa naturaleza le había formado así y un cura había completado la obra.

Para que se comprenda la aventura que vamos á referir, es necesario hacer constar que lord Dudley se encontró, como es natural, muchas mujeres dispuestas á dar al mundo otros ejemplares de tan bello retrato, y su segunda obra maestra de este género fué una jóven llamada Eufemia, nacida de una dama española, educada en la Habana, y traída á Madrid en compañía de una jóven criolla de las Antillas, con todos los ruinosos gustos de las colonias; pero afortunadamente se casó con un caballero español, viejo y rico, llamado el marqués de San Real, que durante la ocupacion de España por las tropas francesas vino á vivir en Paris en la calle de San Lázaro. Ya sea por descuido ó por puro respeto á la inocencia de los pocos años, lord Dudley nunca avisó á sus hijos de los hermanos que por do quiera les iba dando. Este es uno de los pequeños inconvenientes de la civilizacion, á la que en gracia á las grandes ventajas que nos proporciona, hay que perdonar la tales contrariedades. En una palabra, lord Dudley, vino en 1816 á refugiarse en Paris á fin de evitar las persecuciones de la justicia inglesa, que en Oriente solamente protege la mercancía. El lord viajero, cuando se encon-

tró con Enrique, preguntó quién era aquel muchacho tan guapo, y al oírle nombrar, exclamó:

—¡Qué lástima que sea mi hijo!

Tal era la historia del jóven que, á mediados de Abril de 1815, paseaba lentamente por la gran avenida de las Tullerías, semejante á esas fieras que con la conciencia de su fuerza, caminan pacíficas y majestuosas. Los honrados vecinos que pasaban se volvian con sencilla admiracion á contemplarle, y las mujeres no se volvian, pero le buscaban á la otra vuelta y procuraban grabar en su memoria para recordarla en ocasion propicia, aquella fisonomía tan bella que no hubiera desentornado colocada sobre el cuerpo de cualquiera de ellas.

—¿Qué haces aquí en domingo? preguntó á Enrique el marqués de Ronquerolles al pasar.

—Estoy de caza, respondió el jóven.

Este cambio de frases hizose entre dos miradas significativas, y sin que Ronquerolles ni Marsay diesen muestras de conocerse. Este último examinaba á los paseantes con esa mirada rápida peculiar al parisiense que, en apariencia, diríase que nada ve ni nada oye; pero que todo lo observa y lo escucha. En aquel momento, otro jóven acercóse á él, y enlazándole familiarmente del brazo, le dijo:

—¿Cómo vá, mi querido Marsay?

—Muy bien, le contestó éste, con esa afectuosa cortesanía que entre los jóvenes de París nada demuestra por el presente ni para el porvenir.

Era este nuevo personaje un aturdido recién llegado de provincias, al que los jóvenes á la moda de entónces estaban enseñando el arte de despilfarrar una herencia, pero al cual quedaba aún allá en su tierra un segundo bollo á manera de tienda ó establecimiento para comer cuando volviese. Heredero que habia pasado repentinamente de la exigua mesada de cien francos al completo de la fortuna paterna, y al cual si le faltaba el suficiente talento para conocer que se burlaban de él, tenia lo muy bastante para saber conservar en último evento la tercera parte de su fortuna. Habia venido á aprender en París, merced á algunos billetes de mil francos, el valor exacto de los arneses de un caballo, el arte de no cuidar con exceso de sus guantes, á hacer profundas meditaciones sobre las prójimas y á saber cuales eran las picardías más provechosas. Cuidaba mucho de poder llegar á hablar en términos técnicos de sus caballos y de su perro de los Pirineos, á reconocer por el traje, el aire ó el calzado á qué especie pertenecia cada mujer, á estudiar el *ecarté*, á retener en la

memoria algunas frases de moda, á conquistar por su trato con el mundo parisiense la autoridad necesaria para importar más tarde en su provincia la afición al thé y los objetos de plata de forma á la inglesa y á tener el derecho de despreciar cuanto le rodease durante el resto de sus dias.

La amistad, más ó ménos cordial de Marsay, que le habia aceptado como un hábil especulador recibe á un comisionista de confianza, era una posicion social para Pablo de Manerville, que así se llamaba el jóven en cuestion, y éste por su parte, tenía por chico listo al explotar á su manera la amistad de aquel. Vivía de su reflejo, se guarecía bajo su paraguas, calzábale con sus guantes y dorábale con sus rayos. Al presentarse con Enrique, ó para hablar con más propiedad, al arrimarse á él parecia querer dar á entender:—Cuidado con ofender á estos tigres de Bengala. Y aún á veces se atrevia á afirmar:—Si yo le digo á Enrique tal ó cual cosa, es bastante amigo mio para hacerla. Pero lo cierto es que nunca le pedia nada. Temíale, y este temor aunque apenas perceptible, influa sobre las demás y era útil á Enrique.—Marsay, decia Pablo, es todo un hombre que llegará á donde se proponga, ya lo vereis. No me extrañaría verle el mejor dia conseguir la

cartera de ministro de Estado. No hay cosa que á él se resista.—Además, hacia con Marsay lo que el cabo Trim con su gorra, que era su perpétua muletilla.

—Preguntadle á Marsay y vereis si es verdad.—El otro día cazamos juntos Marsay y yo, y aunque parezca mentira he saltado un seto sin tocar con el caballo.—Marsay y yo estuvimos en casa de unas buenas mozas, y yo, palabra de honor... etc., etc.

De todo lo cual resulta que Pablo de Manerville podia ser clasificado entre la grande, ilustre y poderosa familia de los tontos con fortuna y que probablemente llegaria á ser con el tiempo diputado, si bien por el momento no pasaba de ser un jóven de sociedad al que su amigo Marsay definia diciendo:—¿Con que quereis saber lo que es Pablo? pues, Pablo es... Pablo de Manerville.

—Me admira el verte aquí en domingo.

—Digo lo mismo respecto á tí.

—Habrá alguna intriga de por medio.

—¿Una intriga?

—¡Vaya!

—Pues, bien, esto te lo puedo contar sin comprometer por ello á la interesada. Al cabo una mujer que viene los domingos á las Tullerías, no es persona de mucha importancia, aristocráticamente hablando.

—¡Hola! ¡hola!

—Cállate, ó no te cuento una palabra más; te ries con tanto estrépito que van á creer que hemos almorzado fuerte. Es el caso que el jueves último paseábame aquí por la terraza de los Fuldenses, sin pensar en cosa alguna cuando al llegar á la verja de la calle de Castiglione, ya para marcharme, doy de manos á boca con una mujer ó por mejor decir con una muchacha que si no me dió un abrazo fué más que por respetos del buen parecer, por uno de esos profundos asombros que paralizan brazos y piernas y descendiendo por la espina dorsal clavan los talones en el suelo. Con frecuencia he producido efectos parecidos, especie de magnetismo animal que adquiere gran potencia cuando las distancias respectivas se acortan. Pero ni la estupefacción de la jóven ni la jóven misma tenían nada de vulgares. Moralmente hablando su rostro parecia decir.—¿Cómo! ¿eres tú, ideal mio, personificación de mis pensamientos, de mis ensueños de todos los días y de todas las noches? ¿cómo estás aquí? ¿por qué te encuentro esta mañana? ¿por qué no ayer? tómame, tuya soy etc., etc.—Vamos, me dije, una más y entónces la examiné. ¡Ah! querido amigo, físicamente hablando era la mujer más adorable que he visto. Pertenecía á esa variedad de la especie femenina que

los romanos llamaban *fulva, flava*, mujer de fuego. Y sobre todo lo que más me chocó fueron dos ojos amarillos como los de los tigres, de un amarillo de oro que brilla, de oro que vive, de oro que piensa, de oro que ama y desea ser nuestro.

—Pues no conocemos otra cosa, exclamó Pablo. Suele venir por aquí algunas veces, es la *niña de los ojos de oro*. Así la llamamos. Es una joven como de veintidos años á quien hemos visto aquí mucho en tiempo de los Borbones, pero acompañada de una mujer que vale cien mil veces más que ella.

—Calla, Pablo. Es imposible que exista mujer ninguna que pueda sobrepasar en hermosura á esta muchacha que parece una gata dispuesta á venir á frotarse mimosamente en nuestras piernas. Es una niña blanca, de cabellos de un rubio ceniciento, delicada en apariencia, pero que debe tener un sedoso vello blanco en la tercera falange de sus dedos y blanco vello también, solamente perceptible con la clara luz del sol que desde las orejas la descende por el cuello.

—¡Ah! pues la otra, querido Marsay tiene unos ojos negros que jamás han llorado, negras cejas que se unen dándole un aspecto de energía desmentido por el contorno de sus labios, labios ardientes y frescos que no conservan la

impresion de los besos que reciben, cutis de tinte árabe ante el cual un hombre se calienta como al sol; más por mi fé que te se parece...

—¡Pues la adulas!

—Y luego un talle de líneas ondulantes semejante á una ligera corbeta pronta á arrojar-se sobre un barco mercante con impetuosidad francesa y á morderle y echarle á pique en dos acometidas. ¡Y á mí qué me importa la que no he visto! repuso Marsay. Ello es que desde que estudio las mujeres, mi desconocida es la única cuyo seno virginal unido á formas ardientes y voluptuosas ha realizado la mujer de mis ensueños. Es el original de esa delirante pintura conocida por *la mujer acariciando á su quimera*, la más ardiente y más infernal inspiracion del génio de la antigüedad; santa poesía prostituida por los que la han copiado en frescos y mosaicos y por una porcion de gentes vulgares que solamente ven en este camafeo un dije que cuelgan de la cadena de su reloj, cuando es la mujer toda entera, abismo de placeres por el cual rodamos sin encontrar el fin, la mujer ideal que se encuentra á veces realizada en España y en Italia y casi nunca en Francia. Pues bien, yo he encontrado en esa niña de los ojos de oro á la mujer acariciando su quimera. La volví á ver el viernes. Presumí que la volvería á ver al otro día y no me

engañó. Ayer la seguí sin que ella lo notara y fui estudiando su manera de andar indolente cual de mujer ociosa, pero en cuyos movimientos se adivina la voluptuosidad que duerme. Una vez se volvió y al verme me miró con adoración y de nuevo se estremeció como asombrada. Entonces reparé en la auténtica dueña española que la guarda, semejante á una hiena vestida por un celoso con un traje de mujer; una bruja pagada para vigilar á esta celestial criatura... ¡Oh! la tal dueña me ha hecho, además de enamorado, curioso. Hoy, en fin aquí me tienes esperando á esa mujer, cuya quimera soy y con el deseo de verme en situación análoga al monstruo de aquella pintura al fresco.

—Mírala, exclamó Pablo, todo el mundo se vuelve á contemplarla.

La desconocida se estremeció, chispearon sus ojos al ver á Enrique, luego los cerró y siguió su camino.

—¿Y dices que se fija en tí? dijo Pablo con tono bromista.

La dueña miró fijamente y con atención á los jóvenes. Cuando la desconocida y Enrique se encontraron de nuevo, ella pasó rozando, y su mano estrechó la del joven, luego volvió la cabeza y se sonreía; pero entonces la dueña la condujo con paso precipitado en

dirección á la verja de la calle de Castiglione.

Los dos amigos siguieron á la joven admirando el magnífico contorno de su cuello sobre el que asentaba la cabeza con una combinación de líneas vigorosas, y en el que se ensortijaban algunos rizos de cabellos cortos. La niña de los ojos de oro tenía los pies pequeños, bien sentados y de levantado empeine, pies adorables, elegantemente calzados y que permitía ver la falda un poco recogida; durante este trayecto, ella se volvía á cada momento para mirar á Enrique, y seguía contra su voluntad á aquella vieja, de la cual debía ser á la vez la dueña y la esclava, sér á quien podría hacer matar á palos, pero no separar de sí. Así á lo ménos parecía. Los dos amigos llegaron á la verja, dos lacayos con librea bajaron el estribo de una berlina elegante y con escudos de armas en la portezuela, y la niña de los ojos de oro montó la primera, colocóse en el costado desde donde debiera ser vista al dar la vuelta el coche, sacó la mano por la ventanilla é hizo señas con el pañuelo á despecho de la dueña, y burlándose del *qué dirán* de los curiosos, dando á entender públicamente con su pañuelo á Enrique:—Seguidme.

—¿Has visto jamás hacer mejor señas con el pañuelo? dijo Enrique á Pablo de Manerville.

Viendo luego un coche de plaza que acababa de dejar gente y se disponía á marcharse, hizo la señal al cochero para que se detuviese, y le dijo:

—Seguid á esa berlina hasta ver en que calle y casa se para. Diez francos. Adios, Pablo.

El coche de plaza se puso en seguimiento de la berlina que entró, por fin, en uno de los más bellos hoteles de la calle de San Lázaro.

De Marsay, que no era un aturdido, se guardó muy bien de obrar como cualquier otro en su caso hubiera hecho, deteniéndose á adquirir noticias sobre aquella jóven que tan por completo realizaba sus más brillantes ensueños, acordes con los expresados por la poesía de Oriente sobre la mujer, y bastante diestro para no comprometer aquella conquista que se le presentaba, habia ordenado á su cochero que siguiese toda la calle de San Lázaro y le llevase á casa.

Al día siguiente su ayuda de cámara llamado Lorenzo, mozo listo como un Frontin del teatro antiguo, esperaba en las inmediaciones de la casa habitada por la desconocida, la distribución del correo. Para poder espiar mejor é imitando lo que los polizontes suelen hacer cuando tratan de disfrazarse bien, tomó el aspecto y hasta la expresion de un auver-

nés, y viendo venir al cartero de servicio de la calle de San Lázaro, Lorenzo dándose aires de quien se le ha olvidado el nombre de la persona á la que tiene que entregar un encargo, se dirigió á él. Engañado en un principio por las apariencias le indicó que el hotel donde vivía la niña de los ojos de oro era propiedad del marqués de San Real, grande de España. Naturalmente el auvernés dijo que no se trataba del marqués, añadiendo:

—Mi encargo es para la marquesa.

—Está ausente, replicó el cartero. Sus cartas se las envían á Londres.

—¿La marquesa no tiene una hija que...?

—¡Ah! ¡ya! exclamó el cartero interrumpiéndole, y mirándole atentamente, lo mismo eres tú mozo de esquina que yo bailarín.

Lorenzo enseñó algunas monedas de oro al digno empleado que se echó á reir y sacando una carta con sello de Londres le dijo:

—Este es el nombre de la paloma que buscas.

El sobre decía:

A la señorita

Doña Paquita Valdés

Calle de San Lázaro, hotel de San Real.

PARIS.

La letra era menuda y fina como de mano de mujer.

—Desdeñarías una botella de buen vino de Chablis acompañada de un filete con setas y precedida de una docena de ostras? dijo Lorenzo para conquistar la preciosa amistad del cartero.

—A las nueve y media concluyo el servicio. ¿Dónde?

—En la esquina de la calzada de Autin y de la calle nueva de Maturinos en el *Pozo sin vino*, repuso Lorenzo.

Cuando aquella noche se encontraron de nuevo, el cartero habló así al ayuda de cámara.

—Buen amigo, si vuestro amo está enamorado de esa muchacha, ¡famoso trabajo le espera! Me temo que no va á lograr verla. Diez años llevo de cartero, y ya podeis figuraros si habré visto sistemas varios de puertas; pero os aseguro, y desafío á cualquiera de mis compañeros á que me pruebe lo contrario, que no hay puerta más misteriosa que la de ese señor de San Real. Nadie puede penetrar en el hotel sin yo no sé qué consigna, y como habreis observado está edificado entre un patio de entrada y un jardín para impedir toda comunicacion con las otras casas. El portero es un viejo español que no habla una palabra de

francés; pero que examina á las gentes minuciosamente. Por si este primer guardián pudiera dejarse engañar por un amante ó por un ladron, en la primera sala, cerrada con puerta vidriera, está un mayordomo rodeado de lacayos, viejo centinela, aún más intratable y uraño que el portero. A todo el que pasa de la puerta el mayordomo le retiene en el peristilo y le interroga como á un reo, como me ha sucedido á mí, simple cartero, á quien tomó, como decia riendo, por un *emisferio* disfrazado (emisario quiso decir). En cuanto á los criados no conteis con ellos, pues creo que son mudos, á lo ménos nadie en el barrio conoce su metal de voz. Yo no sé cuánto les pagarán de salario por no hablar ni beber, ello es que son inabordables, sea por temor de que los fusilen, ó por el de perder alguna prometeda enorme suma en caso de indiscrecion. Y si el amor de vuestro amo á Paquita Valdés le hace vencer todos estos obstáculos, no conseguirá triunfar de doña Concha Marialva, su dueña de compañía, que es capaz de metérsela en los bolsillos antes que separarse de su lado. Diríase que á estas dos mujeres las han cosido una á otra.

—Todo lo que me contais, amigo cartero, dijo Lorenzo, despues de saborear el vino, me confirma las noticias que ya tengo, y que á fe

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO MARTEL"
Año. 1965 MONTECERRE, N. L.

mía, creí que se burlaban de mí al decírmelas. La portera de enfrente me ha referido que dejan sueltos por el jardín unos perros cuya comida se la colocan colgada de unos palos, de modo que no les sea posible alcanzarla, con objeto de que los tales animales crean que el que entra va á quitarles su pitanza y le destruyen á bocados. Se me dirá que se les podría echar estriguina, mas parece que están adiestrados á no comer cosa alguna sinó de mano del mayordomo.

—Eso mismo me ha contado el portero del señor baron de Nucingen, cuyo jardín linda con el del hotel de San Real, dijo el cartero.

—Ese es amigo de mi amo, replicó Lorenzo. Por que habeis de saber, continuó, guiñando un ojo al cartero, que mi amo es muy atrevido, y si se le mete en la cabeza que la ha de dar un beso en la planta del pié á una emperatriz, teadria esta señora que consentirlo. Tal vez tengais ocasion de serle útil, lo que me alegraría, pues es muy generoso. ¿Podríamos contar con vos?

—Diantre, señor Lorenzo, mi nombre para lo que gusten mardar es Moinot; se escribe así: M-o-i-n-o-t.

—Está bien, dijo Lorenzo.

—Vivo en la calle de Tres hermanas, número 11, piso quinto, continuó aquel, y ten-

go mujer y cuatro hijos. Si puedo ser útil en algo, que no sea contra mi conciencia ni contra mi destino, ya sabeis que estoy á vuestra disposicion.

—Sois todo un hombre, le dijo Lorenzo, estrechándole la mano y despidiéndose.

Cuando el ayuda de cámara le contó á Enrique lo que queda referido, dijo éste:

—Paquita Valdés debe de ser la querida del marqués de San Real, el amigo íntimo de Fernando VII. Solamente un viejo español de ochenta años, casi un cadáver, es capaz de tomar tantas precauciones.

—Señor, le dijo Lorenzo, á ménos de ir en globo no hay medio de penetrar en esa casa.

—¡Qué necio eres! ¿acaso hay necesidad de entrar en ella para conseguir á Paquita, cuando Paquita puede salir?

—Pero, señor, ¿y la dueña?

—Se la encerrará por unos dias.

—Entónces nuestra es Paquita, dijo Lorenzo, frotándose las manos.

—Tunante, exclamó Enrique; si vuelves á hablar con tan poco respeto de una mujer á quien yo quiero te entrego á doña Concha. Ven á vestirme que voy á salir.

Enrique se quedó un rato abismado en sus risueñas ideas. En alabanza de las mujeres podemos decir que se rendian á él cuantas bien

le parecían, y decimos en alabanza, porque qué pensar sino de la mujer sin amante que se hubiera resistido á un jóven dotado de belleza, que es el talento del cuerpo, y de talento que es la belleza de la inteligencia y adornado de fuerza moral y de fortuna que son las dos verdaderas potencias? Pero estos fáciles triunfos le habían desencantado desde hacia cosa de dos años, y al sumergirse en la voluptuosidad, encontró más ciego que perlas, por lo que había llegado como algunos emperadores á desear cualquier obstáculo que vencer, una empresa que exigiese el empleo de sus inactivas fuerzas físicas y morales. Si bien Paquita Valdés le ofrecía reunidas maravillosamente las perfecciones de que no había gozado más que por separado, el atractivo de la pasión era para él casi nulo. Una constante saciedad había debilitado en su corazón el sentimiento del amor y á semejanza de los viejos y de las personas hastiadas, sólo le quedaban caprichos extravagantes, gustos ruinosos y fantasías que una vez realizadas no le dejaban impresión grata alguna en el corazón. Para los jóvenes el amor es el más bello de los sentimientos, pues hace florecer en el alma la vida y brotar bajo sus rayos las más hermosas inspiraciones, y el gusto por todo lo grande; para los hombres es una pasión cuya violencia sue-

le llevarles hasta el abuso. Para los viejos se convierte en un vicio y su impotencia los conduce á la exageración. Enrique era á la vez viejo, hombre y jóven. Para experimentar las emociones de un verdadero amor hubiera necesitado como Lovelace una Clarisa Harlowe, y á falta del reflejo mágico de esa perla imposible de encontrar, sólo le quedaban ya tal cual pasión aguijoneada por alguna vanidad parisiense, ya alguna apuesta hecha consigo mismo de hacer llegar á una mujer determinada á un marcado grado de corrupción ó bien cualquier aventura que estropease su curiosidad. La relación que le acababa de hacer Lorenzo su ayuda de cámara, había venido á dar una gran importancia para él á la niña de los ojos de oro. Tratábase de reñir batalla con un secreto enemigo al parecer tan peligroso como hábil, y para alcanzar la victoria, todas las fuerzas de Enrique no eran inútiles. Iba á representar esa eterna comedia siempre nueva, cuyos personajes son un viejo, una jóven y un amante. El marqués de San Real, Paquita y Marsay. Si Lorenzo podía pasar por Figaro, en cambio la dueña era incorruptible, así, es, que la comedia de la realidad tenía por azar un argumento más complicado que el que pudo nunca imaginar un autor dramático. ¡Pero acaso el azar no

es también un dramático de gran ingenio?

—Habrá que apretar las clavijas, se dijo Enrique.

—Hola, dijo á esta sazón entrando Pablo de Manerville, aquí me tienes, que vengo á almorzar contigo.

—Sea en buen hora, contestó Enrique. No llevarás á mal que me vista en presencia tuya?

—¡Qué ocurrencia!

—Vamos tomando tanto de los ingleses en estos tiempos, que no tendría nada de extraño que nos volviésemos hipócritas y pudibundos como ellos.

Lorenzo á todo esto había dispuesto para su amo tantos chismes y objetos diversos y tantas cosas bonitas, que Pablo no pudo menos de decir:

—Presumo que vas á tener tarea para dos horas.

—No, replicó Enrique, para dos y media.

—Bueno, mas ya que estamos solos, hablando en confianza, ¿podrías explicarme por qué un hombre de talento como tú, porque tú tienes talento, afecta una presunción que no es natural en tí? ¿A qué fin pasar dos horas y media en componerse, cuando bastaría con tomar un baño de un cuarto de hora, peinarse en diez minutos y vestirse?

—Como prueba grande del cariño que te profeso, aunque eres un tonto de capirote, voy á revelarte mis más ocultas y profundas ideas sobre el asunto, le contestó el joven, mientras su ayuda de cámara le frotaba los pies con un cepillo suave empapado en jabon inglés.

—Te doy por ello las más sinceras gracias, repuso Pablo; y te aprecio como superior á mí que eres en todo.

—Has debido notar, si es que eres capaz de notar los hechos morales, que á las mujeres les gustan los fátuos, continuó Marsay sin dignarse contestar á la galantería de Manerville. ¿Y sabes tú por qué es esto? Pues consiste en que los fátuos son los únicos hombres que cuidan de su persona, y el cuidar de su persona indica una atención en favor de otra. El hombre que no se pertenece á sí mismo es el que tiene más atractivos para la mujer, porque el amor es esencialmente egoísta. Al hablar así no me refiero á ese exceso de compostura que rechazan ellas por de mal gusto. Recuerdas alguna mujer apasionada de un hombre súcio, aunque sea por otra parte de gran mérito? Si acaso existe alguna debimos contarla en el número de las mujeres antojadizas, como sucede con las embarazadas, y su capricho viene cual una de esas ideas descabe-

lladas que á cualquiera le vienen á veces á la imaginacion. Por el contrario, he visto á personas muy importantes recibir desaires solamente por su incuria. Un fátuo que se ocupa de su persona, ciertamente que sólo se ocupa de bagatelas y cosas sin importancia. Ahora bien, ¿qué es la mujer más que una bagatela y una cosa sin importancia, á la que con cuatro palabras bonitas se la da entretenimiento para cuatro horas? Por otra parte está segura de que el fátuo solamente se ocupará de ella sin cuidarse para nada de esas grandes meretricas que se llaman gloria, política, ambición ó arte, y que son sus más temibles rivales. Añade que los fátuos tienen el valor de cubrirse de ridículo con tal de agradar á una mujer, y los corazones de las hembras están llenos de recompensas para el que arrostra el ridículo por amar. En fin, un fátuo no es fátuo, sino porque debe serlo, y las mujeres son las que nos clasifican de tales. El es el jefe de ese batallón del amor que forman las mujeres, y en París, donde todo se sabe, un hombre no puede volverse fátuo de buenas á primeras. Tu que no tienes más que una querida, en lo cual quizás hagas bien, trata de convertirte en fátuo y verás como no pasas de ridículo, trasformándote en un anacronismo con dos piés, en uno de esos hombres condenados á ser

siempre lo mismo, y solamente significarás tontería, como M. de Lafayette, significa América; M. de Talleyran, diplomacia; M. de Segur, cuento. Si cualquiera de éstos se saliese de su papel, lo que hiciesen, sea lo que fuese, parecería cosa secundaria, que tan soberanamente injustos somos siempre en Francia, y acaso M. de Talleyrand fuera un gran banquero, Lafayette un tirano y Desaugiers un excelente empleado. El año que viene se nos ofrecerán rendidas cuarenta mujeres, y al presente, tal vez no hay una que nos haga caso. Así pues, amigo Pablo, ten entendido que la fatuidad es un signo del incontrastable poder adquirido sobre la multitud femenina; que todo hombre amado por muchas mujeres adquiere fama de estar dotado de cualidades superiores, y que todas van entónces á ver cual es la que se le lleva. Y por último, no tengas por cosa baladí eso de tener el derecho de entrar en un salon, mirar á todo el mundo desdenosamente y despreciar al hombre más importante, si ostenta un chaleco de forma atrasada. Ten cuidado, Lorenzo, que me haces daño. Con que despues de almorzar Pablo iremos á las Tullerías á ver á la niña de los ojos de oro.

Tras un excelente almuerzo, ambos jóvenes fuéronse á pasear por la terraza de los

Fuldenses y la avenida de las Tullerías, sin encontrar por parte alguna á Paquita Valdés, á causa de la cual andaban por allí más de cincuenta mancebos elegantes, perfumados, apuestos y presumidos, paseando, hablando, riendo y dándose á todos los demonios.

—Tiempo perdido, dijo Enrique. Pero me ocurre una idea excelente. Esta muchacha recibe cartas de Lóndres; pues es preciso sobornar ó emborrachar al cartero, apoderarse y abrir una de esas cartas, naturalmente leerla, é incluir en ella un billete de amor, volverla á cerrar y enviársela de nuevo. El viejo tirano, *crudel tiranno*, debe saber indudablemente quien escribe dichas cartas de Lóndres y no desconfía.

Al siguiente día volvió Marsay á pasear por la terraza de los Fuldenses, y halló á Paquita, la que le pareció aún más hermosa, apasionado como empezaba á estar, enloqueciéndole aquellos ojos cuyos rayos, semejantes á los del sol, eran como destellos de aquel ardiente y perfecto cuerpo todo voluptuosidad. Marsay quería pasar rozando con el traje de la jóven cuando se encontraban, pero sus tentativas eran siempre vanas. Una vez se adelantó á Paquita y la dueña para encontrarse con la niña de los ojos de oro al dar la vuelta. Paquita no ménos impaciente se

adelantó rápidamente y Marsay sintió que le apretó la mano de un modo á la vez tan rápido y tan significativamente apasionado, que experimentó una sensación cual si le hubiera tocado una chispa eléctrica, é instantáneamente brotaron en su corazón todas las emociones juveniles. Cuando ámbos amantes se miraron, Paquita pareció avergonzarse, bajó los ojos por no encontrarse con los de Enrique, pero sus miradas se fijaron en los pies y en el talle de aquel, como decían las mujeres antes de la revolución, *su conquistador*.

—Decididamente, esta muchacha será mi querida, se dijo Enrique.

Siguióla hasta el final de la terraza por el lado de la plaza de Luis XV, y vió por allí al anciano marqués de San Real que se paseaba apoyado en el brazo de un criado caminando con toda la parsimonia de un gotoso. Doña Concha, que desconfiaba de Enrique, colocó á Paquita entre ella y el viejo.

—¡Oh! tú, dijo para sus adentros Marsay, lanzando á la dueña una mirada de desprecio, si no es posible hacerte capitular, el ópio te hará dormir. De algo han de servir la mitología y la fábula de Argos.

Antes de subir al coche, la niña de los ojos de oro cambió con su amante algunas miradas, cuya expresión no dejaba lugar á duda

y que acabaron de trastornar á éste; pero la dueña sorprendió una de ellas y dijo vivamente algunas palabras á Paquita, que se lanzó al interior de la berlina con aire desesperado. Durante algunos días no volvió ésta á las Tullerías, y Lorenzo, que por orden de su amo espía en los alrededores del hotel, supo por los vecinos que ni las dos mujeres ni el marqués habían vuelto á salir desde el día en que la dueña sorprendió las miradas entre la jóven confiada á su cuidado y Enrique. Aquel hilo débil que á ámbos amantes unía, estaba roto.

Pocos días después, y sin que podamos decir por qué medios se lo procuró, Marsay tenía en su poder un sello y lacre exactamente iguales á los que cerraban las cartas que enviaban de Londres á la señorita de Valdés, papel igual al de que se servía aquel correspondencia, y todos los utensilios necesarios para imitar los sellos de correos ingleses y franceses, y dándole exteriormente todo el aspecto de una de las cartas de Londres, escribió la siguiente misiva:

«Paquita querida; inútil es que os pinte la pasión que me inspiráis. Si participáis de ella, sabed los medios por los que podemos comunicarnos. Me llamo Adolfo de Gonges, vivo en la calle de la Universidad, número 54.

Si estais vigilada, si no teneis papel ni plumas, vuestro silencio me lo dará á entender. En este supuesto, si mañana entre ocho de la mañana y diez de la noche no habeis arrojado una carta por cima de la tápia del jardín del baron de Nucingen, donde la esperará un hombre de mi confianza, pasado mañana á las diez de la misma, recibireis por el mismo sitio y atados á una cuerda dos frascos. Paseaos por aquel sitio á esa hora. Uno de los frascos, el liso, contendrá ópio; con seis gotas podreis hacer dormir á vuestra Argos, el otro, el tallado, tinta. Serán pequeños para que los podais ocultar en el pecho. Esto que hago os probará si os amo. Creedme, por una hora con vos daría mi vida.»

—¡Y todas estas cosas se las creen las pobres! decía para sí Marsay, y hacen bien. Si así no fuera, ¿qué pensaríamos de la mujer que no se dejase convencer por una carta de amor acompañada de pruebas tan concluyentes?

La anterior carta fué entregada el día siguiente á las ocho de la mañana por el cartero, señor Moinot, al portero del hotel de San Real.

Con el fin de estar más cerca del campo de batalla, Marsay se fué á almorzar con Pablo que vivía en la calle de Pepinier. Serian las dos de la tarde y ámbos amigos hacían risue-

ños comentarios sobre la decepcion de cierto jóven que sin medios para ello habíase querido lanzar á la vida elegante, y preludiaban el fin que tendria, cuando el lacayo de Enrique se presentó á ellos conduciendo á un misterioso personaje que parecia deseaba hablarle. Era un mulato que hubiese podido servir de modelo á Talma para hacer el Otelo. Jamás cara africana expresó mejor toda la grandeza de la venganza, la rapidez de la sospecha, la pronta ejecucion del pensamiento, la energía del moro y su irreflexion infantil. Los ojos negros tenian la fijeza de los de un ave de rapina y estaban cual los del cuervo, rodeados de una membrana azulada desprovista de pestañas. La frente estrecha y deprimida tenia algo de amenazador. Aquel hombre estaba evidentemente bajo el peso de una sola idea. Sus nerviosos brazos los empleaba en sujetar á otro hombre que en todos los idiomas desde el groelandés hasta el de nueva Inglaterra hubiérase definido con esta frase: *un desdichado*. Tras esta palabra todo el mundo podrá figurarse, salvo los detalles particulares á cada nacion un rostro, pálido, contraído y rojo en las partes prominentes y una boca entreabierta. Traia una corbata amarillenta y retoreida, el cuello de la camisa súcio, un sombrero viejo, un redingte verdoso, un pantalon

raido, un chaleco recosido, un alfiler de similor, los zapatos súcios y las cintas de ellos manchadas de barro. ¿Quién al verle no hubiera comprendido que era un sér desgraciado en el pasado y en el presente? Un parisiense, sobre todo, le hubiera calificado así, porque el hombre desgraciado de Paris es el desgraciado completo, á causa de que su mismo carácter jovial le hace ver con más claridad toda la extension de su miseria. El mulato parecia un verdugo de Luis XI llevando á un hombre á ahorcar.

—¿A qué vienen aquí este par de pícaros? dijo Enrique.

—¡Diantre! uno de ellos espanta, añadió Pablo.

—Veamos, tú que pareces el más civilizado de los dos, ¿quién eres? dijo Enrique dirigiéndose al que tenia aspecto de desgraciado.

El mulato, á todo esto, permanecia con los ojos fijos en ambos jóvenes, con aire de no comprender una palabra, pero como quien trata de adivinar por los gestos y el movimiento de los lábios.

—Soy escribiente é intérprete, contestó el otro. Estoy en el Palacio de Justicia y me llamó Poincet.

—Está bien: ¿y este otro? continuó Enrique señalando al mulato.

—Este no sé quién es. Habla solamente español y me trae aquí para entenderse con vos.

El mulato sacó del bolsillo la carta de Enrique á Paquita, se la entregó y éste la arrojó al fuego diciendo:

—Vamos, esto comienza á aclararse. Pablo déjanos solos un momento.

—Yo le he traducido esa carta, continuó el intérprete cuando quedaron solos, despues que se la traduje, se fué yo no sé donde y luego volvió á buscarme para traerme aquí ofreciéndome dos luises.

—¿Qué tienes que decirme, Chino? preguntó Enrique.

—He suprimido la palabra *chino*, dijo el intérprete, despues de repetir la anterior pregunta y mientras esperaba la contestacion del mulato. Dice, señor, continuó, que mañana á las diez y media de la noche esteis en el boulevard Montmartre, cerca del café. Que allí habrá un coche, en el que entrareis, diciendo al que os abra la portezuela la palabra *cortejo*, que quiere decir *amante*. Y el intérprete dirigió, al decir esto, una mirada de felicitacion á Enrique.

—Está bien.

El mulato iba á dar los dos luises, pero Marsay se opuso y recompensó por su cuenta

al intérprete. Entre tanto el mulato pronunció algunas palabras.

—¿Qué dice?

—Me previene, contestó el hombre desgraciado, que si cometo la más ligera indiscrecion que me extrangula. Y la verdad es, que me parece muy capaz de ello.

—Estoy seguro, repuso Enrique, de que lo haria como lo dice.

—Añade, continuó el intérprete, que la persona que le envia, le encarga deciros que por vos y por ella seais muy prudente, pues los puñales alzados sobre vuestras cabezas, se hundirian en vuestros corazones sin que poder humano alguno consiguiese evitarlo.

—¿Ha dicho eso? Pues tanto mejor; así será la cosa más divertida. Pablo, dijo, llamando á su amigo, ya puedes entrar.

El mulato que no habia cesado de mirar un momento al amante de Paquita Valdés con atencion extrema, se marchó seguido del intérprete.

—Héme aquí metido en una aventura muy romántica; dijóle Enrique á Pablo. Despues de tantas como he corrido he venido á encontrarme en pleno París con una rodeada de circunstancias graves y peligros serios. ¡Pero qué animosas torna el peligro á las mujeres! Circundarlas de obstáculos, sujetarlas, es única-

29716

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE DE MONTECERRE, MEXICO

mente darlas derecho y fuerza para que salten impacientes la valla ante la cual se hubieran detenido años enteros. Sáltala, pues, divina criatura, ¿mas quién piensa en morir, pobre niña? Los puñales solamente existen en la imaginación de las mujeres, que todas tienen la manía de querer rodear de importancia á estas aventurillas. Pues, señor, lo pensaremos Paquita, lo pensaremos, hija mía, porque lléveme el diablo si desde que estoy seguro que esa hermosa muchacha, esa obra maestra de la naturaleza va á ser mía no ha perdido para mí esta aventura parte de su interés.

A pesar de estas frases vanales lo cierto es que en Enrique se había despertado el jóven impetuoso, y para poder esperar hasta el día siguiente y dominar su impaciencia tuvo que recurrir á aturdirse en los placeres. Jugó, comió, cenó con sus amigos, bebió como un cochero, tragó como un alemán y ganó diez ó doce mil francos, salió de Rocher de Cancale á las dos de la mañana, durmió como un niño, levantóse al otro día fresco y sonrosado y vistióse para ir á las Tullerías con propósito de montar á caballo después de haber visto á Paquita, para hacer apetito y comer bien y matar de este modo el tiempo.

A la hora prevenida Enrique se dirigió al boulevard, encontró el coche, dió la contrase-

ña á un hombre que le pareció el mulato, y éste en cuanto la oyó abrió con presteza la portezuela y bajó el estribo. Con tal rapidez llevaron á Enrique y de tal manera le ocupaban sus pensamientos que ni hizo alto en las calles que cruzaban ni donde el coche paró. El mulato le introdujo en una casa, cuya escalera arrancaba desde el portal y estaba oscura lo mismo que el descansillo en el que el jóven tuvo que esperar mientras aquel habría la puerta de una habitación húmeda, nauseabunda, sin luz, y cuyas habitaciones apenas alumbradas por la vela que su guía encendió en la antesala, le parecieron desiertas y mal amuebladas como casa, cuyos dueños están ausentes. Creyó sentir la misma sensación que había experimentado leyendo una novela de Ana Radcliffe, en la cual el héroe atraviesa salas frías, sombrías y desiertas de un edificio triste y deshabitado.

Por fin, el mulato abrió un salón. El estado de los viejos muebles y antiguas colgaduras que le adornaban dábanle cierto aspecto sospechoso. Había en él como una pretensión de elegancia y una variedad de objetos de mal gusto, todos cubiertos de polvo y de grasa. En un sillón forrado de terciopelo rojo de Utrech, junto á la chimenea que humeaba, y en la que brillaban algunas áscuas medio en-

terradas entre cenizas, hallábase una vieja bastante mal vestida y con la cabeza cubierta con uno de esos turbantes inventados por las inglesas de edad madura y que darian gran golpe en China, país en que el bello ideal de sus artistas, es la monstruosidad. El salón, la vieja, la chimenea medio apagada, todo hubiera helado el amor, si Paquita no hubiera estado allí sentada en una butaca, voluptuosamente envuelta en una bata, lanzando libremente sus miradas de oro y de fuego, mostrando su piecécito y moviéndose con gracia extrema.

Aquella primera entrevista fué como son todas las primeras entrevistas entre dos apasionados que han recorrido cierto espacio de camino en poco tiempo, que se desean ardentemente y que se conocen poco. Es imposible que no se empiece por encontrar ciertas discordancias en situación tan tirante, hasta el momento en que ambas almas se han puesto al unísono. Si el hombre muestra excesivo ardor y trata de avanzar demasiado, ella, ó no es mujer ó por grande que su amor sea, se mostrará asustada por haber llegado tan pronto á la situación final y verse obligada á ceder, cosa que para muchas mujeres es como lanzarse á un abismo, en el fondo del cual las espera lo desconocido.

La involuntaria frialdad de la mujer contrasta con la ardiente pasión de que se confesaba presa ó influyendo necesariamente sobre el amante más fogoso, ciertas ideas que comunmente flotan vagas, cual vapores en torno del alma, parecen causar una enfermedad pasajera. En ese ameno viaje que dos seres emprenden al través del bello país del amor, estos momentos son como unas landas que hay que atravesar, landas sin brumas, ya húmedas, ya abrasadas, llenas de secas arenas, cortadas por pantanos, y al fin de las cuales se entra en los risueños y floridos verjeles, donde sobre la menuda hierba tiene su asiento el amor, rodeado de su cortejo de placeres. Con frecuencia el hombre de más talento se siente acometido de una sonrisa estúpida, que es para todo su única respuesta, y su imaginación está como adormecida bajo la fría compresión del deseo. No es extraño que quizás los seres igualmente bellos, espirituales y apasionados comiencen por hablar de generalidades sin sustancia, hasta que la casualidad, una palabra, el temblor de una mirada, una chispa invisible que se comunica, les conduce por una feliz transición al florido sendero, por el que no se camina, sino que se rueda sin llegar al fondo. Tal estado del alma está siempre en razón inversa de la violencia de los sentimientos, y entre dos que

se quieren poco, no sucede nada de esto. Los efectos de esta crisis podrian ser comparados á los que produce el reflejo de un cielo sin nubes, que á la primera vista parece que la naturaleza está cubierta con una gasa, el firmamento azul semeja negro, y la brillante luz tinieblas. En Enrique y en la española habia igual violencia, y esa ley de la estética, en virtud de la cual dos fuerzas iguales y contrarias se anulan, pudiera ser tambien una ley en el órden moral. Añádase á esto que momento tan embarazoso veíase agravado con la presencia de aquella vieja momia, y el amor es por naturaleza asustadizo, todo para él tiene un sentido, todo es un presagio feliz ó funesto. Aquella mujer decrepita estaba allí cual un desenlace inmutable, semejante á esas horribles colas de pescado con que los simbólicos génius de la Grecia terminaban las Quimeras y Sirenas, tan seductoras y provocativas de la cintura arriba, cual lo son las pasiones en sus comienzos. Por más que Enrique fuera, no un *esprit fort*, frase ya del mal gusto, sino un hombre de extraordinaria entereza, y todo lo grande que puede ser un hombre sin creencias, el conjunto de todas aquellas circunstancias le dió miedo. Sucede tambien que los hombres más bravos suelen ser tambien los más impresionables, y por tanto los más

supersticiosos, si supersticion puede llamarse á esa primera impresion, que es, indudablemente, como el vislumbre del resultado de causas ocultas para otros ojos, pero perceptibles para ellos.

La española empleaba este momento de estupor en entregarse al éxtasis de esa adoracion que se apodera del corazon de una mujer que ama de veras, y se encuentra en presencia del ídolo que no esperaba llegar á ver. Sus ojos brillantes, eran todo alegría, todo felicidad, y bajo la influencia de aquel encanto se entregaba á la embriaguez de una felicidad, largo tiempo soñada. Tan maravillosamente bella se le aparecia así á Enrique, que toda aquella fantasmagoría de harapos, de vejez, de usadas tapicerías rojas, deshilachadas alfombras verdes delante de los sofás, sucio pavimento y lujo destrozado, desapareció ante su vista, y el salon se iluminó, y sólo como al través de una nube veía á la terrible harpía, muda ó inmóvil, en un sillón rojo, con los amarillos ojos expresando los serviles sentimientos que la desgracia inspira, ó que origina la esclavitud, ese tirano que embrutece con su despótico látigo. Aquellos ojos tenian el frio resplandor de los de un tigre enjaulado, que conociendo su impotencia, se ve obligado á devorar sus instintos de destruccion.

—¿Quién es esa mujer? preguntó Enrique á Paquita.

—Esta no respondió. Hizo señal de que no entendía el francés, y preguntó á Enrique si hablaba inglés. Marsay repitió en este idioma la pregunta.

—Es la única mujer de quien puedo fiarme, á pesar de que ella me ha vendido, contestó tranquilamente Paquita. Mi querido Adolfo, es mi madre, una esclava comprada en Georgia por su rara belleza, de la que hoy nada queda ya. No entiendo más que su lengua materna.

Entonces comprendió el jóven la actitud de esta mujer, y su manifiesto deseo de adivinar por los gestos lo que entre él y su hija pasaba. Esta explicacion le tranquilizó.

—Paquita, la preguntó, ¿cuándo seremos libres?

—Nunca, dijo ella con aire triste, y podemos contar con pocos dias.

Bajó los ojos, miró su mano, y con la derecha contó por los dedos de la izquierda, mostrando á Enrique dos manos como éste nunca había visto.

—Uno, dos, tres...

Hasta doce.

—Sí, continuó, tenemos doce dias.

—¿Y luego?

—Luego, dijo quedando absorta como una víctima ante el hacha del verdugo y exánime ante un temor que la despojaba de aquella magnífica energía de que la naturaleza parecía haberla dotado para aumentar la voluptuosidad y convertir en poemas sin fin los placeres más groseros.—Luego, repitió, y sus miradas quedaron clavadas como contemplando algo lejano y amenazador,—no sé, dijo.

—Esta niña está loca, pensó Enrique, presa también de extrañas ideas.

Paquita le pareció preocupada de algo que no era él, como mujer á la vez sojuzgada por los remordimientos y por la pasión, cual si en su corazón se alojase otro amor que ya olvidaba, ya recordaba sucesivamente. Asaltado por mil contradictorios pensamientos, esta niña se convirtió para él en un misterio, pero al contemplarla con la inteligente atención del hombre ansioso de emociones nuevas cual aquel rey de Oriente que exigía inventasen un placer, esa sed horrible que suele apoderarse de las grandes almas, Enrique reconoció en Paquita la organización más rica que á la naturaleza formar plugo para el amor. Aquella máquina puesta en juego y dejando aparte el alma, hubiera espantado á otro cualquiera que á Marsay, pero éste estaba fascinado por aquella prometida rica cosecha de

placeres, por aquella constante variedad en el goce, ensueño de todo hombre y que también anhela toda mujer amante. Se encontraba enloquecido por aquel infinito hecho palpable, y transportado á los más ardientes goces del sér humano. La admiración de Marsay convirtiéndose en secreta rabia y lanzó una mirada que pareció traspasar todos los velos, mirada que fué comprendida por la española cual si estuviera acostumbrada á recibir otras semejantes.

—Si no hubieras de ser únicamente mía, te mataba, exclamó él.

Al oír estas palabras Paquita se cubrió la cara con las manos y dijo ingenuamente:

—¿Virgen santa, en poder de quién he caído?

Levantóse, fué hácia el sillón rojo, sumergió su cabeza entre los harapos que cubrían el pecho de su madre y lloró. La vieja recibió á su hija sin salir de su inmovilidad ni dar señales de conmoverse. Poseía en el más alto grado esa gravedad de los pueblos salvajes, esa impassibilidad de la estatua, sobre la cual resbala toda mirada. ¿Amaba ó no á su hija? nadie lo sabe. Bajo aquella máscara cabían todos los sentimientos humanos malos y buenos y aquel sér podía ser capaz de todo. Sus miradas pasaban lentas desde los cabellos de su hija

que cubrían á esta como un manto, á la cara de Enrique que observaba con extraña curiosidad, pareciendo preguntarse por qué sortilegio estaba allí aquel hombre, y por qué era tan bello.

—Estas dos mujeres se están burlando de mí, pensó Enrique.

—En aquel momento Paquita levantó la cabeza, y le lanzó una de esas miradas que llegan hasta el alma abrasándola, y parecióle tan bella que hizo juramento el poseer aquel tesoro de belleza.

—Paquita, sé mía.

—¿Quieres matarme? exclamó asustada, palpitante, inquieta, pero atraída hácia él por una fuerza inexplicable.

—¿Matarte yo? dijo él sonriendo.

Paquita lanzó un grito de espanto y dijo una palabra á la vieja, la cual tomó con imperio la mano de Enrique y la de su hija las contempló largo tiempo y las soltó luego moviendo la cabeza de un modo muy significativo.

—Sé mía esta noche, ahora mismo, no me abandones, lo quiero Paquita, me amas? pues bien...

Y siguió pronunciando mil frases por el estilo con la rapidez de un torrente que salta entre peñascos, repitiendo siempre el mismo sonido, aunque bajo mil diversas formas.

—Tiene la misma voz,—dijo Paquita melancólicamente y en tono tan bajo que Marsay no la oyó,—y el mismo ardor, añadió.—Pues bien, sí, exclamó luego en voz alta, con tanta pasión, que no hay idioma que pueda expresarlo. Sí, pero no esta noche. Hoy Adolfo ha dado poco ópio á la Concha, y si se despierta, estoy perdida. Todos en la casa me creen dormida. Dentro de dos días acude al mismo sitio y dí la misma palabra al mismo hombre. Ese hombre, Cristian, es el marido de la que fué mi nodriza, me adora y sería capaz de sufrir los mayores tormentos sin pronunciar una palabra en contra mía. Adios. Y diciendo esto, se abrazó á Enrique, ciñendole como una serpiente con todo su cuerpo á la vez, le atrajó la cabeza sobre la suya, le presentó sus labios y le dió un beso tan vertiginoso, que Marsay creyó que se abría la tierra, y Paquita exclamó:—¡Vete!—con voz que demostraba que casi no era dueña de sí misma.—¡Vete!—repitió, conduciéndole lentamente hácia la puerta, pero sin desenlazarse de él.

El mulato entonces, cuyos ojos fulguraron al oír la voz de Paquita, tomó la luz de manos de ésta, y condujo á Enrique hasta la calle. Dejóla en el portal, abrió la puerta, hizo subir á Enrique en el coche, y le volvió á llevar al boulevard de los Italianos con tal rapidez,

que los caballos parecían furias del infierno.

Aquella escena fué para Marsay una especie de sueño, pero sueño en el que todo se desvanecía dejando en el alma un sentimiento de esa sobrehumana voluptuosidad, tras la cual corre el hombre toda su vida. Un solo beso habia bastado para ello. Y sin embargo ninguna cita habia tenido lugar de un modo más casto, en un lugar tan horrible en sus detalles y ante una divinidad tan espantable, porque aquella madre habia quedado en la imaginación de Enrique como cierta cosa infernal, encorvada, cadavérica, viciosa y salvajemente feroz, no adivinada hasta ahora por la imaginación de ningún pintor ni poeta. Ninguna cita habia irritado más fuertemente sus sentidos ni le habia revelado más atrevidas voluptuosidades, ni habia hecho brotar el amor de sus cenizas para repartirse como una atmósfera en derredor suyo. Habia allí algo de misterioso, de sombrío, de dulce, de tierno, de contrariado y de expansivo, una mezcla de horrible y de celestial de infierno y de paraíso que ponía á Marsay como embriagado. No fué ya el mismo á pesar de ser bastante fuerte para no desvanecerse con las embriagueces del placer.

Viendo feliz su porvenir, se encontró más jóven y más dúctil, y aquella noche soñó con

la *niña de los ojos de oro* como sueñan los jóvenes apasionados apareciéndosele imágenes monstruosas é indescriptibles fantasmagorías llenas de luz, revelándole mundos invisibles, pero de una manera incompleta, porque una especie de velo cambiaba todas las condiciones ópticas. El día siguiente y el otro trascurrieron para él sin saber como, pero á la hora convenida hallábase en el boulevard esperando el coche que no tardó en llegar.

Acercóse á Enrique el mulato y le dijo esta frase en francés que parecia haber retenido en la memoria con gran trabajo.

—Si quereis venir, dice ella que es preciso que consintais en dejaros vender los ojos. Y Cristian mostraba un pañuelo de seda blanca.

—No, dijo Enrique, cuya arrogancia se sublevó.

Y trató de montar, pero el mulato hizo una señal, y el coche echó á correr.

—Si, gritó Marsay furioso por perder aquella felicidad con la cual contaba, comprendiendo la imposibilidad de capitular con un esclavo que obedecía eiegamente como un verdugo, y siendo inútil descargar su cólera sobre aquel instrumento pasivo.

El mulato dió un silbido, y el coche volvió. Enrique montó precipitadamente, pues ya algunos curiosos comenzaban á pararse en

el boulevard. Como era forzado pensó burlarse del mulato, y así que el coche se puso en marcha á trote largo se apoderó de sus manos para sujetarle y poder conservar de este modo sus facultades y saber por dónde le conducía. Tentativa inútil. Los ojos del mulato centellearon en la sombra, lanzó algunos gritos medio ahogados por el furor, se desenvolvió, cogió á Marsay con férrea mano, le clavó, por decirlo así, sobre el suelo del carruaje, sacó un puñal triangular, y dió un silbido. El coche paró. Enrique estaba sin armas, por lo que declarándose vencido, tendió su cabeza hácia el pañuelo. Aquella muestra de sumision apaciguó á Cristian, que le vendó con un respeto y un cuidado que demostraban una gran veneracion hácia la persona del bien amado de su ídolo, no sin haber antes guardado con desconfianza el puñal en el bolsillo del pecho y abotonándose cuidadosamente.

—Si me descuido, me mata este chino, pensó Enrique.

Púsose el coche de nuevo en movimiento. Para un joven que conocia Paris tan bien como Enrique, quedábale el recurso para conocer el camino que le hacian seguir, de prestar atención al número de arroyos sobre los cuales pasaba el carruaje mientras continuaba vía recta por los boulevares, y de este modo

conociendo por qué calle lateral se dirigía, ya del lado del Sena, ya del de Montmartre, adivinar el nombre ó la situación de la calle en que su guía hiciese parar.

Pero la emoción violenta de la lucha, el furor de su dignidad comprometida, los planes de venganza que fraguaba, las suposiciones á que le daba lugar aquellas exquisitas precauciones tomadas por la jóven para hacerle llegar hasta ella todo en fin le impidió prestar esa atención del ciego en que son necesarias la concentración de la inteligencia y la perspicacia del recuerdo.

El trayecto duró como media hora, y cuando el coche se detuvo no fué sobre el empedrado. El mulato y el cochero cogieron á Enrique por bajo de los brazos, y colocándole sobre una especie de angarillas le trasportaron á través de un jardín, segun comprendió por el olor á las flores y á la vegetación que sintió. El silencio era tan profundo que oía el ruido de las gotas de rocío desprendidas de las hojas. Los dos hombres subieron una escalera, le condujeron al través de varias habitaciones llevándole de las manos, y por fin le dejaron en un sitio perfumado y donde sus piés sentaban sobre una mullida alfombra. Una mano de mujer le hizo sentar sobre un divan, le desató el pañuelo, y Enrique se encontró de-

lante de Paquita, pero Paquita en todo el esplendor de mujer amante.

La mitad de la habitación en que se encontró Enrique describía un semicírculo mientras la parte opuesta era rectangular. En el centro de este lado había una chimenea de mármol blanco con adornos de oro. Habíanle entrado por una puerta lateral que cubría un rico portier y daba frente á una ventana. El lado semicircular estaba ocupado por un verdadero divan turco, es decir un mullido colchon junto al suelo, ancho como un lecho y de cincuenta piés de curva forrado de cachemir blanco, con botones negros y rojos en los ángulos de los ramitos que formaban su plegado, y el respaldo se elevaba bastantes pulgadas por cima de montones de riquísimos y bordados cogines. Las paredes estaban forradas de tela encarnada sobre la que una muselina de Indias formaba canalones como una columna corintia alternativamente cuadrados y redondos y encuadrados de alto á abajo por bandas de color punzó con arabescos negros. Bajo la muselina el rojo aparecía rosa, color de los amores, al igual de los cortinajes de la ventana que eran de muselina de las Indias con franjas rojas y negras. Seis candelabros dorados con dos bujías cada uno estaban clavados á iguales distancias sobre la pared iluminando el divan.

El techo, del cual pendía una araña dorada mate era blanco y la cornisa dorada.

La alfombra parecía un chal de Oriente y sus dibujos recordaban las poesías de la Persia donde había sido tegida por manos de esclavos. Las telas de los muebles era de cachemira blanca con adornos negros y encarnados y el reló y los candelabros de mármol blanco y oro. La única mesa que había tenía por tapete un chal de cachemira, y en elegantes jardineras había rosas de todas especies y flores encarnadas y blancas. Todos los detalles por fin parecían haber sido objeto de una especial atención y la riqueza desaparecía bajo la elegante coquetería, la gracia y aquel tinte de voluptuosidad, capaz de encender los sentidos del sér más indiferente.

Los tornasoles, de las paredes cambiaban según la dirección de la mirada apareciendo ya blancos ya rosa, acomodábanse con los efectos de la luz que se cernía por los diáfanos pliegues de la muselina, produciendo nebulosas apariencias. El alma ama lo blanco, el amor se recrea en el rojo y el oro halaga las pasiones por poder realizar sus fantasías; así todo lo que en el hombre hay de vago y misterioso, todas esas afinidades inexplicables se encontraban halagadas en sus involuntarias simpatías, y había en aquella armonía

perfecta un concierto de colores al que el alma respondía con pensamientos de amor flotantes é indecisos.

Allí en medio de una vaporosa atmósfera cargada de exquisitos perfumes, se le apareció Paquita, con una túnica blanca, los piés desnudos y flores de azahar en los cabellos, arrojada ante él y adorándole como al dios de aquel templo al cual se había dignado venir. Por más que Marsay estuviera acostumbrado á los esplendores del lujo parisiense quedóse sorprendido ante el espectáculo de aquella concha semejante á la que á Venus sirvió de cuna. Sea efecto del contraste de las tinieblas de donde salía y aquella luz que bañaba su alma, sea por una rápida comparación entre aquella escena y la de su primera entrevista ello es que experimentó una de esas sensaciones delicadas que produce la verdadera poesía, y al ver en medio de aquel recinto que parecía formado por la mágica vara de una hada, la obra maestra de la creación, aquella criatura de cutis coloreado ardientemente pero suave y ligeramente iluminado por los reflejos rojos y por la efusión de cierta atmósfera de amor que en ella resplandecía cual si de su sér hubiesen brotado rayos de luz y colores, toda su cólera, todos sus deseos de venganza y toda su vanidad herida, cayeron en

tierra. Cual una águila que cae sobre su presa la cogió en brazos y la sentó en sus rodillas, sintiendo con indecible embriaguez la voluptuosa presión de aquella mujer hermosa, cuyas formas redondas y pronunciadas le envolvieron dulcemente.

—¡Oh! ¡Ven! Paquita, murmuró á su oído.

—Habla, habla sin temor, le dijo ella. Este apartado recinto ha sido construído para el amor y ningún sonido sale fuera de él, pues guarda avaro el acento y el eco de la voz amada. Por fuertes que sean los gritos no serán oídos al otro lado de sus muros y se podría asesinar aquí á cualquiera, siendo tan vanos sus lamentos cual si estuviera en mitad del desierto.

—¿Quién es el sér que tan bien ha comprendido los celos?

—No me preguntes nunca sobre esto, replicó ella, quitando con hechicera gracia la corbata del jóven, como para verle bien el cuello.—Este es el cuello que yo tanto adoro, dijo: ¿Quieres hacer una cosa que yo te diga?

Aquella pregunta hecha con una inflexión de voz casi lasciva sacó á Marsay del aturdimiento que le habia causado la despótica respuesta por la que Paquita le habia prohibido toda pregunta sobre el sér desconocido que cual una sombra se interponia entre ambos.

—¿Y si yo me empeñase en saber quien reina aquí?

Paquita le miró temblando.

—Conozco que no soy yo, dijo él desprendiéndose de la jóven que dejó caer hácia atrás su cabeza, y donde yo estoy quiero ser solo.

—¡Me da miedo! dijo la pobre esclava presa del más profundo terror.

—¿Por quién me has tomado? Responde.

Paquita se levantó humildemente con los ojos anegados en lágrimas y sacando de un mueble de ébano un puñal se lo presentó á Enrique con tan sumisa expresión que hubiera enternecido á un tigre, diciéndole al mismo tiempo.

—Dame unos momentos de felicidad como esos que dan los hombres y luego cuando esté dormida mátame, porque me es imposible contestarte. No soy más que un pobre animal sujeto á su cadena y aún estoy asombrada de haber logrado tender este puente sobre el abismo que nos separa. Embriágame y mátame luego. ¡Oh! no, no; exclamó juntando las manos, no me mates! ¡Yo amo la vida! La vida es para mí tan bella! Si es verdad que soy esclava, aquí dentro soy reina. Yo pudiera engañarte con mis palabras, decir que no amo á nadie más que á tí, probártelo y aprovecharme de mi momentáneo imperio para decirte;

Tómame cual aspirarías el perfume de una flor al pasar por el jardín de un rey y después de haber desplegado la pérfida elocuencia de la mujer y las alas del placer, después de haber apagado mi ardiente sed, hacerte arrojar á un pozo donde nadie encontraría tus restos porque ha sido construido de propósito para satisfacer la venganza sin dejar huellas para la justicia, pozo lleno de cal viva que se encendería para consumirle sin dejar una partícula de que fué tu sér, y quedaría solamente tu recuerdo en mi corazón.

Enrique miró á la jóven sin temblar y aquella mirada serena le colmó de satisfacción.

—No, no lo haré nunca. No has caído en lazo sino en el corazón de una mujer que te adora. Quien será arrojada al pozo seré yo!

—Todo cuanto estás diciendo me parece extraordinariamente gracioso, dijo Marsay examinándola, pero en fin, tú me pareces buena y de una naturaleza excepcional, eres para mí, te lo juro, un enigma viviente.

Paquita sin comprender nada de esto le miró dulcemente con sus grandes ojos impregnados de amor.

—Mira, amor mio, le dijo volviendo á su primera idea, ¿querrás hacer una cosa que yo te diga?

—Todo lo que tú quieras, y aún lo que tú no quieras, la contestó riendo Enrique, que volvió á encontrar en fútil ligereza al resolverse á abandonarse por completo en brazos de aquella aventura sin mirar á atrás ni á adelante. Contaba quizás además con su práctica de hombre de mundo para dominar al cabo de algunas horas á aquella niña y arrancarla todos sus secretos.

—Pues bien, dijo ella, déjame vestirme á mi capricho.

—Had conmigo lo que gustes, dijo Enrique.

Paquita muy gozosa sacó de un cajón un vestido de mujer de terciopelo rojo con el que vistió á Marsay, púsole en la cabeza un sombrero y rodeó á sus hombros un chal. Mientras ejecutaba esto con una inocencia infantil se reía convulsivamente y parecía un pajarillo revoloteando, sin cuidar de cosa alguna.

Imposible es pintar las inauditas delicias que experimentaron aquellas dos hermosas criaturas, creadas por el cielo en uno de sus momentos de alegría; pero, siquiera sea metafísicamente, es forzoso traducir las impresiones extraordinarias y casi fantásticas del jóven. Todos los que se hayan encontrado en la posición social de Marsay y lleven su mismo género de vida, conocen en seguida la inocen-

cia de una mujer. Pues, cosa extraña, *¡la niña de los ojos de oro* era pura, pero no inocente! Aquella extraña mezcla de misterio y realidad, de sombra y de luz, de horrible y de hermoso, de placer y de peligro, de paraíso y de infierno que había encontrado hasta allí en aquella aventura, se continuaba en el sér caprichoso y extraño que Marsay tenía entre sus brazos. Cuanto es dado á la más refinada voluptuosidad, cuanto podía conocer Enrique de esa poesía de los sentidos, á que se dá el nombre de amor, fué sobrepujado por los tesoros de pasión que desplegó aquella niña, sin faltar á nada de cuanto prometían sus ojos incitantes. Fué aquel un poema oriental, en que brillaron los rayos de ese sol con que Saadi-Hafiz ilumina sus encantadoras estrofas, solamente que ni el ritmo de Caadi, ni el de Píndaro son bastantes á expresar el éxtasis, lleno de compasión y estupor, de que fué presa la hermosa niña, cuando cesó el error en que la había hasta allí tenido sumida una mano de hierro.

—¡Soy perdida, dijo, soy perdida! Adolfo, llévame contigo al fin del mundo, á alguna isla desierta é ignorada. Que nuestra fuga no deje huellas. Nos perseguirán hasta el mismo infierno. ¡Dios mío! ya amanece. Sálvate. ¿No te volveré á ver? Sí, mañana, yo quiero verte

aunque para lograr esta dicha necesite matar á cuantos me guardan. Hasta mañana.

Y le estrechó entre sus brazos, diciendo estas palabras con muestras de un terror mortal. Enseguida tocó un resorte que debía corresponder á una campanilla y suplicó á Marsay que se dejara vendar los ojos.

—¿Y si yo no quisiera irme de aquí?

—Causarías más pronto mi muerte, contestó ella. De todos modos, estoy segura de morir por causa tuya.

Enrique la dejó obrar.

Encontrábase en la situación del hombre que hastiado de placer, se inclina á olvidar, siente como una propensión á la ingratitud, un deseo de libertad, unas ganas de pasear y ciertos asomos de desprecio y aún de antipatía hácia su ídolo. Brotaban en él unos inexplicables sentimientos que le hacían innoble é infame. Hallábase en una palabra bajo el imperio de ese sentimiento confuso que el verdadero amor desconoce.

Comunmente necesitaba todo el persuasivo convencimiento de las comparaciones y el irresistible atractivo de los recuerdos para sentirse en algo ligado á una mujer. Ejerciendo su dominio el verdadero amor sobre la memoria, la mujer cuya imágen no han gravado en el alma ni el exceso del placer ni la

fuerza del sentimiento, jamás será verdaderamente amada. Paquita respecto á Enrique habia hecho impresion en él por ambos motivos pero en aquel momento, fatigado por el placer, esa deliciosa melancolía corporal, no estaba en disposicion de analizar su propio corazon, sintiendo aún en los lábios el sabor de los ardientes goces que acababa de apurar.

Al apuntar el alba hallóse en el boulevard Mortmartre mirando con soñolientos ojos el carruaje que se alejaba y sacando un cigarro lo encendió en el farolillo de una buena mujer que vendia café y aguardiente á los obreros, los pilletes y los vendedores, á toda esa parte de la poblacion parisiense que madruga antes que el día, y con el cigarro en la boca y las manos en los bolsillos del pantalon se puso en marcha con un aire de indiferencia que era casi bochornoso, diciendo:

—¡Qué bien sabe un cigarro! Hé aquí una cosa de la que el hombre no se cansa nunca.

Aquella *Niña de los ojos de oro* que traía alborotada por aquellos tiempos á toda la juventud parisiense de buen tono, casi ocupaba lugar alguno en su memoria.

Las ideas de muerte que habia expresado en medio de sus goces, nublando la frente de la gentil criatura que participaba de las huries

del Asia por su madre, de la Europa por su educacion y de los trópicos por su nacimiento le pareció una de tantas farsas como las mujeres inventan con el sólo fin de hacerse interesantes.

—Esa muchacha es de la Habana, el país más español del Nuevo Mundo, y la gusta más valerse del terror que hablarme de sufrimientos, de dificultades, de coquetería y de deberes como hacen las parisienses. Por sus ojos de oro que me estoy cayendo de sueño.

Viendo un coche de plaza parado en la esquina de Frascati, esperando á algun jugador que quisiera tomarle, despertó al cochero y se hizo conducir á su casa, se acostó y durmió con ese sueño de los calaveras, que por extraño azar, del que ningun coplero hasta ahora ha sacado partido, es tan profundo como el de la inocencia, sin duda por aquel proverbial axioma de que los extremos se tocan.

Al día siguiente, á cosa de las doce, Marsay estiró los brazos al despertarse y se sintió con esa hambre canina que acomete á los soldados al dia siguiente de la victoria, teniendo, además, la satisfaccion de encontrarse frente á frente de Pablo de Manerville, pues nada es más agradable en estos casos que comer acompañado.

—Vaya, le dijo su amigo, que no creíamos

que estabas enredado desde hace diez días con la *niña de los ojos de oro*.

—¿La *niña de los ojos oro*? ¿quién piensa en ella? tengo otras en qué ocuparme.

—Hazte el reservado.

—Y, ¿por qué no? dijo riendo.

—¿Y por qué no? dijo riendo Marsay. Querido mío la discrección es un hábil cálculo. Escucha... Pero no, no te digo una palabra. Tú nunca me enseñas nada, y no tengo ganas de regalarte mis tesoros de política social. La vida no es otra cosa que un río que sirve para comerciar y por lo más sagrado que hay en la tierra, que son los cigarros, que no estoy de humor de meterme á profesor de economía social en beneficio de los tontos. Almoreemos, que me es más barato darte una tortilla al ron que prodigar contigo mi talento.

—Favor que haces á tus amigos.

—Querido amigo, dijo Enrique con ironía, como pudiera sucederte lo mismo que á cualquier otro simple mortal necesitar ser discreto, y yo te quiero mucho... Sí, palabra de honor que te quiero y si por un billete de mil francos te has de saltar cualquier día la tapa de los susos, aquí lo encontrarás porque has de saber, Pablo, que todavía no he hipotecado mis bienes; si mañana te batieses yo mediría las distancias y cargaría las pistolas para

que te matasen en toda regla, y si cualquiera que no fuese yo se atreviese á burlarse de tí en ausencia tuya tendría que habérselas conmigo. (Me parece que todas estas son pruebas de amistad). Pues bien, cuando necesites usar de discrección ten entendido que hay dos especies de ello. La discrección negativa que es la de los tontos que emplean el silencio, el aire misterioso y las puertas cerradas, y es completamente inútil, y la discrección activa que procede por afirmación. Así por ejemplo si esta tarde en el club dijese yo:—Puedo asegurar que la *niña de los ojos de oro* no vale lo que cuesta. Todo el mundo así que yo me marchase exclamaría: Habeis oído al fátuo de Marsay que nos quiere hacer creer que ha conquistado ya á la *niña de los ojos de oro*? eso lo dice para alejar á los rivales que pudieran salirle, y no está mal pensado para el caso.

—Mas como por grande que sea la tontería que digamos es seguro que siempre hay un necio dispuesto á creerlo, la mejor de las discrecciones es la que suelen emplear las mujeres hábiles cuando quieren cerrar los ojos á sus maridos y consiste en comprometer á una mujer que nos es indiferente, ó que no nos ama aún, á fin de conservar el buen nombre de aquella, á la que amamos lo bastante para res-

petarla, y es lo que yo llamo *mujer pantalla*. Hola que está aquí Lorenzo. ¿Qué nos traes?

—Ostras de Ostende, señor.

—Algún día llegarás á saber, mi buen Pablo, todo lo divertido que es burlarse del mundo ocultándole el secreto de nuestras afecciones. Yo siento un placer inmenso en hallarme fuera de la estúpida jurisdicción del vulgo de las gentes que ni saben lo que quieren, ni lo que las hacen querer, que toman el medio por el resultado, que unas veces levantan un ídolo y otras le maldicen y ya elevan ya destruyen. Si vieras qué felicidad se experimenta al imponer emociones sin sentirlas, al dominar y nunca obedecer. Si por alguna cosa es permitido tener vanidad, es por ese poder adquirido por nosotros mismos, y del que somos á la vez la causa y el efecto, el principio y el resultado. Pues ahora bien, ningún hombre sabe lo que yo amo ni lo que deseo. Quizás haya quien sepa lo que he amado y lo que he deseado, como se sabe el argumento de un drama al caer el telón, pero dejar ver mi juego?... eso sería una debilidad y una tontería. Nada, nada encuentro más despreciable que la fuerza burlada por la astucia. Y de esta manera, burla burlando me voy haciendo al papel de embajador si es que el ejercicio de la diplomacia es tan difícil como la práctica de

la vida. ¿Y por cierto, tienes tú ambición? ¿Quieres llegar á ser algo?

—Enrique, tú te burlas de mí. ¿No sabes que soy bastante mediano para lograr llegar á cualquier puesto?

—¡Bravo! Pablo. Si continúas burlándote de tí mismo, pronto llegarás á mofarte de los demás.

Así que almorzaron, y mientras fumaban, Marsay comenzó á ver los acontecimientos de la noche precedente, bajo un nuevo punto de vista. A semejanza de otros grandes talentos u perspicacia no era espontánea ni penetraba de un golpe en el fondo de las cosas, y como todas las naturalezas dotadas de la facultad de vivir mucho en poco tiempo, y de extraer de todo el jugo y devorarlo, su segunda vista necesitaba de un especial sueño previo, para identificarse con las causas. Así era el cardenal Richelieu, lo que no excluía en él el dón de prevision necesario á la concepcion de las grandes empresas. Marsay tenía iguales condiciones; pero no empleaba semejantes armas sino en beneficio de sus placeres. Solamente llegó á ser uno de los hombres políticos más profundos de estos tiempos, cuando estuvo saturado de esos placeres que por completo absorben á un jóven, cuando tiene oro y poder.

Tal es el medio de que el hombre se haga fuerte empezando por abusar de la mujer para que la mujer no abuse de él más tarde.

Vino pues, Marsay á caer en la cuenta de que habia sido juguete de *la niña de los ojos de oro* al abarcar en una sola ojeada toda la precedente noche en la cual el placer habia comenzado cual riachuelo para luego convertirse en un torrente. Entónces pudo leer claramente aquella brillante página y adivinar su sentido oculto. La inocencia puramente física de Paquiba, su sorprosa mezclada de satisfacción, algunas palabras en el primer momento oscuras y ahora claras, que se la escaparon en la expansion de su alegría, todo en fin le probó que habia estado haciendo sin saberlo el papel de otra persona. Como ninguna corrupcion social le era desconocida y tenia para toda suerte de caprichos una profunda indiferencia, creyéndolas justificadas por el sólo hecho de poderse satisfacer, no le espantaba el vicio y tratábale como á un amigo, pero se sintió humillado por el hecho de haberle servido de juguete y á salir ciertas sus sospechas, tal ultraje heríale en lo vivo. La sospecha sola le enfureció y lanzó el rugido de un tigre al que hubiese burlado una gacela, pero rugido de tigre en el que se juntaban la fuerza de la fiera y la inteligencia del demonio.

—¿Qué es eso? ¿qué te pasó? le preguntó Pablo.

—Nada.

—Si te preguntasen alguna vez si tenias algo contra mí, no quisiera que contestases un *nada* como el que acabas de pronunciar, porque sería cosa de ir á batirnos al día siguiente.

—Yo ya no me bato, dijo Marsay.

—Eso me parece más trájico. Entónces, ¿asesinas?

—Confundes las palabras. Ejecuto.

—Amigo, le dijo Pablo, tus bromas tienen en esta mañana un color muy negro.

—¿Qué quieres? el placer conduce á la ferocidad. Porqué, ni lo sé ni tengo curiosidad de saberlo. Estos cigarros son excelentes. Dame té. ¿Sabes, Pablo, que estoy haciendo una vida digna de un bruto? Ya es tiempo de dedicarse á algo y de emplear uno sus facultades en alguna cosa que merezca la pena de sobrellevarla. La vida es una comedia muy extraña. Me espanta y causa risa á la vez la inconsecuencia de nuestro orden social. El Gobierno, por un lado, corta la cabeza á cualquier pobre diablo que ha matado á un hombre y concede títulos profesionales á personas que, medicalmente hablando, envían cada invierno unas cuantas personas jóvenes al otro

mundo. La moral carece de fuerza contra una docena de vicios que destruyen la sociedad, y que no hay medio de castigar. ¿Quieres otra taza? Te digo la verdad, que el hombre me parece un bufon que baila encima de un precipicio. Se nos habla de la inmoralidad de ciertos libros, mientras existe otro libro horrible, repugnante, espantoso, corruptor, siempre abierto, que no se cerrará nunca, el gran libro del mundo, sin contar ese otro libro mil veces más peligroso, compuesto de todo lo que se dicen al oído los hombres y tras el abanico las mujeres en cualquier noche de baile.

—Indudablemente que á tí te pasa algo extraordinario, Enrique. Se te conoce á pesar de tu discrecion activa.

—Sí. Mira, es preciso que yo mate el tiempo hasta esta noche. Vámonos al juego. Quizás tenga la suerte de perder.

Levantóse Marsay, tomó un puñado de billetes de banco que metió en la petaca, se vistió y en el coche de Pablo fueronse al salon de los Extranjeros, donde hasta la hora de comer, consumió el tiempo en esas violentas alternativas del perder y el ganar que son el último recurso de las organizaciones fuertes cuando se ven obligadas á funcionar en el vacío. Llegada la noche acudió á la cita, se dejó tranquilamente vendar los ojos y despues, con

la firme voluntad que los hombres fuertes tienen de reconcentrarse, puso toda su atencion y su inteligencia en adivinar por qué calles pasaba el coche, llegando á adquirir la casi certeza de ser conducido á la calle de San Lázaro y de haber parado ante la puertecilla del jardin del hotel de San Real. Cuando como la primera vez pasó esta puerta y fué colocado sobre las angarillas porteadas indudablemente por el mulato y el cochero, comprendió oyendo crujir la arena bajo los piés de estos, que tal precaucion tenia por objeto evitar que arrancando una rama de un arbusto ó por la arena conservada en el calzado, si hubiera sido conducido por su pié hubiese podido averiguar algo; mientras que trasportado por decirlo así en el aire por aquel hotel inaccesible, su aventura debia ser para él como hasta allí, un sueño. Pero como ciertos olores son más fuertes por la noche que durante el día, Enrique sintió en todo lo largo del camino del jardin el perfume de la vervena y esta indicacion debia servirle para conocer más adelante la parte del hotel donde estaba el camarín de Paquita. Estudió asimismo las vueltas y revueltas que sus conductores le hicieron dar por la casa y creyó poder recordarlas.

Como en otra ocasion, se encontró por fin sentado en la otomana ante Paquita que le

quitaba el pañuelo de los ojos, pero halló á esta pálida y cambiada. Había llorado. De rodillas como un ángel en oracion, pero un ángel triste y profundamente melancólico, la pobre niña no guardaba semejanza con la curiosa, impaciente y placentera criatura que había tomado á Marsay sobre sus alas y trasportádole al sétimo cielo de los enamorados. Había un sello tal de verdad en aquella desesperacion medio velada por el contento, que el terrible Marsay sintió dentro de sí una admiracion tal hácia aquella obra maestra de la naturaleza, que olvidó por un momento el objeto principal de su cita.

—¿Qué tienes Paquita mia?

—Amor mio, contestó ella, llévame contigo esta misma noche á cualquier parte donde nadie pueda decir al verme: Esta es Paquita; añadiendo: Es una muchacha que tiene los ojos color de oro y largos los cabellos.—Y yo te daré allí en cambio cuantas explicaciones quieras recibir de mí. Y luego cuando ya no me ames me dejarás sin que yo me queje ni te diga una palabra, sin que mi abandono deba causarte remordimientos porque un dia pasado junto á tí, un solo dia durante el cual haya podido contemplarte, valdrá por toda mi vida. Mas si me quedo aquí estoy perdida.

—Yo no puedo dejar á Paris, niña mia, dijo

Enrique. No me pertenezco. Un juramento me liga á la suerte de otras personas que de mí dependen como yo dependo de ellas. Pero en este mismo Paris puedo crearte un asilo á donde ningun poder humano llegue.

—No, dijo ella, ignoras cuanto es el poder femenino.

Jamás frase alguna ha sido pronunciada por la voz humana con mayor expresion de terror que la precedente.

—¿Y quién podria llegar hasta tí si yo me interpongo entre tí y el mundo?

—El veneno, contestó ella. Ya la Concha sospecha de tí y además, continuó dejando correr brillantes lágrimas por sus mejillas, es muy fácil conocer que no soy ya la misma que era. Mas despues de todo, ¿qué importa? si tú me abandonas al furor del mónstruo que ha de devorarme, hágase tu voluntad. Entre tanto juntos gozaremos de la felicidad de nuestro amor. Cuando llegue el caso ya suplicaré, lloraré, daré gritos, sabré defenderme; acaso me salve.

—¿Y á quién suplicarás? dijo él.

—Callar, respondió Paquita, si obtengo gracia será probablemente á costa de mi silencio.

—Dame mi abrigo, dijo insidiosamente Enrique.

—No, no repuso ella vivamente. Permanece tal como estás, uno de esos ángeles que me habian enseñado á odiar, y en los cuales solamente veía mónstruos mientras que sois lo más bello que hay bajo el cielo. Y al decir esto acariciaba los cabellos de Enrique. Tú no sabes qué idiota soy. Nada sé, desde los doce años vivo encerrada sin ver á nadie; no sé leer ni escribir. Solamente hablo inglés y español.

—¿Entonces por qué recibes cartas de Londres?

—¿Mis cartas? míralas, dijo ella sacando algunos papeles de un gran vaso del Japon.

Entregó á Marsay las cartas en las que el jóven vió con sorpresa extrañas figuras semejantes á geroglíficos, trazadas con sangre, y que expresaban frases apasionadas.

Pero, dijo él contemplando aquellos dibujos obra de una mano hábil y celosa, —tú estás bajo el dominio de un génio infernal.

—Infernal, sí, repitió ella.

—¿Y cómo has logrado?...

—¡Ah! ese es el origen de mi desgracia. He puesto á la Concha en la alternativa de una muerte inmediata ó de una gran cólera con el porvenir. Me sentí tentada del demonio de la curiosidad, quise romper este círculo de hierro en que me han encerrado, aislándome de

todo lo creado y sin poder gozar de la juventud, pues aquí no conozeo á más hombres que al marqués, Cristian, el cochero y el lacayo, viejos todos.

—Pero tú no siempre estabas encerrada, tu salud exigía...

—¡Ah! sí, repuso ella, paseábamos pero durante la noche por el campo y á orillas del Sena, lejos de las gentes.

—¿No te envanece el ser amada así?

—No, dijo ella, nada. Aunque satisfechos todos los deseos, esta vida apartada es como las tinieblas comparadas con la luz.

—¿A qué llamas tú la luz?

—A tí, mi bello Adolfo, á tí, por quien yo daría la vida. Todas las frases apasionadas que me han dicho y yo he inspirado, las siento ahora brotar en mi mente por tí.

En ciertos momentos yo no comprendía lo que era la existencia, pero ahora ya sé lo que es amar, yo que hasta ahora fui solamente amada pero sin amar nunca. Por tí lo dejaré todo. Llévame contigo, tómame como un juguete, mas no me apartes de tu lado hasta que me destroces.

—¿No te pesará luego?

—Jamás, dijo ella, dejando leer en sus ojos cuyo dorado brillo permaneció puro y trasparente.

—¿Será á mí á quién ame? se dijo Enrique que si bien entreveía la verdad, se encontraba dispuesto á perdonar la ofensa en gracia á aquel amor tan ingénuo. —Yo lo averiguaré, pensó.

Aún cuando Paquita no le debía cuenta ninguna de su pasado, la más pequeña sospecha era á sus ojos un crimen. Tuvo la triste fuerza de voluntad, de guardar oculto su pensamiento y de estudiar y juzgar á su amada al mismo tiempo que se entregaba á todos los inmensos gozos que jamás hurí bajada de los cielos ha sabido procurar á su bien amado.

Paquita parecía haber sido creada para el amor con singular esmero por la naturaleza. Desde la noche precedente, su génio de mujer habia hecho rápidos progresos, y por grande que en el jóven fuera la energía, el hastío y la saciedad de la noche pasada, en la *niña de los ojos de oro* encontró ese serrallo que la mujer enamorada sabe crear, y al que no hay hombre alguno que renuncie. Paquita llenaba el objeto de esa pasión que todos los hombres verdaderamente grandes sienten hácia lo infinito, pasión misteriosa, tan dramáticamente expresada en *Fausto*, tan poéticamente traducida en *Manfredo*, y que á D. Juan llevaba á destrozarse el corazón de las mujeres, esperando encontrar en alguno el ideal sin límites

tras el cual corren tantos cazadores de fantasmas, que los sábios creen entreveer en la ciencia y los místicos hallan en Dios. La esperanza de llegar á encontrar por fin el sér ideal con el cual podia la lucha ser constante y sin fatiga, entusiasmó á Matsay, quien por primera vez tras largo tiempo abrió su corazón, cesó en él la excitación nerviosa, y su frialdad desapareció en la atmósfera de aquella alma ardiente, huyeron sus doctrinas cínicas, la felicidad coloreó su existencia de blanco y rosa, como el camarín en que se hallaba, é impulsado por aquella suprema dicha, traspasó los límites en que hasta entónces habia encerrado sus pasiones. No quiso ser aventajado por aquella mujer, á la que un amor, en cierto modo artificial, habia formado previamente para hacerla lo que su alma buscaba, y su vanidad de hombre le llevó á querer dominar su pasión á aquella niña; pero lanzado más allá de la línea ante la cual el alma es dueña de sí misma, perdióse en esos limbos deliciosos, á los que el vulgo llama espacios imaginarios. Fué tierno, bueno y comunicativo, volviendo á Paquita casi loca.

—¿Por qué no nos habíamos de ir á Sorrento, á Niza ó á Chiavari y pasar allí así toda nuestra vida? ¿Quieres? la decía con acento penetrante.

—Necesitas decirme:—¿Quieres? le contestó ella. ¿Tengo yo voluntad? Si existo fuera de tí es tan sólo por ser para tí un placer. Mira, si quieres hallar un retiro digno de nosotros el Asia es el único país donde el amor puede desplegar sus alas.

—Tienes razon, repuso Enrique. Vámonos á la India, allí donde la primavera es eterna y la tierra produce siempre flores; donde el hombre puede desplegar toda la ostentacion de los soberanos sin que cause nécio asombro como en estos países de imbéciles que quieren realizar la ridícula quimera de la igualdad social. Vamos á esa tierra en la que se vive en medio de un pueblo de esclavos, en que el sol ilumina palacios siempre blancos, en que el aire se llena de perfumes, las aves cantan enamoradas y se muere cuando el amor se acaba...

—¡Sí, y se muere juntos! dijo Paquita, pero no aguardemos á mañana, partamos al instante, llevaremos á Cristian.

—Por mi fé, que el placer es el más bello desenlace de la vida. Vamos á Asia, pero para marchar, niña mia, se necesita mucho oro, y para tener oro es preciso arreglar sus asuntos.

Ella no comprendía este lenguaje.

—¿Oro? aquí encima hay mucho, tanto así, dijo ella levantando la mano.

—Pero no es mio.

—¿Y eso qué importa? Si nos hace falta, lo tomamos.

—Es que no te pertenece tampoco.

—¡Pertenece! repitió ella. ¿No me has tomado tú y soy tuya? Pues bien, cuando lo cogamos, será nuestro.

Él se sonrió.

—¡Pobre inocente! No entiendes nada de las cosas del mundo.

—No, lo que yo entiendo es esto, y atrajo á Marsay hácia sí.

En aquel momento, cuando Enrique, olvidándolo todo, se afirmaba en la idea de unir su suerte para siempre á la de aquella criatura, recibió en medio de su contento una puñalada que le atravesó el corazón de parte á parte, mortificándole cual nunca en su vida lo habia sido. Paquita le levantó vigorosamente en sus brazos como para contemplarle, y exclamó:

—¡Margarita mia!

—¡Margarita! rugió el jóven—ya veo claro lo mismo de que queria dudar—y saltó sobre el mueble en que estaba encerrado el puñal.

Afortunadamente para ella y para él, el armario estaba cerrado, lo cual aumentó su rabia. Pero recobrando su aparente tranquilidad, cogió su propia corbata y avanzó hácia

Paquita con un aire tan ferozmente significativo; que sin darse cuenta Paquita de qué crimen era culpable vió llegada su última hora y de un salto se lanzó al otro extremo de la habitacion huyendo del lazo fatal que Marsay queria echarla al cuello. Allí comenzó entre ambos un combate en el que la agilidad, la astucia y el vigor eran iguales por ambas partes. Paquita por fin logró arrojar á los piés de su amante un cojin haciéndole caer y aprovechando esta momentánea ventaja, tocó un resorte. El mulato se presentó repentinamente y lanzándose sobre Marsay, le derribó en tierra, le sujetó poniéndole sobre el pecho su pié con el talon cerca de la garganta, y aquel comprendió que al menor asomo de resistencia sería estrangulado á una señal de Paquita.

—¿Por qué querías matarme, amor mio? le dijo ella.

Marsay no contestó.

—¿En qué te he disgustado? habla, explícate.

Enrique conservó la actitud flemática del hombre fuerte que se siente vencido, actitud fria, silenciosa y completamente inglesa que demuestra la conciencia de la dignidad con una resignación momentánea. Había además reflexionado, en medio de su cólera que no era prudente exponerse á caer en manos de la

justicia por matar á aquella muchacha de improviso y sin haber preparado tal castigo asegurándose antes la impunidad.

—Amado mio, dijo de nuevo Paquita, háblame. No me dejes sin un adios de amor, no quiero conservar en el corazon el espanto que me has causado. ¿Pero hablarás? gritó dando colérica con el pié en el suelo.

Marsay la lanzó una mirada en que se leía tan claramente: *te mataré*, que Paquita se precipitó hácia él.

—¿Pues bien, si quieres matarme, si mi muerte es tu gusto, mátame!

E hizo un signo á Cristian que levantó el pié que tenia sobre el jóven y se alejó sin dejar ver en su rostro si habia formado bueno ó mal juicio de Paquita.

—Ese es un hombre; dijo Marsay señalando á Cristian con ademán sombrío. No hay abnegación como la abnegación que obedece á la amistad sin juzgarla. Tienes en ese hombre un amigo verdadero.

—Te lo daré si quieres, repuso ella, y mandándoselo yo, te servirá con igual abnegación que á mí.

Esperó en vano una respuesta y continuó con acento lleno de ternura.

—Adolfo, dime una palabra cariñosa. Mira, ya va á amanecer.

Enrique no respondió. Aquel joven tenía una triste cualidad; no sabía perdonar. La indulgencia, que es una de las gracias del alma, carecía para él de significado. Esa ferocidad de los hombres del Norte, de que parece estar impregnada la sangre inglesa, la había heredado de su padre, y era implacable, así en los buenos como en los malos tiempos. La exclamación de Paquita fué tanto más terrible para él, cuanto que había venido á destruir el mayor triunfo que hasta entónces había halagado su vanidad de hombre. La esperanza, el amor, todos los sentimientos habíanse exaltado en él; todo se había iluminado en su corazón y en su inteligencia, y aquella luz que brillaba alumbrando su vida, habíase apagado á impulsos de un viento frío. Paquita, sumergida en su dolor, no tuvo fuerzas más que para indicarle que saliese.

—Ya es inútil esto, dijo arrojando el pañuelo con que le iba á vendar los ojos. Si no me ama, si me odia, todo está demás.

Esperó una mirada, pero no la obtuvo, y dejóse caer medio muerta. El mulato miró á Enrique tan espantosa y significativamente, que hizo temblar por la primera vez de su vida á aquel joven á quien nadie negaba el don de una rara intrepidez.—Si no la quieres como es debido, si por tu causa tiene la más ligera

pena, yo te mataré.—Tal era el sentido de aquella rápida mirada. Condujo á Marsay con atenciones casi serviles á través de un corredor, alumbrado por altas claraboyas, al final del que por una puerta secreta salió á una escalera excusada que conducía al jardín del hotel de San Real. Hizole el mulato marchar con precaución á lo largo de una calle de tilos, que terminaba en una puertecilla que salía á una calle desierta en aquella época, y todo esto lo fué Marsay estudiando cuidadosamente. Allí le esperaba el coche. Esta vez el mulato no le acompañó, pero en el momento en que Enrique sacaba la cabeza por la ventanilla para volver á mirar los jardines del hotel, encontróse con los blancos ojos de Cristian, y cambióse entre ambos una mirada, que de una parte y de otra era una provocación, un desafío, el prelude de una guerra de salvajes, no sujeta á las leyes ordinarias de la guerra, sino en la que la traición y la perfidia serían los medios elegidos para llevarla á cabo.

Cristian sabía que Enrique había jurado la muerte de Paquita y Enrique comprendía que él á su vez trataba de matarle antes de que la matase á ella. Ambos se entendieron.

—La aventura se complica haciéndose interesante, se dijo Enrique.

—¿A dónde va el señor? preguntó el cochero.
Marsay dió las señas de Pablo de Marneville.

Durante una semana, Enrique estuvo ausente de su casa sin que nadie supiera de él, y esto le salvó del furor del mulato, pero fué causa de la desgracia de la infeliz criatura que habia puesto en él toda su esperanza y le amaba como nadie amó sobre la tierra.

El último dia de la semana, á eso de las once de la noche, Enrique llegó en coche á la puertecilla del jardín de San Real. Tres hombres le acompañaban. El que hacia de cochero era evidentemente otro amigo, pues se levantó de su asiento como hombre que presta atencion al más ligero ruido. Uno de los otros tres se quedó en la parte de afuera de la puerta, otro se colocó á caballo en el muro, y el tercero que tenia en la mano un manojo de llaves acompañó á Marsay.

—Enrique, le dijo su compañero, nos hacen traicion.

—¿Qué dices, mi amigo Ferragus?

—Que no todos duermen, respondió aquel. Alguien vela en la casa. Mira aquella luz.

—Tenemos el plano, veamos de donde sale.

—No necesito el plano para saberlo, respondió Ferragus. Sale de la habitacion de la marquesa.

—¡Ah! exclamó Marsay, eso es que ha llegado hoy mismo de Lóndres. ¿Me habrá esa mujer quitado tambien mi venganza? ¡Oh! mi querido Graciano, si se me ha adelantado la entregaremos á la justicia.

—¡Escucha!—le dijo Ferragus á Enrique. La cosa es hecha.

Ambos amigos prestaron atencion y oyeron unos débiles gemidos que hubieran enternecido á los tigres.

—A la marquesa no se la ha ocurrido que los gritos podian salir por el tubo de la chimenea, dijo Ferragus con la sonrisa de un crítico encantado de hallar una falta en una obra maestra.

Sólo nosotros sabemos preverlo todo, dijo Enrique. Espérame aquí que voy á ver por mí mismo lo que pasa entre las dos. ¡Vive Dios que será capaz de cocerla á fuego lento!

Marsay subió rápidamente la escalera que ya conocia y encontró el camino del camarín. Al abrir la puerta experimentó el involuntario estremecimiento que produce en el hombre más sereno la vista de la sangre derramada, pero el espectáculo que se ofreció á su vista, tenia otros motivos además para causar asombro. La marquesa, al fin mujer, habia calculado su venganza con esa perfeccion perversa peculiar á los animales débiles, disimulan-

do su cólera para asegurarse del crimen antes de castigarlo.

—¡Demasiado tarde, amado mio! dijo Paquita moribunda volviendo hácia Marsay sus ojos apagados.

La *niña de los ojos de oro* estaba en medio de un lago de sangre. Todas las bujías hallábanse encendidas, percibíase una delicada fragancia y cierto desórden en el que un hombre acostumbrado á las galantes aventuras, debía reconocer las locuras de la pasión, demostraba que la marquesa había interrogado hábilmente á la culpable. En aquella blanca habitación donde la sangre casi parecía un adorno había además señales de un prolongado combate. Las manos de Paquita estaban marcadas en los almohadones, por todas partes habíase agarrado á la vida, por todas partes se había defendido, y en todas había sido acometida. Paños enteros de la colgadura habían sido arrancados por sus manos ensangrentadas en aquella larga lucha, cual si Paquita hubiera tratado de huir hasta por el techo y sus pies desnudos habían dejado la huella á lo largo del respaldo del divan por donde sin duda había corrido. Su cuerpo destrozado á puñaladas demostraba con cuanto ahinco había defendido de su verdugo aquella vida que por Enrique le era tan cara. Caida en el suelo y

poco antes de espirar, había mordido en el tobillo á la marquesa de San Real que aún conservaba en la mano el puñal enrojecido. Esta tenía arrancados los cabellos, estaba llena de mordeduras, muchas de las cuales brotaban sangre, y su vestido desgarrado permitía ver su pecho desnudo cubierto de arañazos.

La cabeza anhelante y furiosa aspiraba el olor de la sangre tenía la boca ávida y entreabierta y dilatadas las narices como para respirar mejor. Estaba sublime. Ciertos animales, cuando están enfurecidos, caen sobre su enemigo, le matan y tranquilos despues de su victoria parecen darlo todo al olvido; otros dan vueltas en torno de su víctima guardándola como quien teme que vengan á arrebatársela y como el Aquiles de Homero dán nueve veces la vuelta á los muros de Troya arrastrando por los pies á su enemigo. Como estos era la marquesa. No reparó en Enrique. En primer lugar era estar tan completamente sola que no temía encontrarse con testigos, y además hallábase de tal manera embriagada con el olor de la sangre caliente tan excitada por la lucha y tan exaltada, que no hubiera reparado en París entero si París entero formando círculo la rodeara. Ni del último suspiro de Paquita se apercibió, por lo que creyendo ser escuchada por el cadáver, dijo:

— Muere inconfesa, húndete en el averno, monstruo de ingratitud, y Satanás se apodere de tu persona. Me debes por él toda la sangre tuya! Muere, muere mil veces, que aún he sido generosa al acabar contigo en cortos instantes cuando quisiera que hubieses padecido todo el dolor que como legado me dejas, por que viviré y viviré desgraciada.

La estuvo contemplando un rato y luego cambiando violentamente de tono:

— Está muerta! dijo: Muerta! Yo también moriré de dolor.

Iba la Marquesa á dejarse caer sobre el diván, ahogada por su desesperacion, que hasta sin voz la dejaba, y al hacer un movimiento vió á Marsay.

— Quién eres tú? exclamó corriendo hácia él con el puñal levantado.

Enrique la sujetó por los brazos y ambos se quedaron contemplando cara á cara. Una horrible sorpresa les heló la sangre en las venas, y sus piernas temblaron como dos caballos espantados. Los dos Menechmos (1) no tenían mayor semejanza entre sí, y ambos á la vez exclamaron:

— ¿Lord Dudley fué vuestro padre?

(1) Nombre de dos hermanos gemelos de una comedia de Menandro.

Los dos bajaron la cabeza afirmativamente.

— Fué fiel á la sangre, dijo Enrique señalando á Paquita.

— Casi no fué culpable, añadió Margarita Eufemia Parraberil, que se arrojó sobre el cuerpo de Paquita gritando desesperada:

— ¡Pobre niña! ¡Oh! ¡cuánto daría yo por reanimarte! ¡He hecho mal, perdóname Paquita! Pero yo soy la más desgraciada, al quedar con vida.

En este momento apareció la horrible figura de la madre de Paquita.

— Vienes á decirme que no me la vendiste^s para que la matase, la dijo la marquesa. Comprendo por qué sales de tú cubil. Te la pagaré el doble. Calla.

Cogió un saco lleno de oro de un mueble de ébano, y lo arrojó con desprecio á los piés de la vieja Georgiana, en cuya inmóvil fisonomía se dibujó una sonrisa al ruido de las monedas.

— Llego á tiempo para salvarte, hermana mía, dijo Enrique. La justicia podrá pedirte cuenta...

— De nada, repuso la marquesa. Una sola persona podía pedirme cuenta de esta niña, Cristian, y ese ha muerto.

— ¡Y su madre, añadió Enrique señalando á la vieja, no te acusará nunca?

—Es de un país donde las mujeres, no son consideradas como seres racionales sino como cosas que se destinan al uso que se quiere, que se venden y se compran y que se las mata cuando ya no sirven á nuestros caprichos como pudiérais hacer aquí con una bestia. Además, está poseida de una pasión que hace acallar todas las demás y que hubiera ahogado su amor maternal si hubiera sido capaz de querer á su hija.

—¿Cuál? preguntó vivamente Enrique á su hermana.

—El juego, de que Dios te libre, contestó la marquesa.

—¿Pero de quién vas á valerte para borrar las huellas de este suceso que la justicia no podrá ménos de perseguir? dijo Enrique señalando al cadáver de *la niña de los ojos de oro*.

—De su misma madre, respondió la marquesa, haciendo seña á la vieja georgiana de que no se alejase.

—¿Nos volveremos á ver? preguntó Enrique, pensando en la inquietud de sus amigos y experimentando la necesidad de salir de allí.

—No, hermano mio, jamás. Vuelvo á España donde entraré en el convento de Nuestra Señora de los Dolores.

—Pero aún eres joven y bella, dijo Enrique, dándola un abrazo y un beso.

—Adios, contestó ella, nada hay que pueda consolarnos de haber perdido lo que creíamos el infinito.

Ocho días despues, Pablo de Manerville encontró á Marsay paseando en las Tullerías por la terraza de los Fuldaneses.

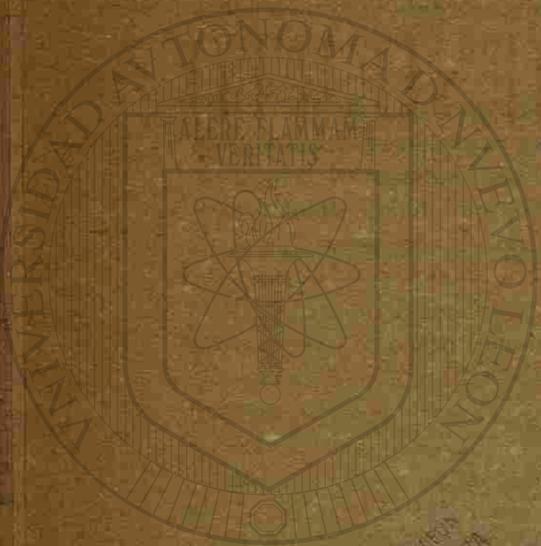
—Vamos, le dijo, ¿qué fué de nuestra hermosa *niña de los ojos de oro*, pícaro?

—Ha muerto.

—¿De qué?

—De una afección al pecho.

FIN.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL
"ALFONSO RIVERA"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNA PASION

EN

EL DESIERTO

POR

H. DE BALZAC

(TRADUCCION DE G. C.)

UNANL

MADRID

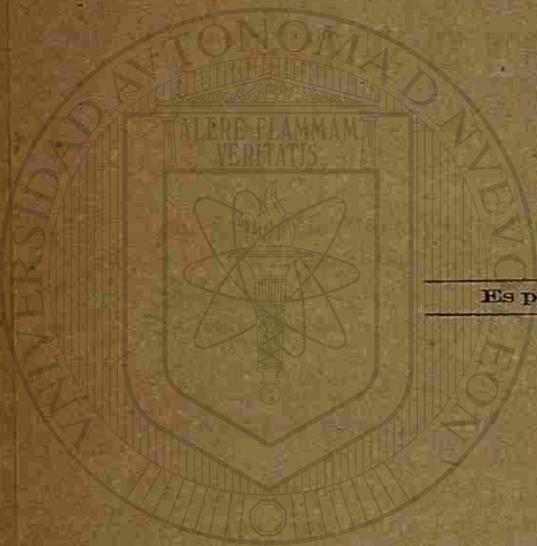
1880

Imprenta y litografía de LA GUIRNALDA

calle de las Pozas, núm. 12.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA GENERAL
"ALFONSO RIVERA"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO





Es propiedad.

UNA PASION EN EL DESIERTO.

—Es un espectáculo que infunde terror, me decía ella al salir de la exposicion de fieras de Mr. Martin, donde acababa de ver á este atrevido domador *trabajar* con su hiena, como se dice en estilo de cartel.

—¿Por qué medios, continuó, habrá llegado á dominar esos animales, hasta el punto de que le obedezcan de tal modo?

—Ese hecho que os parece un problema, la respondí, es sin embargo una cosa muy natural.

—¡Oh! exclamó dejando vagar en sus lábios una sonrisa de incredulidad.

—¿Juzgais á los animales desprovistos por completo de pasiones? la pregunté, pues sabed que podemos comunicarles todos los vicios inherentes á nuestra civilizacion.

Ella, al oir esto, se me quedó mirando con aire asombrado.

—Cuando por la primera vez, continué, ví á Mr. Martin, se me escapó como á vos una exclamacion de sorpresa. Hallábase á mi lado y habia entrado al mismo tiempo que yo, un viejo militar con una pierna amputada, cuya fisonomía me habia llamado la atencion. Tenía una de esas cabezas de líneas vigorosas que llevan marcado el sello de la guerra, y sobre cuya frente parecen estar escritas las batallas de Napoleon, y veíase, sobre todo, en el anciano soldado un aspecto de franqueza y alegría que prevenia en favor suyo. Era indudablemente uno de esos veteranos á los que nado sorprende, que encuentran asunto de broma en el último gesto de un camarada moribundo, le amortajan ó le desnudan riendo, dirigen con aire de autoridad órdenes á las balas, y fraternizan aunque sea con el diablo en persona. Después de mirar atentamente al domador en el momento que salía de la jaula, aquel buen amigo frunció los labios con gesto de desdeñosa burla, haciendo esa especie de significativa mueca que se permiten los hombres superiores para distinguirse del vulgo, y cuando yo manifesté mi asombro por el valor del domador, me dijo con muestras de quien sabe algo y moviendo la cabeza:

—¡Comprendido!

—¿Cómo comprendido? le dije. Si quereis

explicarme en qué está el misterio, os lo agradecería.

Pocos momentos despues habiamos trabajado conocimiento y nos fuimos á comer juntos al primer restaurant que se ofreció á nuestros ojos. A los postres una botella de Champagne refrescó por completo los recuerdos de aquel buen soldado, me contó su historia y al cabo de ella comprendí que habia tenido razon para exclamar:—*¡Comprendido!*

Al llegar aquí nuestra conversacion, entró ella en su casa y me hizo al despedirme tantas súplicas y tantas promesas que consentí en escribir para ella la confidencia del antiguo soldado. Al dia siguiente la envié este episodio de una epopeya que pudiera llevar por título: *Los franceses en Egipto.*

Cuando la expedicion al Alto Egipto emprendida por el general Desaix, cayó un soldado provenzal en manos de los mogrevines y fué llevado por estos árabes más allá de las cataratas del Nilo. Con el fin de poner entre ellos y el ejército francés el suficiente espacio de terreno para su tranquilidad, los mogrevines hicieron una marcha forzada y no se detuvieron hasta la noche, acampando junto á un pozo rodeado de palmeras, cerca del cual tenian precisamente algunas provisiones. No suponiendo que al prisionero se le pudie-

ra ocurrir la idea de escapar, contentáronse con ligarle las manos y echáronse á dormir todos despues de haber comido algunos dátiles y dado cebada á sus caballos. Así que el animoso provenzal vió que sus enemigos no estaban ya en disposicion de vigilarle, cogió con los dientes una cimitarra y sujetando la hoja con las rodillas cortó las cuerdas que le impedían el uso de las manos y hallóse libre. En seguida se apoderó de una carabina y de un puñal, cogió un puñado de dátiles secos, un saco de cebada, pólvora y balas, cinóse una chitarra, montó en un caballo y echó á escape en direccion al punto donde suponía debía estar el ejército francés. Impaciente por encontrar un vivac, de tal modo espoleó su cabalgadura, ya fatigada, que el pobre animal cayó reventado dejando al francés en mitad del desierto.

Púsose en marcha á través de la arena con todo el afán de un presidiario escapado, mas al cabo de cierto tiempo vióse el soldado obligado á detenerse, porque se acababa el día. No obstante lo hermoso que el cielo es durante las noches en Oriente, no se sentía con fuerzas para continuar su caminata. Felizmente pudo ganar una eminencia en cuya cima se balanceaban algunas palmeras cuyas hojas desde hacia rato había estado viendo y

encalmando las dulces esperanzas de su corazón.

Tan cansado estaba que se echó sobre una roca de granito que por capricho de la naturaleza afectaba la forma de un lecho de campaña y durmióse sin tomar previamente precaucion alguna. Su último pensamiento fué casi un remordimiento. Arrepentíase ya de haber abandonado á los mogrevines, cuya vida errante comenzaba á tener para él atractivos desde que se veía lejos de ellos y sin amparo.

El sol, cuyos implacables rayos comenzaron á caer de plano sobre el granito, produciendo un calor intolerable, le despertó, pues el provenzal había tenido la malaventurada idea de colocarse en sentido inverso á la proyeccion de la sombra de las verdes y majestuosas copas de las palmeras. Púsose á contemplar aquellos solitarios árboles, y sintióse conmovido, porque le trajeron á la memoria las elegantes fustes y los capiteles adornados de hojas, que caracterizan á las columnas de estilo árabe de la catedral de Arles. Pero cuando, tras haber contado las palmeras, dirigió las miradas en torno suyo, la más horrible desesperacion se apoderó de su alma ante el espectáculo de aquel océano sin riberas. Las oscuras arenas del desierto se extendían por todas direccio-

nes hasta perderse de vista y reverberaban cual una plancha de acero herida por un vivo resplandor. No podia darse cuenta de si aquello era un mar de espejos ó innumerables lagos unidos entre sí formando un cristal. Sobre aquella superficie movediza, un vapor cálido formaba remolinos ó extendíase en ráfagas. El cielo tenía un resplandor oriental y era de una limpieza desesperante, porque no dejaba á la imaginación nada que pedirle, y cielo y tierra abrasaban. El silencio que reinaba, imponía por su terrible y salvaje majestad. El infinito, la inmensidad constreñían el alma por todas partes. Ni una nube en el cielo, ni un soplo de viento en el ambiente, ni el menor accidente entre aquellas arenas que se agitaban en silenciosas oleadas. El horizonte, en fin, acababa como se ve en el mar en un día claro, por una línea de luz tan estrecha, cual el corte de una espada. El provenzal abrazóse al tronco de una de las palmeras, cual hubiera podido hacerlo con el cuerpo de un amigo, y luego, á la sombra estrecha y recta que el árbol dibujaba sobre la roca, se sentó, llorando y contemplando con profunda tristeza la tremenda escena que ante sus ojos se ofrecía. Gritó, como para conmover la soledad, pero su voz, perdida en las cavidades de la eminencia en que se encontraba, solamente produjo un sonido débil

que no despertó ningún eco. Solamente resonó el eco en su corazón, y el provenzal armó su carabina.

—Tiempo habrá, se dijo luego, dejando en tierra el arma homicida.

Tenia veintidos años.

Mirando, ya el espacio negruzco, ya el espacio azul, el soldado pensó en la Francia. Recordó con delicia las calles de París, las ciudades por donde había pasado, los semblantes de sus camaradas, las más pequeñas circunstancias de su vida; y por fin, su imaginación meridional le hizo ver las campiñas de la Provenza á través de las ondas de fuego que se extendían por la inmensa llanura del desierto. Temiendo los efectos de aquel terrible espejismo descendió por la parte opuesta á la que había subido á la colina la víspera, y su alegría no tuvo límites al descubrir una especie de gruta formada naturalmente entre las enormes moles de granito que eran la base de aquel montículo. Unos pedazos de estera que en ella había demostraban que en otro tiempo había estado habitada. A pocos pasos de allí vió unas palmeras cargadas de dátiles, y entónces el instinto de la vida se despertó en su corazón. Le asaltó la esperanza de vivir hasta que pasasen por allí algunos megrovines ó acaso llegara á sus oídos el estampido de los

cañones, pues en aquellos momentos andaba Bonaparte recorriendo el Egipto y reanimado con tales pensamientos el francés, hizo caer algunos puñados del fruto de que aquellos árboles estaban cargados y conoció al probarlos que el habitante de la gruta había cultivado las palmeras, pues la pulpa fresca y sabrosa denunciaba tales cuidados de su predecesor.

Pasó el provenzal súbitamente de una sombría desesperación á una alegría casi loca, y subiendo á lo alto de la colina, ocupóse el resto del día en cortar una de las palmeras infecundas que la víspera le habían cobijado. Ciertos recuerdos le habían traído á la mente las fieras del desierto, y en la prevision de que pudieran venir á beber en un manantial, cuyas aguas se perdían entre las arenas que lamían la base de las rocas, resolvió prepararse contra sus visitas, atrincheando la entrada de su asilo. No obstante su infatigable ardor y las fuerzas que le prestaba el miedo á ser devorado durante su sueño, le fué imposible cortar la palmera en diversos trozos en el curso del día, consiguiendo solamente derribarla. Cuando al llegar la tarde cayó aquella reina del desierto, el ruido de su caída resonó á lo lejos, como un gemido lanzado por la soledad, y el soldado tembló cual si hubiese oído una voz que le predecía alguna desgracia. Pero,

semejante al heredero que no se conduce largo tiempo de la muerte de su pariente, despojó al bello árbol de las largas y anchas hojas que constituyen su adorno, y se sirvió de ellas para reparar la estera sobre la cual se acostó, y fatigado por el calor y el trabajo, quedóse dormido bajo el rojizo techo de su húmeda gruta.

A mitad de la noche un ruido extraño le despertó. Incorporóse en su lecho, y el profundo silencio que reinaba le permitió distinguir el alternado acento de una respiración, cuya salvaje energía no podía pertenecer á criatura humana.

Un terror profundo aumentado por la oscuridad, el silencio y los fantasmas de la imaginación, le heló el corazón, y sus cabellos se herizaron cuando á fuerza de abrir los ojos apercibió en la sombra dos pupilas amarillentas y luminosas. En un principio atribuyó aquellas luces al reflejo de sus propias pupilas, pero muy pronto los mismos reflejos nocturnos vinieron gradualmente á ayudarle á distinguir los objetos de la gruta, y apercibió un enorme animal á dos pasos de distancia. ¿Era un león, un tigre ó un cocodrilo? Faltábale al provenzal la suficiente instrucción para deducir á qué género ó especie pertenecía su enemigo, pero su espanto era tanto mayor,

cuanto que su ignorancia le presentaba reunidos todos los peligros imaginables. Pasó por el cruel suplicio de escuchar y contar todas las inflexiones de aquella respiracion sin perder una ni atreverse á hacer el más ligero movimiento. Un olor fuerte como el de las zorras, pero más penetrante, más grave, por decirlo así, llenaba la gruta, y el provenzal con todo esto llegó al colmo en su terror, pues no le quedaba duda de la existencia de su terrible acompañante, cuyo antro real habia él convertido en vivac. Pronto los rayos de la luna que descendia por el horizonte alumbraron el cubil é hicieron brillar suavemente la manchada piel de una pantera. Aquella hija de Egipto dormía como un perro pacífico poseedor de un elegante nicho á la entrada de un hotel, sus ojos que habia abierto durante un momento, habíanse cerrado de nuevo, y tenia el rostro vuelto hácia el francés. Mil confusos pensamientos pasaron por el alma del prisionero de la pantera. Pensó primero en matarla de un tiro de su fusil, pero consideró que no habiendo entre ambos suficiente espacio para apuntar el cañon pudiera tropezar al animal y despertarla, y ante esta idea permaneció inmóvil oyendo los latidos de su propio corazon en el silencio y maldiciendo las fuertes pulsaciones causadas por la afluen-

cia de sangre que temia turbara aquel sueño que le permitia disponer despacio del tiempo para buscar un remedio conveniente. Dos veces llevó la mano á su cimitarra con intento de degollar á su enemigo, pero la dificultad de cortar aquel pelo espeso y duro le hizo renunciar á tal proyecto que de no conseguirlo sería su muerte segura. Prefirió los azares de un combate y resolvió esperar la luz del dia que por cierto no se hizo esperar. El francés pudo entónces examinar la pantera. Tenia el hocico lleno de sangre.

—Se conoce que ha comido bien—pensó, sin inquietarse de si el festin habia sido de carne humana—no tendrá hambre cuando se despierte.

Era una hembra. La piel del vientre y de los muslos brillaba de blancura; aterciopeladas manchas formábanla lindos brazaletes en torno de sus patas; su cola musculosa era igualmente blanca terminando en negros anillos; la capa amarilla como el oro, lisa y suave, estaba sembrada de esos característicos lunares dibujados en forma de rosas, que distinguen á las panteras de las demás especies felinas. La tranquila y temible huésped roncaba con la pausa graciosa de una gata dormida sobre el cojin de un sofá, y sus ensangrentadas patas redondas y bien armadas

teníalas adelantadas reposando sobre ellas su cabeza de la que salían esas barbas escasas y rectas semejantes á hilos de plata, Indudablemente que á haber estado en una jaula hubiese admirado el soldado la gracia de aquel animal y los vigorosos contrastes de colores vivos que daban á su piel un aspecto siniestro. La presencia de la pantera aún dormida producíale el mismo efecto que según dicen causan en el ruiseñor los ojos de la serpiente, y el valor del militar acabó por desvanecerse durante un momento ante aquel peligro en tanto que hubiérase exaltado ante la boca de los cañones vomitando metralla. Sin embargo, un pensamiento atrevido cruzó por su cabeza, secando el frío sudor que su frente bañaba. Como los hombres que llegados al último límite por la desgracia desafían la muerte ofreciéndose á sus golpes, vió sin darse cuenta de ello una tragedia en esta aventura y resolvió desempeñar con honra su papel hasta la última escena.

—¿No me iban á matar los árabes anteayer? se dijo.

Y dándose ya por muerto esperó impávido y hasta con cierta inquieta curiosidad el despertar de su enemigo. Así que apuntó el sol, la pantera abrió de súbito los ojos, extendió con fuerza sus patas como para desentu-

mecerse y dió un bostezo poniendo de manifiesto el temible aparato de sus dientes y de su lengua hendida y áspera como una escofina.

—Parece una dama melindrosa, dijo el francés viéndola revolcarse con movimientos llenos de gracia y coquetería.

Se lamió luego la sangre de las garras y el hocico y se frotó repetidas veces la cabeza con las patas, haciendo muy gentiles ademanes.

—Vamos, se está dando su mano de tocador, volvió á decir aquel, que había vuelto á recobrar su alegría al rehacer su valor. Veremos como nos damos los buenos días. Y diciendo esto llevó su mano al puñal que había quitado á los mogrevines.

En aquel momento la pantera volvió su cara hacia el francés y se le quedó mirando sin avanzar. La rigidez de aquellos ojos metálicos y su insoportable resplandor, hirieron al provenzal y más aún cuando el animal se encaminó hacia él. Pero la contempló con aire cariñoso, mirándola cual si intentase magnetizarla, la dejó llegar y cuando estuvo cerca, con un movimiento tan dulce cual hubiese empleado para acariciar á una mujer bonita, la pasó la mano por todo el cuerpo desde la cabeza á la cola marcando con las uñas las flexi-

bles vértebras que dividian el amarillo lomo de la pantera. La fiera enderezó voluptuosamente la cola y al acariciarla de este modo por tercera vez, dejó oír uno de esos *ron ron* con que los gatos manifiestan su satisfaccion; pero aquel murmullo partia de una cavidad tan potente y profunda, que resonó en la gruta como los últimos acordes de un órgano en la iglesia. El provenzal, comprendiendo el valor de aquellas caricias, redoblólas hasta sorprender y aturdir á aquella cortesana impetuosa, y así que creyó haber amansado la ferocidad de su caprichosa compañera, cuyo apetito parecía felizmente haber sido satisfecho la víspera, se levantó y se dispuso á salir de la gruta. La pantera le dejó marchar, pero cuando hubo traspuesto la colina, vino dando saltos, como un pájaro que brinca de rama en rama, á frotarse en las piernas del soldado, enarcando el lomo á la manera de los gatos. Luego mirando á su huésped con ojos cuyo brillo habíase hecho menos inflexible, lanzó ese grito salvaje que los naturalistas comparan al ruido de una sierra.

—Es exigente, pensó sonriendo.

Intentó jugar con las orejas, acariciarle el vientre y pasarle las uñas con fuerza por la cabeza y en vista del buen resultado, le rasgó la cabeza con la punta del puñal con inten-

to de más adelante clavárselo, pero la dureza de los huesos le hizo temer no poder conseguirlo.

La sultana del desierto daba muestras de agradecer las atenciones de su esclavo, tendiendo el cuello y demostrando su embriaguez en una actitud de abandono. Pensó el francés entónces que para asesinar de un solo golpe á la feroz princesa, era preciso herirla en la garganta, y guardóse el puñal cuando la pantera se echó graciosamente á sus piés dirigiéndole de vez en cuando miradas en las que, en medio de su nativa, ferocidad se dibujaba aunque confusamente cierta mansedumbre.

El pobre provenzal púsose á comer sus dátiles apoyado en el tronco de una palmera y lanzando á ratos miradas investigadoras, ya hácia el desierto en demanda de socorro, ya espiondo la insegura clemencia de su terrible compañera. Esta por su parte examinaba al francés con una prudencia que pudiéramos llamar comercial, pero este exámen debió serle favorable, porque cuando le vió que hubo concluido su frugal desayuno, púsose á lamerle los piés y con aquella lengua ruda y fuerte le quitó minuciosamente cuanto polvo tenia encima.

—Pero, ¿y cuándo tenga hambre? pensó el provenzal.

A pesar del escalofrío que semejante idea le causó, púsose á considerar con curiosidad las proporciones de aquella pantera, uno de los individuos más hermosos de su especie ciertamente, pues tenia tres piés de altura y cuatro de longitud sin contar la cola, fuerte y dura como un garrote y de casi tres piés de larga. La cabeza gruesa como la de una leona, se distinguía por una rara expresion de finura y aunque la fria crueldad de los tigres dominaba en sus rasgos, tenia cierta vaga semejanza con la de una mujer astuta. Por último, el rostro de la reina de las soledades revelaba en aquel momento una especie de contento semejante á Neron embriagado. Harta de sangre queria jugar.

Trató el soldado de ir y venir, y la pantera le dejó en libertad limitándose á seguirle con sus miradas, semejante, más que á un perro fiel, á un gran gato de Angola inquieto por todo hasta por los movimientos de su amo. Al volverse este, apercibió los restos de su caballo, cuyo cadáver había la pantera arrastrado hasta la fuente, y del que dos terceras partes había devorado. Este espectáculo le tranquilizó y le explicó la ausencia de la pantera y la consideracion que le habia guardado durante su sueño.

El buen principio de aquella aventura le

animó, y concibió la loca esperanza de llevarse bien con la pantera durante el resto del día, procurando no descuidar medio alguno de halagarla y conciliarse su benevolencia. Volvió hácia ella y experimentó un inefable placer viéndola remover la cola de un modo apenas perceptible. Sentóse entónces sin temor junto á ella y pusieronse á jugar. La cogió las patas y el hocico, la retorció las orejas, la tumbó de espaldas y la atusó los costados calientes y sedosos. Ella se dejaba manosear y cuando el soldado ensayó á alisarla el pelo de las patas, escondió cuidadosa sus añas encorvadas como alfanjes. El francés que conservaba una mano sobre el mango de su puñal estuvo tentado de clavarle en el vientre de la confiada pantera, pero temió ser estrangulado en sus últimas convulsiones, y además sintió en su corazon una especie de remordimiento que le ordenaba respetar á aquel sér que no le ofendía y en el que le parecia tener casi una amiga en aquel desierto sin límites. Involuntariamente se le vino á la mente el recuerdo de su primer amor, una muchacha á la que dió el nombre de *Mignonne* por antífrasis, pues era tan celosa que durante todo el tiempo de sus relaciones estuvo temeroso de un cuchillo con que le tenia amenazado, recuerdo de sus primeros años que le sugirió la

idea de dar el mismo nombre á la pantera, á la que tambien admiraba, con ménos temor á decir verdad, por su agilidad, su gracia y su malicia.

Al caer el día, tanto se habia familiarizado con aquella peligrosa situacion que casi le causaba agrado. Y su compañera acabó por acostumbrarse á volverse á mirarle cuando gritaba con voz de falsete: "*Mignonne*." Así que se puso el sol, *Mignonne* hizo oír repetidas veces un grito fuerte y melancólico.

—Está bien educada, pensó el alegre soldado; eso es que está diciendo sus oraciones.

Pero esta broma mental no se le ocurrió sino despues de ver la actitud pacífica que conservaba su compañera.

—Vamos, rubita, acuéstate la primera, la dijo, contando con la ligereza de sus piernas para evadirse á toda prisa en cuanto la viese dormida á fin de buscar otro asilo durante la noche.

Esperó este momento con impaciencia, y cuando le creyó llegado, púsose rápidamente en marcha con direccion al Nilo; pero no habia caminado un cuarto de legua por el arenal, cuando oyó á sus espaldas los saltos de la pantera, y á intervalos su maullido, más espantable aún que sus saltos.

—Vamos, se dijo, me ha cobrado amistad.

Esta jóven pantera se conoce que no ha visto á un sér humano hasta ahora, y siempre es muy halagüeno el haber conquistado sus primeros amores.

En aquel momento el soldado dió con uno de esos arenales movedizos, tan temidos de los viajeros, y de los que no hay medio de salir á salvo, y al sentirse en tal situacion, lanzó un grito de angustia. La pantera entónces cogióle con los dientes por el cuello de la casaca, y saltando vigorosamente hácia atrás, le sacó del atolladero como por mágia.

—¡Ah! *Mignonne*, exclamó el soldado, acariciándola con efusion, seremos amigos á vida y muerte, pero cuidado con las bromas, ¿eh? Y se volvió atrás.

El desierto desde entónces parecia estar poblado, pues en él habia un sér al que el francés podia hablar, y cuya ferocidad se habia amansado por causa suya, si bien no podia explicarse los motivos de aquella amistad extraña. Por poderoso que fuera el deseo del soldado de permanecer de pié y en guardia, durmióse aquella noche. Cuando se despertó, no viendo á *Mignonne*, subió á lo alto de la colina y distinguióla á lo lejos que se acercaba á saltos, segun la costumbre de estos animales, á los que es imposible la carrera por la extrema flexibilidad de su columna vertebral. Llegó

Mignonne con las fauces ensangrentadas, y recibió las caricias acostumbradas de su compañero, dando muestras de agradecerlas con aquel *roncar* grave y especial, y volviendo sus ojos con mayor dulzura aún que la víspera hácia el provenzal, que la hablaba como pudiera hacerlo á un animal doméstico.

—¡Hola, hola! señorita, aunque eres muy bien educada, se conoce que tambien tienes tus travesurillas. Por lo visto, te has comido un mogrovín; ¿no te da vergüenza? Y eso que casi casi estoy por decir que son más animales que tú. Pero cuidado con hacer lo mismo con un francés, ó dejamos de ser amigos.

La pautera púsose á jugar, como juega un perro con su amo, dejándose arrastrar por el suelo, pegar ó acariciar, y hasta provocando á ello al soldado, alargando la pata, como para indicarle tal deseo.

Así pasaron varios días, y tal compañía permitió al provenzal admirar á su sabor las sublimes bellezas del desierto. Desde el punto y hora en que se halló con momentos de temor y momentos de tranquilidad, con medios de alimentarse y un sér en quien pensar, estuvo su alma agitada por los contrastes y su vida llena de accidentes. La soledad le reveló todos sus secretos y le rodeó de todos sus encantos, descubriendo en la salida y en la pos-

tura del sol espectáculos desconocidos para el comun de las gentes, estremeciéndose al oír sobre su cabeza el dulce susurro de las alas de un pájaro, raro pasajero, ó viendo correr y confundirse las nubes, esos otros pasajeros de cambiantes colores. Estudió durante las noches los efectos de luna sobre aquel océano de arenas, en que el simoun producía olas, ondulaciones y rápidos cambios. Vivió con el día de Oriente, admirando sus pomposas maravillas, y con frecuencia, trás de haber gozado el terrible espectáculo de un huracan en aquella llanura, donde los remolinos de arenas producian nieblas secas y rojizas y nubes que causaban la muerte, veía con delicia llegar la noche, derramando benéfica frescura desde su estrellado cielo, de donde le parecían venir fantásticas melodías. La soledad le enseñó, además, á desenvolver el rico tesoro de la imaginación, pasando horas enteras en recordar cosas tal vez insignificantes ó comparando su vida pasada con la presente. Acabó por tomarle cariño á la pantera, falto de otra afección, y sea que un efecto de la influencia de su voluntad hubiera en ella modificado el carácter, ó bien que, gracias á los multiplicados combates que por entónces se libraban en el desierto, encontráse abundante alimento, ello es que respetaba la vida del francés, quien

acabó por confiarse de ella, al verla siempre satisfecha. Pasaba grandes ratos durmiendo, aunque no se descuidaba de vigilar como una araña en su tela, para no dejar escapar el momento en que pudiera obtener socorro, si alguien llegaba á pasar por la circunferencia hasta donde su horizonte se extendía, habiendo convertido con este fin su camisa en bandera que enarboló en el extremo de una palmera, á la que despojó primero de su follaje, y la necesidad le inspiró la idea de mantenerla extendida por medio de algunas varitas, por si acaso el viento no la agitaba en el momento en que el ansiado viajero dirigiera sus miradas por la extensa llanura del desierto.

En las largas horas en que la esperanza le abandonaba, era cuando se ponía á jugar con la pantera, de la cual habia aprendido á conocer las diferentes inflexiones de voz y la expresion de sus miradas y estudiado todos los caprichosos lunares que esmaltaban su dorado traje. Mignonne, por su parte, ni siquiera gruñía cuando él la cogía por el extremo de su larga cola para contar los anillos blancos y negros que elegantemente la adornaban, y brillaban de lejos al sol, cual si fueran de pedrería.

Complaciase en recorrer con la vista las líneas ondulantes y finas de sus contornos, su

blanco vientre y la gracia de su cabeza. Sobre todo cuando jugaba, contemplábala complacido, y aquella agilidad y aquellos movimientos tan juveniles, le sorprendian cada vez más, admirando la elasticidad que desplegaba siempre que se ponía á saltar, á arrastrarse, á deslizarse, á colgarse, á meterse por cualquier lado, á encogerse ó á lanzarse hácia un objeto; y por rápida que fuera su carrera, por resbaladiza que estuviese la peña de granito, por donde se deslizaba, parábase de pronto en cuanto oía gritar: "Mignonne."

Cierto dia en que brillaba un sol abrasador, un ave de gran tamaño apareció en los aires y el provenzal dejó á la pantera para examinar á este nuevo huésped, mas, tras un momento de espera, la sultana rugió sordamente.

—Lléveme el diablo, si no es celosa, se dijo viendo sus ojos que se habian puesto fieros. Estoy por asegurar que el alma de Virginia se ha trasmigrado al cuerpo de la pantera.

El águila desapareció en lontananza y el soldado se quedó mirando el encorvado cuerpo de la pantera lleno de juventud y de elegancia y bello como el de una mujer. La rubia piel del lomo se desvanecía por finas tintas en el blanco mate de la parte inferior y la luz que profusamente el sol vertía, abri-

llantaba aquel oro vivo y aquellas manchas negras dándolas un atractivo indefinible. Miráronse el provenzal y la pantera con expresión inteligente; la muy coqueta se estremeció al sentir las uñas de su amigo, que la rascaban el cráneo, sus ojos brillaron un momento como dos relámpagos y luego cerrólos con fuerza.

—Tiene una alma, se dijo contemplando la tranquila actitud de aquella reina de los arenales, dorada como ellos, blanca como ellos y como ellos ardiente y solitaria.

—Y bien, me dijo ella, ya he leído vuestro alegato en favor de las fieras. Pero ahora me falta saber cómo acabaron aquellos dos seres que parecían criados para comprenderse mutuamente.

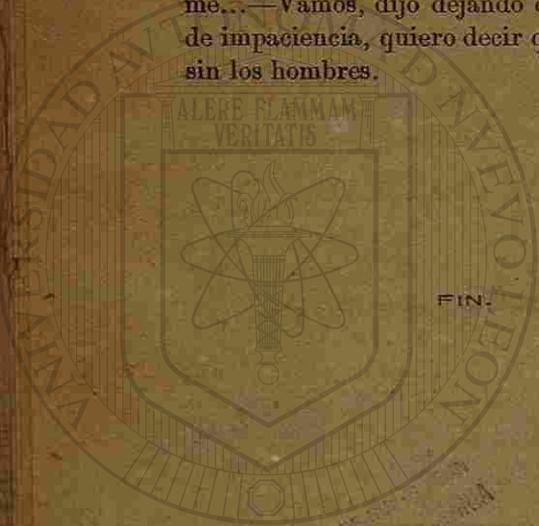
—Pues de un modo muy natural. Concluyeron como concluyen todas las grandes pasiones; por una equivocacion. Se sospecha por una ú otra parte una traicion, no se dan explicaciones por aquello y se rompe por terquedad.

—Y aún suele acontecer, añadió ella, que en los momentos de mayor expansion bastan

para llegar á tal extremo una exclamacion ó una mirada. Con que vamos, ¿quereis referirme el final de la historia?

—Es algo difícil, pero comprendereis todo lo que me relataria el viejo veterano cuando despues de apurar la botella de Champagne me dijo:—Yo no sé por qué, cierto dia se volvió hácia mí cual si estuviera rabiosa y con sus agudos dientes me cogió de una pierna, blandamente, á decir verdad, pero yo, creyendo que trataba de devorarme la hundí mi puñal en el cuello. Cayó en tierra lanzando un ahullido que me heló el corazon, y la ví entre las angustias de la muerte mirarme sin cólera. Quedéme cual si hubiese asesinado á una persona y los soldados que habiendo desde léjos divisado mi blanca bandera acudieron en mi socorro, me encontraron vertiendo lágrimas... Sabed, caballero, continuó tras un momento de pausa, que he hecho despues de lo que os acabo de referir la guerra en Alemania, en España, en Rusia y en Francia, y por ninguna parte por donde he paseado este saco de huesos he encontrado nada que se parezca al desierto. ¡Ah! ¡qué bello es allí todo!—¿Qué sentiais allí? le pregunté.—¡Oh! eso no se puede explicar, jóven. Además no siempre estoy echando de ménos mis palmeras y mi pantera. Para que eso suceda necesito estar tris-

te. En el desierto, entendedlo bien, hay de todo y no hay nada...—Bien, pero explicadme...—Vamos, dijo dejando escapar un gesto de impaciencia, quiero decir que allí está Dios sin los hombres.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO PÉREZ"
Apto. 1625 Monterrey, México

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SARRASINE

POR

H. DE BALZAC.

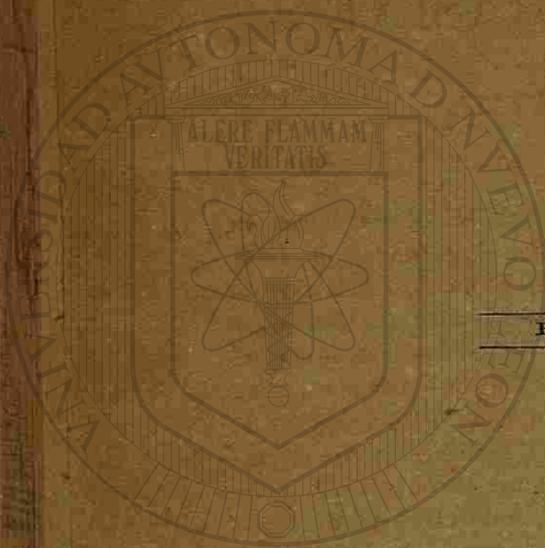
(TRADUCCION DE G. C.)

UNANL

MADRID
1880

Imprenta y litografía de LA GUIRNALDA
calle de las Pozas, núm. 12.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO PÉREZ"
Apto. 1625 MONTERREY, MÉXICO



Es propiedad.

SARRASINE

Sumergido me hallaba cierta noche en una de esas meditaciones profundas que á todos nos asaltan, aún al hombre más frívolo en medio de las fiestas tumultuosas. Daban las doce en el reloj del Elixco Borbon, mientras sentado en el alfeizar de una ventana y oculto por los ondulantes pliegues de una cortina de moaré, contemplaba á satisfaccion mia el jardin de la casa en que me encontraba. Los árboles desigualmente cubiertos de nieve se marcaban débilmente sobre el fondo gris que formaba un cielo nebuloso, apenas alumbrado por la luna. Vistos entre esta atmósfera fantástica semejaban vagamente espectros mal envueltos en sudarios, imagen gigantesca de la famosa *danza de los muertos*. Luego volviéndome al lado opuesto, podia admirar la danza de los vivos en un salon espléndido, de paredes cubiertas de dorados y alumbrado por arañas brillantes cargadas de bujías. Allí bu-

llian, se agitaban y cruzaban las mujeres más bellas, más ricas y más nobles de París, resplandecientes, ostentosas, deslumbradoras de diamantes, con flores en la cabeza, en el pecho, entre los cabellos, sobre los trajes ó en guirnaldas bajo sus pies. Lijeros estremecimientos de alegría y pasos voluptuosos hacían girar los encajes, las blondas y muselinas en torno á sus delicados talles. Algunas miradas vivísimas pasaban aquí y allá eclipsando las luces y el fuego de los diamantes, y animando más y más los ya ardientes corazones. Sorprendíanse también señas y movimientos de cabeza significativos para los amantes é inexplicables para los maridos. Las reclamaciones de los jugadores á cada golpe imprevisto y el resonar del oro, se mezclaban á la música y al murmullo de las conversaciones y para acabar de aturdir á esta multitud embriagada por todo lo que el mundo puede ofrecer de seductor, una atmósfera de perfumes y alegría general obraban sobre las locas imaginaciones. Así á mi derecha tenia la sombría y silenciosa imágen de la muerte y á mi izquierda las cortesés bacanales de la vida; aquí la naturaleza fría, triste, en duelo; allí los hombres gozando, y yo, colocado en el límite de estos dos cuadros tan distintos que repetidos de diversos modos constituyen á París en la

ciudad más divertida y más filosófica del mundo, hacia las veces de una macedonia moral mitad alegre y mitad fúnebre. Con el pié derecho marcaba el compás, y creía tener el otro en una tumba, pues mi pierna estaba efectivamete helada por uno de esos aires colados que os enfrían medio-cuerpo, en tanto que el otro medio experimenta el sudoso calor de los salones, accidente muy comun en un baile.

—¿Hace mucho tiempo que Mad. de Lanty posee este palacio?

—Sí tal, ya hará unos dos años que el mariscal de Carigliano se lo vendió.

—¡Ah!

—Estas gentes deben tener una fortuna inmensa.

—Es lo probable.

—¡Qué fiesta! Es de un lujo insolente.

—¿Los creéis tan ricos como M. de Nucingen ó Mad. de Gondreville?

—¿Pues qué no sabeis...?

Adelanté la cabeza, y reconocí á los dos interlocutores por pertenecer á esta gente curiosa que en París se ocupa exclusivamente del *¿Por qué? ¿Cómo? ¿De dónde es? ¿Quiénes son? ¿Qué tiene? ¿Qué ha hecho ella?* Pusiéronse á hablar bajo y se alejaron para conversar más á sus anchas en algun divan aislado. Na-

die sabia de qué país era procedente la familia de Lanty, ni de qué comercio, de qué explotación, de qué piratería ó de qué herencia provenía una fortuna valuada en muchos millones. Todos los miembros de esta familia hablaban italiano, francés, español, inglés y alemán con suficiente perfección para hacer suponer que habían por largo tiempo vivido en estos países. ¿Eran gitanos? ¿eran filibusteros?

—Mas que fuesen el diablo, decían los jóvenes elegantes, el hecho es que reciben maravillosamente.

—Aunque el conde de Lanty hubiese despojado á algun *Casaba*, me casaría gustoso con su hija.

¿Y quién no hubiera aceptado la mano de Marianina, jóven de diez y seis años, que realizaba las fabulosas concepciones de los poetas orientales? Como la hija del sultan en el cuento de la *Lámpara Maravillosa*, debería haber permanecido envuelta en su velo. Su canto hacía palidecer los talentos incompletos de las Malibrán, Sonteg y Fodor, en las cuales una cualidad dominante ha excluido siempre la perfección del conjunto, mientras que Marianina sabia unir en el mismo grado á la pureza de la voz, la sensibilidad, la cadencia y la entonación, el alma y la ciencia, la corrección y el

sentimiento. Esta jóven era el tipo de esa poesía escrita, lazo común de todas las artes, y que huye siempre ante los que la persiguen. Dulce y modesta, instruida y espiritual, nadie podía eclipsar á Marianina á no ser su madre.

¿Habeis encontrado alguna vez una de estas mujeres, cuya radiante belleza desafia los ultrajes de la edad y que parecen á los treinta y seis años más apetecibles quedebían serlo quince años antes? Su rostro resplandeciente demostraba una alma apasionada; en cada rasgo se adivinaba la inteligencia, cada poro tenía un brillo particular sobre todo á la luz artificial; los ojos seductores atraían, rehusaban, hablaban ó permanecían callados, su paso era inocentemente estudiado, su boca desplegaba las melodiosas riquezas de tonos más exquisitamente dulces y tiernos, y fundados sobre comparaciones sus elogios halagaban el amor propio más delicado. Un movimiento de sus cejas, la más rápida mirada, un fruncimiento de labios, causaban cierto terror á los que habían depender de ellos su vida y su felicidad. Una jóven se dejaría seducir, pero con esta especie de mujeres un hombre debe saber, como Mr. de Jaocourt, no gritar cuando al ocultarse en un gabinete, la doncella le destroza dos dedos con el quicio de una puerta. Amar á estas potentes sirenas es jugar con su vida,

y hé ahí tal vez por lo que las amamos con tanta pasión. Tal era la condesa de Lanty.

Filipo, hermano de Marianina, tenía como esta la belleza maravillosa de la condesa. Para decirlo de una vez, este jóven era la imágen viva de Antinoo con formas más cenceñas; pero estas finas y delicadas proporciones, cuan bien le sientan á la juventud, si se unen á un cútis ligeramente moreno, cejas vigorosas y el fuego de unos ojos aterciopelados que prometen para lo futuro enérgicas pasiones é ideas generosas, Si Filipo estaba en el corazon de todas las jóvenes, también tenía su puesto en la mente de todas las madres, como el mejor partido de Francia.

La belleza, fortuna, talento y gracias de ambos jóvenes provenían únicamente de su madre. El conde de Lanty era pequeño, feo, delgado, sombrío como un español y pesado como un banquero. Pasaba, sí, por un profundo político, acaso porque rara vez se reía y citaba frecuentemente á madama de Metternich y Wellington.

Tan misteriosa familia tenía el atractivo de un poema de lord Byron, cuyas dificultades hubieran sido traducidas de distinto modo por cada persona de las que componen el gran mundo; eran un canto oscuro en su conjunto, y sublime estrofa por estrofa. La reserva que

monsieur y Mad. de Lanty guardaban sobre su origen, su existencia pasada y sus relaciones con las cuatro partes del mundo, hubiese sido por mucho tiempo un motivo de admiración en Paris, pues en ningun país acaso se ha comprendido mejor el axioma de Vespasiano. Aquí el dinero, áun cuando esté manchado de sangre y lodo, no descubre nada y lo representa todo. Siempre que la alta sociedad sepa la cifra á que asciende vuestra fortuna, sereis clasificados entre las fortunas equivalentes á la vuestra, sin que nadie os pida vuestros pergaminos, porque todos saben cuan poco cuestan. En una ciudad en que los problemas sociales se resuelven por ecuaciones algebraicas, los aventureros cuentan con mucho en su favor, y así, áun suponiendo que esta familia fuese bohemia de origen, eran tan ricos, tan seductores, que la alta sociedad podia bien perdonarles sus secretillos. Pero, por desgracia, la historia enigmática de la casa de Lanty ofrecia un perpétuo motivo de curioso interés, muy semejante al de los cuentos de Ana Radcliffe.

Los observadores, esas gentes que averiguan en que almacén habeis comprado los candelabros, ó que os preguntan lo que os cuesta el alquiler cuando vuestra habitacion les parece bonita, habian notado de tarde en tarde,

en medio de las fiestas, los conciertos, los bailes ó reuniones dadas por la condesa la aparición de un extraño personaje. Era un hombre. La primera vez que se mostró en el palacio fué durante un concierto, en que pareció haber sido atraído hácia el salon por la vista encantadora de Marianina.

—Desde hace un momento siento frio, dijo á su vecina una señora que se hallaba cerca de la puerta.

El desconocido, que se encontraba en ella, se alejó.

—Es singular, ahora tengo calor; añadió la misma señora despues de la marcha del desconocido; me tachareis tal vez de loca, pero no puedo ménos de pensar que mi vecino, ese señor vestido de negro, que acaba de alejarse, era la causa de este frio.

Bien pronto la exageracion natural en las personas de la alta sociedad hizo brotar y aumentarse las ideas más peregrinas, las expresiones más graciosas y los cuentos más extravagantes sobre este misterioso personaje. Sin ser precisamente un vampiro, un antropófago, un hombre sobrenatural, una especie de Fausto ó de Robin de los bosques, participaba, al decir de las gentes amigas de lo fantástico, de todas estas naturalézas antropomórficas, no faltando algun aleman que tomase en sério

estas bromas ingeniosas de la maledicencia parisiense. El desconocido era sencillamente un *viejo*. Muchos de esos jóvenes acostumbrados á plantear todas las mañanas el porvenir de Europa en algunas frases elegantes, trataban de ver en el desconocido algun gran criminal, poseedor de inmensas riquezas. Los novelistas contaban la vida de este viejo dando detalles verdaderamente curiosos sobre las atrocidades cometidas por él durante el tiempo que habia estado al servicio del príncipe Migore. Los banqueros, como gentes más positivas, daban una salida especiosa.

—¡Bah! decian alzando los hombros con un movimiento de piedad, ese viejecillo es una *cabeza genovesa*.

—Caballero, si no es indiscrecion, tendríais la bondad de explicarme lo que entendéis por una cabeza genovesa?

—Es un hombre de cuya vida dependen enormes capitales, y de su conservacion dependen por lo visto las rentas de esta casa.

Recuerdo haber oido en casa de Mad. de Espard á un magnetizador, probar por consideraciones históricas de muy aparente verosimilitud, que este anciano conservado entre cristales era el famoso Balsamo llamado Cagliostro. Segun este moderno alquimista, el aventurero siciliano habia escapado á la muer-

te y se entretenía en fabricar oro para sus vicios; y por fin el bailio de Jerette pretendía haber reconocido en este singular personaje al conde de San German. Estas tonterías dichas con el tono espiritual y el aire burlon que en el día caracterizan á una sociedad sin creencias, mantenían las vagas sospechas sobre la casa de Lanty. En fin, por un singular concurso de circunstancias, los miembros de esta familia, justificaban las conjeturas de las gentes, observando una conducta bastante misteriosa con este anciano, cuya vida estaba en cierto modo velada á toda clase de investigaciones.

Si este personaje traspasaba el término de las habitaciones que él debía ocupar en el palacio Lanty, su aparición causaba siempre gran sensación en la familia, y hubiérase dicho que era un acontecimiento de cierta importancia. Filipo, Marianina, Mad. de Lanty y un viejo servidor, tenían solo el privilegio de ayudar al desconocido á caminar, levantarse ó sentarse, y todos vigilaban sus menores movimientos.

Parecía como si fuese una persona encantada, de quien dependiese la dicha, la vida ó la fortuna de los demás. ¿Era temor, ó afecto? Las gentes de mundo no podían hallar inducción alguna que les ayudase á resolver este

problema. Oculto durante meses enteros en el fondo de un santuario desconocido, este génio familiar salía de pronto, como furtivamente, cuando ménos se le esperaba, y aparecía en medio de los salones, como esas hadas de otros tiempos que descienden de sus dragones alados para venir á turbar las fiestas á las que no habían sido invitadas. Los observadores más ejercitados podían entónces únicamente comprender la inquietud de los señores de la casa, que sabían disimular sus sentimientos con singular habilidad. Unas veces bailando un rigodon, la inocente Marianina echaba una mirada de terror al anciano, á quien vigilaba á través de los grupos, ó bien Filipo se lanzaba deslizándose á través de la multitud, hasta acercársele, y permanecía junto á él con tierna atención, cual si el contacto de los hombres ó el menor soplo pudiese destruir aquella extraña criatura. La condesa trataba de aproximársele sin aparentar unírsele con intención, y luego con maneras y fisonomía en que se mezclaban el servilismo con la ternura, la sumisión con el despotismo, le decía dos ó tres palabras, á las que atendía casi siempre el anciano y desaparecía conducido ó por mejor decir llevado por ella. Si Mad. de Lanty no estaba allí, el conde empleaba mil stratagemas para llegar hasta él; pero parecía hacerse escu-

char difícilmente y le trataba como á un niño mimado, á quien su madre consiente los caprichos ó acaso, su terquedad. Algunos indiscretos se habian aventurado á interrogar aturdidamente al conde de Lanty, pero este hombre frio y reservado, no habia nunca aparentado comprender las preguntas de los curiosos.

Así, tras varias tentativas que la circunspección de esta familia hacia vanas, nadie trató de descubrir un secreto tan bien guardado. y los espías de la buena sociedad, los papantatas y los políticos, concluían, tras inútiles escaramuzas, por no ocuparse más de este misterio.

En el momento á que me refiero y en medio de aquellos brillantes salones donde pululaban los filósofos, habia quien, tomando un sorbete ó dejando sobre una consola su vaso de ponche vacío, decia:

—No me admiraría el saber que estas gentes son unos bribones. Ese viejo que se oculta y solo aparece en los equinocios y solsticios, tiene á mi ver todo el aspecto de un asesino.

—O de un banquero quebrado.

—Es casi casi lo mismo. Acabar con la fortuna de un hombre, es á veces peor que acabar con su vida.

—Caballero, he apuntado veinte luises y debo cobrar cuarenta.

—Mi palabra, caballero, sólo hay treinta sobre el tapete...

—¡Y bien! ya veis como aquí están muy mezcladas las personas; no se puede jugar.

—Es verdad. Y por cierto que son ya cerca de seis meses los que hace no vemos al espíritu. ¿Creeis que sea un sér viviente?

—¡Oh! todo lo más.

Estas últimas palabras eran dichas á mi alrededor, en el momento en que yo resumía en un pensamiento final mio, reflexiones mezcladas de negro y blanco, de vida y muerte. Mi loca imaginación al par que mis ojos, contemplaban una y otra vez la fiesta en su más alto grado de esplendor y el sombrío cuadro de los jardines. No sé cuanto tiempo hacia estaba meditando sobre estas dos fases de la medalla humana, cuando de pronto, la risa reprimida de una mujer jóven, me vino á despertar y quedé estupefacto en presencia de la imágen que se ofrecía ante mis ojos. Por uno de los más raros caprichos de la naturaleza, el pensamiento de semi-duelo que bullía en mi cabeza, habia tomado forma y se encontraba delante de mí, viviente y personificado, saliendo como Minerva, alta y fuerte de la cabeza de Júpiter. Se me presentaba á la vez centenario y juvenil, estaba vivo y muerto.

Escapado de su habitacion como un loco

de su jaula, el viejecillo se habia sin duda deslizado diestramente tras un grupo de personas atentas á la voz de Marianina, que terminaba una ária del Tancredo. Parecia que habia salido de la tierra á impulso de algun mecanismo teatral. Inmóvil y sombrío permaneció durante un momento, contemplando esta fiesta, cuyo murmullo habia tal vez llegado á sus oídos. Su preocupacion casi de sonámbulo, era tan concentrada sobre los objetos, que se hallaba en medio del concurso sin reparar en él. Habíase colocado sin ceremonia junto á una de las mujeres más encantadoras de Paris, bailadora elegante y jóven, de formas delicadas, una de esas figuras frescas como un niño, blancas y sonrosadas, y tan delicadas y transparentes que la mirada de un hombre parece poder penetrarlas como un rayo de sol á un trozo de hielo puro. Delante de mí estaban los dos, juntos, unidos y tan próximos, que el desconocido rozaba el traje de gasa, las guirnaldas de flores, los cabellos levemente rizados y el cinturon flotante de la hermosa.

Yo habia presentado á esta jóven en el baile de madama de Lanty, y como venia por la primera vez á esta casa, la perdoné su risa comprimida, pero hícela un signo imperativo que la dejó sobrecogida y la obligó á cobrar respeto hácia su vecino. Vino á sentarse junto

á mí, pero el anciano no quiso separarse de esa graciosa criatura, á la cual se adhirió caprichosamente con esa obstinacion muda y sin causa aparente, de que son susceptibles las personas extremadamente ancianas, y que las hace asemejarse á los niños. Para sentarse junto á la jóven, le fué necesario apartar un pliegue del traje y sus más pequeños movimientos eran ejecutados con esa fria torpeza y estúpida indecision que caracteriza los gestos de un paralítico. Colocóse lentamente en su silla con circunspeccion y murmurando algunas palabras ininteligibles. Su voz cascada asemejábase al ruido que produce una piedra al caer en un pozo. La jóven me apretó vivamente la mano, cual si hubiese querido resguardarse de un precipicio, y estremeciése cuando este hombre, á quien miraba, volvia hácia ella dos ojos sin calor, dos ojos verdosos que no podian compararse más que al nácar empañado.

—Tengo miedo, me dijo ella, inclinándose hácia mi oído.

—Podeis hablar, la dije, oye difícilmente.

—¿Le conocéis?

—Sí.

Recobróse entónces lo bastante para examinar durante un momento aquella criatura sin nombre en el lenguaje humano, forma sin substancia, sér sin vida ó sin accion. Halló

base bajo el encanto de esa tímida curiosidad que impele á las mujeres á procurarse emociones peligrosas, á ver tigres encadenados, y á contemplar boas, acostumbrándose á no estar separadas de ellas más que por débiles barreras. Aunque el viejecillo tuviese encorvadas las espaldas como un trabajador, se conocia fácilmente que debía haber sido de mediana estatura, y la excesiva flacura y la delicadeza de sus miembros probaban que habia tenido esbeltez en sus proporciones. Llevaba un calzon de seda negra que flotaba en torno de sus muslos descarnados, formando pliegues como una vela abatida, y un anatómico hubiese reconocido al instante los síntomas de una horrible tisis, con sólo ver las piernecillas que sostenian aquel cuerpo extravagante, y á las que se hubiese tomado por dos huesos puestos en cruz sobre una tumba.

Un sentimiento de profundo horror hacia el hombre, embargaba el corazón cuando una fatal atención hacia aparecer las señales de la decrepitud, impresas sobre este organismo extraño. El desconocido llevaba un chaleco blanco bordado de oro á la moda antigua, y su ropa interior era de una blancura deslumbradora. Una chorrera de encaje de Inglaterra, cuya labor hubiese causado la envidia de una reina, formaba ondas amarillentas sobre su pe-

cho, aunque sobre él este encaje más parecia un harapo que un adorno, y en medio de esta chorrera un diamante de un valor incalculable centelleaba como un sol. Este lujo anticuado, esta riqueza intrínseca y sin gusto, hacian resaltar más y más la fisonomía de este sér extraño, pues el marco era digno del retrato.

El rostro era negro, anguloso y arrugado en todas direcciones, la barba cóncava, los pómulos surcados, los ojos perdidos en las órbitas amarillas, las mandíbulas salientes á causa de una excesiva flacura formando cavidades en medio de cada mejilla, y todas estas desigualdades, más ó ménos iluminadas por las luces, producian sombras y reflejos extraños, que acababan de quitarle el carácter de faz humana.

Además, los años habian pegado tan fuertemente sobre los huesos la piel amarilla y fina de este rostro, que formaba por todas partes multitud de arrugas ó círculos, como las ondas del agua turbada por la piedra que un niño arroja, ó estrellas como un vidrio roto, pero siempre profundas y tan unidas como el corte de las hojas de un libro. Algunos viejos presentan tal vez aspecto más repugnante, pero lo que contribuia á dar más la apariencia de una creacion artificial al espectro aparecido ante nosotros, era el colorete que en él re-

saltaba. Las cejas recibían de la luz un lustre que revelaba una pintura muy bien ejecutada, y felizmente para la vista contristada de tantas ruinas, su cráneo cadavérico se ocultaba bajo una peluca rubia, cuyos innumerables rizos ponían de manifiesto una severa presunción. Por lo demás, la coquetería femenina de este personaje fantasmagórico, se anunciaba claramente por los pendientes de oro que pendían de sus orejas, por las sortijas, cuyas admirables piedras brillaban sobre sus dedos osificados y por una cadena de reló que centelleaba como el collar de una dama.

Por último esta especie de ídolo japonés, conservaba sobre sus labios descoloridos, una risa fija y parada, risa implacable y burlona como la de una calavera. Silencioso é inmóvil como una estatua, exhalaba de sí ese olor de azmizcle de los vestidos antiguos que los herederos de una duquesa exhuman de sus cajones durante un inventario, y si el viejo giraba sus ojos por la concurrencia, parecía que los movimientos de aquellas pupilas incapaces de reflejar claridad alguna, se llevaban á cabo por un oculto artificio, y cuando pasaban, el que los examinaba concluía por dudar de si se habían movido. Ver al lado de estos despojos humanos, una mujer jóven, con los brazos cuello y pecho desnudos y blancos, de for-

mas redondas y bellas, de cabellos bien plantados sobre una frente alabastrina que inspiraba amor, cuyos ojos no recibían sino reparían la luz, fresca, suave, y notar que aquellos bucles vaporosos, aquel aliento embalsamado parecían demasiado pesados, demasiado duros, demasiado poderosos para aquella sombra, para aquel hombre de ceniza. ¡Ah! era precisamente la representación de muerte y de vida de mi pensamiento, especie de arabesco imaginario, horrenda quimera de forma á medias y á medias divinamente femenil.

—Y hay sin embargo matrimonios así que se efectúan comunmente en el mundo, me decía yo.

—Huele á cementerio, dijo la jóven espantada, agarrándome como para asegurarse de mi protección, y sus convulsivos movimientos me dieron á entender que tenía miedo. —Es una vision horrible, continuó, yo no puedo permanecer aquí más tiempo, porque si le vuelvo á mirar creeré que es la misma muerte que viene á buscarme. ¡Pero vive!

Y puso la mano sobre el trasgo con esa valentía que las mujeres manifiestan por efecto de la violencia de sus deseos, pero un sudor frío la cubrió cuando al tocar al viejo, oyó un grito semejante á una carraca. Esta ágría voz, si era voz, se escapó de una garganta casi

seca, y luego á aquella exclamacion sucedió repetida una tosecilla de niño, convulsiva, y de un sonido particular. A este ruido Marianna, Filipo y Mad. de Lanty fijaron sus ojos en nosotros, y sus miradas fueron como relámpagos. La jóven hubiera querido hallarse en el fondo del Sena, cogió mi brazo y me condujo á un gabinete, y al cruzar el salon, hombres y mujeres, todo el mundo nos abrió calle. Llegados á lo último de las piezas de recepcion, entramos en un gabinetito semicircular y mi compañera se dejó caer en un divan temblando de espanto y sin saber donde estaba.

—Señora, ¿qué locura ha sido esa?

—Pero, contestó ella despues de un momento de silencio, durante el cual la estuve admirando, ¿es falta mia? ¿Por qué María de Lanty deja vagar duendes por su casa?

—Vamos, repliqué, no imiteis á los tontos tomando á un viejecillo por un espectro.

—Callad, replicó con ese aire dominante y burlon que todas las mujeres saben tomar tan bien cuando quieren tener razon.—Bonito gabinete, continuó, alzando la voz y mirando en derredor suyo. El raso azul hace siempre muy bien en tapicería, ¿es tan fresco! ¡Ah! qué hermoso cuadro, añadió levantándose al decir esto y yendo á colocarse frente á un lienzo con magnífico marco.

Permanecimos durante un rato en la contemplacion de tal maravilla, que parecia debida á algun pincel sobrenatural. El cuadro representaba á Adonis echado sobre una piel de leon, y la lámpara suspendida en el centro del gabinete y encerrada en un vaso de alabastro, iluminaba en aquel momento el lienzo de una luz dulce que nos permitia abarcar todas las bellezas de la pintura.

—¿Un sér tan perfecto existe? me preguntó ella, despues de haber examinado, no sin una dulce sonrisa de satisfaccion, la gracia exquisita de los contornos, la postura, el color, los cabellos, en fin, todo. Es demasiado hermoso para hombre, añadió despues de un exámen, semejante al que hubiera hecho de una rival.

—¡Oh! como sentí yo entónces las punzadas de unos celos, en los cuales un poeta habia tratado inútilmente el hacerme creer; los celos de los grabados, de los cuadros, de las estátuas, en que los artistas exageran la belleza humana, como consecuencia de la doctrina que les conduce á idealizarlo todo.

—Es un retrato, la contesté, debido al talento de Vieu; pero este gran pintor jamás vió al original, y vuestra admiracion no será tanta acaso cuando sepais que ese estudio del desnudo ha sido copiado de una estátua de mujer.

—Pero, ¿quién es?

Yo vacilé.

—Quiero saberlo, añadió vivamente.

—Creo, la dije, que ese Adonis representa á un... un... un pariente de Mad. de Lanty.

Tuve el dolor de verla abismada en la contemplación de aquella figura. Se sentó en silencio, me coloqué junto á ella y la cogí la mano sin que lo notase, olvidado por un retrato! En este momento el ruido ligero de los pasos de una mujer, cuyo traje crugía, sonó entre el silencio. Vimos entrar á la jóven Marianina, más brillante aún por su expresión de inocencia, que por su gracia y su fresco tocado, marchando lentamente y sosteniendo con un cuidado maternal, con una filial solicitud al vestido espectro que nos habia hecho huir del salon de música: le conducia mirándole con una especie de inquietud posar lentamente sus débiles piés.

Los dos llegaron muy penosamente hasta una puerta oculta en la tapicería, y allí Marianina llamó dulcemente y al momento apareció como por magia un hombre alto y seco, especie de génio familiar. Antes de confiar el viejo á este guardian misterioso, besó la jóven respetuosamente al cadáver ambulante, y su casta caricia no fué exenta de ese mimo gracioso cuyo secreto pertenece á algunas mujeres privilegiadas.

—*Addio, Addio!* dijo ella con las inflexiones más bonitas de su voz juvenil y añadiendo además sobre la última sílaba un trino admirablemente ejecutado, pero en voz baja y como para pintar la efusión de su corazón por medio de una expresión poética. El viejo súbitamente herido por algun recuerdo, permaneció sobre el dintel de aquel secreto aposento. Oímos entónces, gracias á un profundo silencio, el suspiro pesado que salió de su pecho: cogió la más hermosa de las sortijas de que estaban cargados sus dedos de esqueleto y la colocó en el seno de Marianina. La loca jóven se echó á reír, cogió la sortija, colocóla sobre el guante en uno de sus dedos y se lanzó con ligereza hácia el salon donde resonaban en aquel momento los preludios de una contradanza. Al salir, nos vió y dijo:

—¡Ah! ¿Estabais ahí?

Y despues de habernos mirado como para interrogarnos, corrió en busca de su pareja con la indolente petulancia de su edad.

—¿Qué quiere decir esto? me preguntó mi compañera. ¿Es su marido? me parece que sueño. ¿Dónde estoy?

—¡Vos! Respondí, vos, señorita, que sois exaltada, y que, comprendiendo tan bien las más ligeras emociones, sabeis cultivar en el corazón del hombre el más delicado de

los sentimientos, sin marchitarle, sin romperle desde el primer día, vos que teneis piedad de las penas del corazón, y que al talento de una parisiense unís una alma apasionada, digna de Italia ó España...

Ella comprendió claramente que mi lenguaje estaba impregnado de una amarga ironía, y enseguida, sin dar á entender lo habia comprendido, me interrumpió para decirme: —¡Oh! me pintais á vuestro gusto. ¡Singular tiranía, no quereis que yo sea yo!

—¡Oh! yo no quiero nada, exclamé asustado de su grave actitud. Mas decidme, ¿es cierto al ménos que os complace oír contar la historia de esas pasiones enérgicas, producidas en nuestros corazones por las hechiceras mujeres del Mediodía?

—Sí, ¿por qué?

—Pues bien, yo iré mañana á la noche á vuestra casa, á eso de las nueve, y os revelaré este misterio.

—No, repitió ella con terquedad, quiero saberlo ahora mismo.

—Aún no me habeis otorgado el derecho de obedeceros cuando decís: "Quiero."

—En este momento, respondió con una coquetería desesperante, tengo un vivísimo deseo de conocer ese secreto. Mañana no os escucharé quizás.

Sonrió y nos separamos; ella siempre tan altiva, tan ingrata, y yo tan ridículo en este momento como siempre. Tuvo el atrevimiento de bailar con un jóven, ayudante de campo, y yo permanecí sucesivamente enojado, mohino, admirado, amante y celoso.

—Hasta mañana, me dijo ella á las dos de la madrugada, al retirarse del baile.

—No iré, pensé, y te abandono. Eres más caprichosa, más fantástica mil veces quizás... que mi imaginacion.

Al día siguiente nos hallábamos ella y yo delante de un buen fuego en un saloncito elegante, sentados los dos, ella en una otomana, y yo sobre los cojines, casi á sus piés y con mis ojos fijos en los suyos. La calle estaba silenciosa. La lámpara arrojaba una dulce claridad. Era una de esas veladas deliciosas al alma, uno de esos momentos que no se olvidan jamás, una de esas horas pasadas en la paz y en el deseo, y que más tarde son con su recuerdo un motivo de pena, aún cuando nos encontremos más felices. ¡Qué puede borrar la viva impresion de las primeras impresiones del amor?

—Vamos, dijo, escucho.

—Pero yo no me atrevo á empezar. La aventura tiene pasajes peligrosos para el narrador, y si me entusiasmo me hareis callar.

—Hablad.

—Obedezco, dije y empecé así despues de una pausa: Ernesto Juan Sarrasine era el hijo único de un procurador del Franco-Condado. Su padre habia ganado honradamente seis ú ocho mil libras de renta, fortuna de procurador, que en otro tiempo en provincia pasaba por colosal. El anciano señor Sarrasine, no teniendo más que un hijo, no queria descuidar nada en su educacion, esperando hacer de él un magistrado y vivir suficiente tiempo para ver en sus últimos dias al nieto de Mateo Sarrasine, labrador del país de Saint-Die, sentarse sobre los lises y dormir durante la audiencia á la mayor gloria del Parlamento; pero el cielo no reservaba esta alegría al procurador. El jóven Sarrasine, confiado desde muy niño á los jesuitas, dió pruebas de una turbulencia poco comun, y tuvo la infancia de un hombre de talento. No queria estudiar, sino seguir su capricho, se sublevaba á menudo y permanecia á veces horas enteras abismado en confusas meditaciones, ocupado, ya en contemplar á sus camaradas cuando jugaban, ya en recordar á los héroes de Homero. Luego, si se decidia á jugar ponía en sus juegos un ardor extraordinario. Cuando tenia lugar una riña entre un compañero y él, rara vez terminaba el combate sin que hubiese derramamiento de

sangre, porque aún en el caso de ser el más débil mordía. Sucesivamente diligente ó pasivo, sin aptitud ó muy inteligente, su extraño caracter le hizo temible á sus maestros lo mismo que á sus condiscípulos. En vez de aprender el griego, retrataba al reverendo padre que le explicaba un pasaje de Tucídides, diseñaba al profesor de matemáticas, al administrador, al criado, al corrector y embadurnaba todas las paredes de trazos informes. En lugar de cantar las alabanzas del Señor en la iglesia, se entretenia durante los oficios en cortar un banco, ó cuando habia robado algun pedazo de madera esculpía alguna figura de santo. Si la madera, la piedra ó el lápiz le faltaban, representaba sus ideas con miga de pan. Sea que copiase los personajes de los cuadros que adornaban el coro, sea que improvisase, dejaba siempre en su puesto bosquejes groseros cuyo carácter licencioso desesperaba á los padres jóvenes, y segun los maldicientes pretendian, hacian sonreir á los jesuitas viejos.

Por fin si hemos de creer á la crónica del colegio, fué despedido por haber, mientras esperaba su turno para confesarse un viernes santo, esculpido un grueso leño en forma de Cristo. La impiedad grabada sobre esta escultura era demasiada para no atraer un castigo al artista. ¿No habia tenido la audacia de colocar

en lo alto del tabernáculo esta figura algo cínica?

Sarrasine vino á Paris en busca de un refugio contra las amenazas de la maldición paterna. Con una de esas voluntades fuertes que no reconocen obstáculos, obedeciendo á las órdenes de su génio entró en el taller de Bouchardon donde trabajaba durante el dia, yendo por la noche á mendigar la subsistencia. Bouchardon, maravillado de los progresos y de la inteligencia del jóven artista, adivinó bien pronto la miseria en que se veía su discípulo, y le socorrió, le cobró cariño y le trató como á un hijo. Mas tarde, cuando el génio de Sarrasine se manifestó por una de esas obras en que el talento futuro lucha contra la efervescencia de la juventud, el generoso Bouchardon trató de volverlo á la gracia del anciano procurador. Ante la autoridad del célebre escultor se apagó el enojo paternal, y todo Besanzon se felicitó de tener por hijo á un futuro y grande hombre. En el primer momento de transporte en que le sumió su halagada vanidad, el avaro procurador puso á su hijo en estado de presentarse dignamente en sociedad.

Los largos y trabajosos estudios necesarios en la escultura, amansaron por largo tiempo el carácter impetuoso de Sarrasine. Bouchardon, advirtiendo la violencia con que las pasiones se desencadenarian en esta alma jóven,

acaso tan vigorosamente templada como la de Miguel Angel, reprimió en sus justos límites el extraordinario fuego de Sarrasine, prohibiéndole trabajar y procurándole distracciones cuando le veía dominado por el furor de alguna idea, ó confiándole trabajos de importancia en el momento en que se hallaba próximo á entregarse á la disipacion. Pero sobre aquella alma apasionada la dulzura fué siempre la más poderosa de las armas, y el maestro sólo logró un gran imperio sobre su discípulo excitando su reconocimiento por su bondad paternal. A los 22 años Sarrasine se vió obligado á dejar la saludable influencia que Bouchardon ejercia sobre sus hábitos y costumbres. Los trabajos de su ingenio se vieron favorecidos, ganando el premio de escultura, fundado por el marqués de Marigny, el hermano de Mad. Pompadour que tanto hizo por las artes. Diderot alabó como una obra maestra la estatua del discípulo de Bouchardon, y no sin profundo dolor vió el escultor del rey partir para Italia al jóven á quien por sistema habia mantenido en una profunda ignorancia de las cosas de la vida.

Sarrasine era hacia seis años el comensal de Bouchardon. Fanático de su arte como Canova lo fué más tarde, se levantaba al amanecer, entraba en el taller para no salir hasta

la noche, y no vivía más que con su inspiración. Si iba á la comedia francesa era llevado por su maestro y se sentía tan atado en casa de Mad. Geoffrin y en la gran sociedad en que Bouchardon trató de introducirle, que prefería estar solo y rehusó los placeres de esta época licenciosa. No tuvo más querida que la escultora y Clotilde una de las celebridades de la ópera, y aún esta intriga no fué duradera. Sarrasine era bastante feo, siempre mal vestido, y de un natural tan libre, tan desarreglado en su vida privada, que la ilustre ninfa temiendo alguna catástrofe, devolvió muy luego el escultor al amor de las artes. Sofia Arnambol ha dicho yo no sé qué buena frase con este motivo. Se admiraba según creo de que su compañera hubiese podido arrancarle de las estatuas. Sarrasine partió para Italia en 1758. Su ardiente imaginación se inflamó bajo el cielo de fuego de aquella Península, y en presencia de los maravillosos monumentos de que está sembrada la patria. Admiró las estatuas, los frescos y los cuadros, y lleno de emulación se dirigió á Roma, presa del deseo de inscribir su nombre entre los de Miguel Angel y Mr. de Bouchardon. Así, durante los primeros días distribuía su tiempo entre los trabajos del taller y el exámen de las obras artísticas que abundan en Roma. Había ya

pasado quince días en el estado de éxtasis que asalta á todas las jóvenes imaginaciones al aspecto de las ruinas, cuando una noche entró en el teatro de Argentina, ante el cual se apiñaba una gran multitud. Preguntó la causa de esta concurrencia, y las gentes le respondieron estos dos nombres ¡Zambinella! ¡Jomelli! Entró y se sentó en el patio, oprimido entre dos *abbati* notablemente gordos, pero colocado por fortuna bastante cerca de la escena. Levantóse el telon. Por la primera vez de su vida oyó esa música de que M. Juan Jacobo Rousseau le habia ponderado tan elocuentemente los encantos en una reunion del baron de Holbach. Los sentidos del jóven escultor fueron, por decirlo así bañados por los acentos de la sublime armonía de Jomelli. Las lánguidas originalidades de esas voces italianas hábilmente combinadas lo sumergieron en un éxtasis encantador. Permanecía mudo, inmóvil, sin sentirse prensado por los curas. Su alma se trasladó á sus oidos y á sus ojos, y creyó escuchar por cada uno de sus poros. De pronto aplausos, capaces de hacer hundirse el teatro, acogieron la entrada en escena de la *prima donna*. Adelantóse ésta por coquetería hácia el primer término y saludó al público con una gracia infinita. Las luces, el entusiasmo de la gente, la ilusion de la escena,

el prestigio de un traje, que en esta época tenía bastante atractivo, conspiraban en favor de esta mujer. Sarrasine dejó escapar gritos de placer, admirando en aquel instante la belleza ideal de que había hasta entonces buscado las perfecciones en la naturaleza, pidiendo á un modelo, innoble por lo comun, la redondez de una pierna bien formada, á otro los contornos del pecho, á aquel sus blancas espaldas, tomando, en fin, el cuello de una joven, las manos de esta mujer y las tersas rodillas de este niño, sin hallar nunca, bajo el frío cielo de París, las ricas y suaves creaciones de la Grecia antigua. La Zambinella le mostraba reunidas, vivas y delicadas esas exquisitas proporciones de la naturaleza femenina tan ardientemente deseadas y de las cuales un escultor es á la vez el juez más severo y el más apasionado. Tenía una boca expresiva, ojos amorosos, un cútis de una blancura deslumbradora, y junto á estos detalles, que hubiesen entusiasmado á un pintor, todas las maravillas de Vénus acatadas y copiadas por el cincel de los griegos. El artista no cesaba de admirar la gracia inimitable con que los brazos se unían al busto, la redondez ilusinadora de su cuello, las líneas armoniosamente descritas por las cejas y la nariz, luego el óvalo perfecto de la cara, la pureza de sus

animados contornos y el efecto de sus pestañas espesas y rizadas en que terminaban sus grandes y voluptuosos párpados. Más que una mujer era una obra maestra. Hallaba él en esta creación inesperada, amor para arrebatarse á todos los hombres y bellezas dignas de satisfacer á un crítico. Sarrasine devoraba con los ojos la estatua de Pígalion para él descendida de su pedestal. Cuando la Zambinella cantó, fué un delirio. El artista tuvo frío, y luego sintió un fuego que chispeaba de repente en las profundidades de su íntimo ser, de eso que llamamos corazón á falta de otra palabra.

No aplaudió, no dijo nada, sentía ese principio de locura á manera de frenesí que nos acomete en esta edad en que el deseo tiene yo no sé qué de terrible é infernal.

Sarrasine quería lanzarse sobre la escena y apoderarse de esta mujer. Su fuerza, centuplicada por una depresión moral imposible de explicar, porque estos fenómenos pasan en una esfera inaccesible á la observación humana, tendía á proyectarse con una violencia dolorosa. Al verle, se hubiera dicho era un hombre frío y estúpido. Gloria, ciencia, porvenir, existencia, lauros, todo se borró. Ser amado de ella ó morir: tal fué la divisa que Sarrasine llevó sobre sí mismo desde aquel

instante; tan completamente embriagado estaba, que no veía ni sala, ni espectadores, ni actores, no oía más que la cantante; mejor dicho, no existía distancia entre él y la Zambinella, la poseía, sus ojos se apoderaron de ella. Una potencia casi diabólica le permitía sentir el viento de su voz, respirar los polvos embalsamados de sus cabellos, ver los detalles de su rostro y contar las venas azules que surcaban su satinada piel. En fin, aquella voz ágil, fresca y de un timbre argentino, flexible como un hilo al que el más ligero viento da una forma, que riza y desriza, desenvuelve y dispersa; atacaba tan fuertemente al alma, que más de una vez dejó escapar esos gritos involuntarios arrancados por las convulsiones deliciosas, muy raramente sentidas en las humanas pasiones. Bien pronto se vio obligado á abandonar el teatro. Sus piernas, temblorosas, se negaban á sostenerle; estaba abatido y débil como un hombre nervioso que se ha entregado á una excesiva cólera, pues había tenido tanto placer ó quizás había sufrido, cual si su vida se hubiese derramado como el agua de un vaso volcado por un choque. Sentía en sí un vacío, un aniquilamiento semejante á esas atonías que desesperan á los convalecientes al salir de una grave enfermedad. Invadido por una tristeza inexplicable,

fué á sentarse sobre las gradas de una iglesia, y allí, con la espalda apoyada en una columna, se perdió en una meditacion confusa como un sueño. La pasión le había destruido. De vuelta á su casa, cayó en uno de esos paratismos de actividad que nos revelan la presencia de principios nuevos en nuestra existencia. Presa de esa primera fiebre de amor que contiene tanto placer como dolor, quiso engañar su impaciencia y su delirio dibujando á la Zambinella de memoria. Fué una especie de meditacion material. Sobre esta hoja de papel, la Zambinella se veía en esa actitud tranquila y fria en apariencia, afectada por Rafael y Giotto y por todos los grandes pintores; en aquella otra, volvía la cabeza graciosamente acabando un trino y parecía escucharse ella misma. Sarrasine dibujó á su amada en todas las posturas: la hizo sin velo, sentada, de pié, echada, casta ó enamorada, realizando, gracias al delirio de su lápiz, todas las ideas caprichosas que asaltan nuestra imaginacion cuando pensamos con vehemencia en una querida. Pero su furioso pensamiento iba más lejos que el dibujo: veía á la Zambinella, la hablaba, la suplicaba, apuraba mil años de vida y de placer con ella, colocándola en todas las situaciones imaginables y ensayando, por decirlo así, un porvenir con ella. Al día

siguiente envió á su criado á alquilar por toda la temporada un palco cercano á la escena. Luego, como todos los jóvenes cuya alma es potente, se exageró las dificultades de su empresa y la dicha de poder admirar á su amada sin obstáculos. Esta edad de oro del amor, durante la cual gozamos con nuestros propios sentimientos y en que nos conceptuamos felices casi por nosotros mismos, no debía durar largo tiempo para Sarrasine. Sin embargo, los acontecimientos le vinieron á sorprender cuando estaba aún bajo el encanto de esta primera alucinación, tan pura como voluptuosa. Durante una semana pasó completamente ocupado por el día en modelar el barro con ayuda del cual lograba copiar á la Zambinella, á pesar de los velos, las faldas, los corpiños y los lazos de cintas que se la ocultaban, y la noche, instalado desde temprano en su palco, solo y echado en un sofá, se formaba, semejante á un turco embriagado de ópio, una felicidad tan grande y tan pródiga como la deseaba. Desde luego se familiarizó gradualmente con las emociones demasiado vivas que le causaba el canto de su amada. Después sus ojos se acostumbraron á verla y concluyó por contemplarla sin temer la explosión de la sorda rabia de que había estado animado durante el primer día. Su pasión lle-

gó á ser más profunda al volverse más tranquila. Por lo demás el feroz escultor no sufría que su soledad, poblada de imágenes, adornada con las fantasías de la esperanza y llena de felicidad, fuese turbada por sus amigos. Amaba con tal fuerza y tal ingenuidad que sufrió los inocentes escrúpulos de que nos vemos asaltados cuando amamos por la primera vez. En comenzando á entrever que pronto sería necesario obrar, intrigar, preguntar dónde vivía la Zambinella, saber si tenía una madre un tío, un tutor, una familia, pensando en fin, en los medios de verla, de hablarla, sentía oprimírsele el corazón tan fuertemente con ideas tan ambiciosas, que dejaba todos sus cuidados para el día siguiente, feliz con sus sufrimientos físicos tanto como con sus placeres intelectuales.

—Pero, me dijo Mad. de Rochafide yo no veo todavía á Marianina ni á su viejecillo.

—Pues no veis más que á él, exclamó impacientado como un autor á quien se le destruye el efecto de un golpe teatral. Al cabo de algunos días, continuó tras una pausa, Sarrasine había venido tan puntualmente á instalarse en su palco, y sus miradas expresaban tanto amor que su pasión por la voz de Zambinella hubiera sido la novedad de todo París si hubiese pasado en él semejante aventura, pe-

ro en Italia, señora, en el teatro cada uno asiste por su cuenta, con sus pasiones con un interés en el corazón que excluye el espionaje de sus anteojos.

Sin embargo, el frenesí del escultor no podía escapar por largo tiempo á las miradas de los cantantes y las actrices. Una noche, el francés se apercibió de que se reían de él entre bastidores, y hubiera sido difícil saber á qué extremos se hubiera dejado llevar, si la Zambinella no hubiese entrado en escena. Ella dirigió á Sarrasine una de esas miradas que dicen á veces mucho más que lo que las mujeres quieren. Esta mirada fué toda una revelación.

—Si no es más que un capricho, pensó, acusando ya á su amada de demasiado ardor, no conoce el dominio bajo el que va á caer. Su capricho durará, lo espero, tanto como mi vida. En este momento tres golpes dados ligeramente en la puerta de su palco llamaron la atención del artista. Abrió, y una vieja entró misteriosamente.

—Jóven, dijo, si queréis ser feliz, tened prudencia, embozaos en una capa, cubrios hasta los ojos con un sombrero ancho, y luego á cosa de las diez de la noche, estad en la calle del Corso, ante el palacio de España.

—Estaré, respondió, poniendo dos luises en la arrugada mano de la dueña.

Salióse del palco, despues de haber hecho un signo de inteligencia á la Zambinella, que bajó tímidamente sus ojos voluptuosos como una mujer feliz por ser al fin comprendida. En seguida corrió hácia su casa, á fin de pedirle al tocador todas las seducciones que pudiera prestarle. Al salir del teatro un desconocido le cogió del brazo.

—Tened cuidado, señor francés, le dijo al oído. Es cuestión de vida ó muerte. El cardinal Cicognara es su protector y no se anda con chanzas.

Aun cuando un demonio hubiera puesto entre Sarrasine y la Zambinella las profundidades del averno, en aquel momento lo hubiese atravesado todo de un salto, porque semejante á los caballos de los inmortales pintados por Homero, el anciano del escultor habia franqueado en un mirar de ojos espacios inmensos.

—Aunque la muerte me esperase al salir de la casa, iría, contestó:

—*Poverino*, exclamó el desconocido, desapareciendo.

Hablar de peligro á un enamorado ¿no es darle placeres? Nunca habia el criado de Sarrasine visto á su amo tan minucioso al hacer su tocador. Su mejor espada, regalo de Bouchardon, el lazo que Clotilde le habia dado,

su traje bordado de lentejuelas, su chupa de brocado de plata, su tabaquera de oro, sus hermosos relojes, todo se sacó de los baules, y se adornó como una jóven que va pasear delante de su primer novio. A la hora marcada Sarrasine, ébrio de amor y de esperanza, y ocultó el rostro en su capa corrió á la cita dada por la vieja. Esta le esperaba.

—Habeis tardado, le dijo, venid.

Condujo al francés por muchas callejuelas, y se detuvo ante un palacio de bastante buen aspecto. Llamó y abrióse la puerta. Condujo á Sarrasine á través de un laberinto de escaleras, de galerías y de habitaciones, alumbradas únicamente por los inciertos rayos de la luna, y llegó al fin á una puerta, por entre cuyas junturas se escapaban vivos rayos de luz, y de la que partían los alegres ecos de muchas voces. Al pronto Sarrasine se vió deslumbrado, cuando á una palabra de la vieja entró en esta misteriosa habitacion, encontrándose en un salon tan brillantemente iluminado, como suntuosamente amueblado, en medio del cual se hallaba una mesa bien servida, cargada de sacrosantas botellas, de alegres frascos, cuyas rojas facetas centelleaban. Reconoció á los cantantes del teatro, mezclados con mujeres encantadoras, y dispuestos á comenzar una orgía de artistas, no esperando

más que á él. Sarrasine reprimió un movimiento de despecho y puso buen semblante. Esperaba hallar una habitacion débilmente alumbrada, su amada junto al fuego, un celoso á dos pasos, la muerte y el amor, confianzas cambiadas en voz baja, y tan cercanos los rostros, que los cabellos de Zambinella hubiesen acariciado su frente, cargada de deseos, ardiente de placer.

—Viva la locura, dijo, *Signori é belle donne*, vosotros me permitireis tomar más tarde mi revancha demostrando mi agradecimiento por la manera con que acogeis á un pobre escultor.

Despues de haber recibido los más afectuosos cumplimientos de la mayor parte de las personas presentes, á quienes conocia de vista, trató de aproximarse al sillón en que Zambinella estaba indolentemente echada. ¡Oh! cómo palpité su corazón cuando apercibió un piecito calzado con esos chapines que, permitid lo diga, señora, daban en otro tiempo á los piés de las mujeres, una expresion tan coqueta, tan voluptuosa, que yo no sé cómo los hombres podian resistirla. Las medias blancas muy estiradas y con mesgas verdes, los trages cortos, y los chapines puntiagudos y de tacones altos, del reinado de Luis XV, han contribuido un poco tal vez, á desmoralizar la Europa y el clero.

—Un poco, dijo la marquesa. Entónces no habeis leído nada?

La Zambinella, continuó sonriendo, habia cruzado descaradamente los piernas y balanceaba jugando la de encima, actitud de duquesa, que sentaba bien á su género de belleza caprichosa y llena de una especie de molicie seductora. Se habia quitado el traje de la escena y llevaba un corpiño que dibujaba un talle esbelto que hacia resaltar el tontillo y una falda de seda bordada de flores azules.

El pecho, del que un encaje disimulaba los tesoros por un lujo de coquetería, brillaba de blancura. Peinada poco más ó ménos como María de Barry, su cara aunque sobrecargada con una alta cofia, parecia aún más pequeña, y los polvos la sentaban muy bien. Verla así era adorarla. Sonrió graciosamente al escultor, y Sarrasine descontento de no poderla hablar sino delante de testigos, se sentó políticamente cerca de ella y le habló de música, celebrando su prodigioso talento; pero su voz temblaba de amor y esperanza.

—¿Qué teneis? le dijo Vitagliani, el cantante más notable de la compañía; andad, no teneis que temer aquí ningun rival.

El tenor se sonrió silenciosamente y esta sonrisa se repitió en los lábios de todos los convidados, cuya atencion tenia cierta oculta

malicia de que no habia de apercibirse un enamorado. Aquella publicidad fué como una puñalada que Sarrasine hubiese recibido de improviso en el corazon. Aunque dotado de una fuerza de carácter tal que ninguna circunstancia hubiese influido en su amor, no habia pensado acaso todavía en que la Zambinella era casi una cortesana y que no podia obtener á la vez que los goces puros que hacen del amor de una jóven una cosa tan deliciosa, los trasportes fogosos por los que una mujer de teatro hace apreciar los tesoros de su passion. Reflexionó y se resignó. Se sirvió la cena y Sarrasine y la Zambinella se colocaron sin ceremonia el uno junto al otro. Durante la mitad del festin los artistas guardaron cierto comedimiento y el escultor pudo conversar con la cantante. La encontró ingenio y discrecion, pero era de una ignorancia suprema y se mostraba débil y supersticiosa. Cuando Vitagliani destapó la primera botella de Champagne, Sarrasine leyó en los ojos de su vecina un susto bastante grande por la pequeña detonacion producida por el escape del gas. El estremecimiento involuntario de aquella organizacion femenina fué interpretado por el enamorado artista como el indicio de una excesiva sensibilidad. Esta debilidad encantó al francés. ¡Hay tanta proteccion en el

amor de un hombre! ¡Vos dispondreis de mi poder como de un escudo! Esta frase no está eserita en el fondo de todas las declaraciones de amor? Sarrasine, demasiado apasionado para dirigir galanterías á la bella italiana, era como todos los amantes á veces grave, á veces alegre y retraido. Aunque parecia escuchar las conversaciones, no entendia una palabra de lo que decian; tanto se entregaba al placer de encontrarse junto á ella, de besarla la mano, de servirla. Nadaba en una secreta alegría. A pesar de la elocuencia de algunas mútuas miradas, se admiró de la reserva en que la Zambinella se mantuvo con él. Ella habia empezado la primera á pisarle el pié, y á estimularle con la malicia de una mujer libre y enamorada, mas poco á poco se fué envolviendo en una modestia virginal despues de haber oido contar á Sarrasine un rasgo de su vida que pintaba la excesiva violencia de su carácter.

Luego la cena se convirtió en una orgía y los convidados se pusieron á cantar, inspirados por el Peralta y el Pedro Jimenez, duos alegres, aires de la Calabria, seguidillas españolas ó canciones napolitanas. La embriaguez estaba en los ojos, en la música, en los corazones y en las voces; se desbordó de pronto una viveza encantadora, un abandono cor-

dial, una franqueza italiana de la que no pueden tener idea alguna los que sólo conocen las reuniones de París, los *raouts* de Lóndres ó los círculos de Viena. Las chanzas y las frases de amor se cruzaban como las balas de una batalla á través de las risas, las impiedades ó las invocaciones á la Santa Virgen ó al *Bambino*. Uno se echaba en un sofá y se dormía; una jóven escuchaba una declaracion sin advertir que derramaba el Jerez sobre el mantel, y en medio de este desórden, la Zambinella, como aterrada, permanecia pensativa. Rehusó el beber, pero comió con algun exceso, mas la golosina dicen que es una gracia en las mujeres. Admirando el pudor de su amada Sarrasine hizo sérias reflexiones para el porvenir.

—Sin duda quiere casarse, se dijo, y entónces se abandonó su imaginacion á todas las delicias del matrimonio. Su vida entera no le parecia bastante larga para apurar el manantial de felicidad que encontraba en el fondo de su alma. Vitagliani, su vecino, le servia de beber tan á menudo que hacía las tres de la mañana sin estar completamente borracho, Sarrasine se encontró sin fuerzas contra su delirio.

En un momento de ardor, cogió en brazos á aquella mujer y escapó hácia una especie de

tocador que comunicaba con el salón y sobre la puerta del cual había fijado los ojos más de una vez. La italiana estaba armada de un puñal.

—Si te aproximas, le dijo, me veré en la precisión de clavarte en el corazón esta arma ¡Oh! tú me despreciarías. Yo he concebido demasiado respeto á tu carácter para entregarme así, y no quiero decaer del sentimiento que te inspiro.

—Ah! ah! dijo Sarrasine, mal medio de extinguir una pasión es el excitarla. ¿Estás acaso ya corrompida hasta el punto, que vieja de corazón, obras como jóven cortesana que aviva las emociones con que comercia?

—¡Pero ved que hoy es viernes! replicó ella espantada de la violencia del francés.

Sarrasine que no era beato, se echó á reír. La Zambinella dió un salto como una cabra asustada y se lanzó á la sala del festín.

Cuando Sarrasine apareció corriendo tras ella, fué acogido con una infernal carcajada y vió á la Zambinella desmayada sobre un sofá, pálida y como aniquilada por el esfuerzo extraordinario que acababa de hacer. Aunque Sarrasine entendía poco el italiano, oyó á su amada decir á Vitagliani en voz baja:

—«Temo que me mate.»

Esta extraña escena, dejó al escultor todo

confuso y le volvió el raciocinio. Permaneció primero inmóvil, luego halló el uso de la palabra, se sentó cerca de la jóven y la hizo protestas de su respeto. Encontró el medio de mudar de aspecto á su pasión, dirigiendo á aquella mujer los discursos más exaltados y para pintarla su amor, desplegó los tesoros de esa elocuencia mágica, intérprete lisonjero al que las mujeres rara vez se niegan á creer. En el momento en que los primeros albos de la mañana sorprendieron á los convidados, una voz de mujer propuso ir á Frascati, y todos acogieron con vivas aclamaciones la idea de pasar el día en la villa Ludovisi. Vitagliani bajó para alquilar los coches, y Sarrasine tuvo la dicha de llevar á la Zambinella en su faeton.

Una vez fuera de Roma, la alegría un momento reprimida por lo que cada uno había luchado contra el sueño, volvió á aparecer. Hombres y mujeres, todos parecían acostumbrados á esa vida original, á esa conducta de artista que hace de la vida una perpétua fiesta en que se ríe sin segunda intención. La compañera del escultor era la única que parecía abatida.

—¿Estais enferma? la dijo Sarrasine. ¿Queríais mejor volver á casa?

—No soy bastante fuerte para soportar todos estos excesos, respondió. Necesito de gran-

des cuidados; pero junto á vos ¡me encuentro tan bien! A no ser por vos, no me hubiese quedado á cenar, porque una noche sin dormir me hace perder toda mi frescura.

—Sois tan delicada, replicó Sarrasine contemplando las menudas facciones de aquella criatura encantadora.

—Las orgías me matan la voz.

—Ahora que estamos solos, dijo el artista, y que no teneis nada que temer de la efervescencia de mi pasion, decidme que me amais.

—¿Por qué? repuso ella; ¿para qué? Os he parecido bonita, pero sois francés y vuestro amor pasará. Oh! vos no me amareis como quisiera que me amasen.

—¿Cómo?

—Sin nada de pasion vulgar; puramente. Aborrezco á los hombres aún quizá más que detesto á las mujeres. Necesito refugiarme en la amistad, pues el mundo está desierto para mí. Soy una criatura maldita, condenada á comprender la felicidad, á sentirla, á deseirla y como tantos otros á verla huir siempre. Tened, señor, en cuenta que yo no os habré engañado. Os prohibo amarme. Puedo ser como un amigo consagrado á vos, porque admiro vuestra fuerza y vuestro carácter y necesito de un hermano, de un protector. Sed odo esto para mí, pero nada más.

—¿No amaros? exclamó Sarrasine, pero ángel querido. si tú eres mi vida, mi felicidad!

—Si dijese una palabra me rechazariais con horror.

—¡Coqueta! Nada puede asustarme. Dime que me costarás el porvenir, que dentro de dos meses moriré, que me voy á condenar por sólo abrazarte (y la abrazó á pesar de los esfuerzos que hizo la Zambinella para sustraerse á aquel beso apasionado) dime que eres un demonio, que necesitas mi fortuna, mi nombre, toda mi celebridad. ¿Quieres que no sea escultor? Habla.

—¿Y si yo no fuese mujer? preguntó tímidamente la Zambinella con una voz dulce y argentina.

—¡Buena broma! dijo Sarrasine. ¿Crees tú poder engañar al ojo de un artista? Sólo una mujer puede tener ese brazo redondo y suave, esos contornos elegantes. ¡Ah! quieres lisonjas?

Ella sonrió tristemente y dijo murmurando:—¡Fatal belleza! En aquel momento su mirada tenia yo no sé qué expresion de horror tan fuerte, tan vehemente que Sarrasine se estremeció.

—Señor francés, continuó, olvidad para siempre un momento de locura. Os estimo, pero amor no me pidais, ese sentimiento no

existe en mi corazón. No tengo corazón! exclamó llorando. El teatro, donde me habeis visto, los aplausos, la música, esa gloria á la que me han condenado, hé aquí mi vida, no tengo otra. Dentro de algunas horas no me vereis con los mismos ojos, pues la mujer que amais habrá muerto para vos.

El escultor no contestó; presa de una sorda rabia que le oprimia el corazón, no podía hacer más que mirar á aquella mujer extraordinaria con ojos ardientes. Aquella voz llena de debilidad, la actitud, los modales y el semblante de Zambinella impregnados de tristeza, de melancolía y de decaimiento, revelaban todos los tesoros de pasión de su alma. Cada palabra era un dardo. En aquel momento llegaron á Frascati. Cuando el artista tendió los brazos á su amada para ayudarla á bajar la sintió toda estremecida.

—¿Qué teneis? me hareis morir, exclamó viéndola palidecer, si teneis el más pequeño sufrimiento del que yo sea causa aunque inocente.

—¡Una serpiente! dijo ella mostrando una culebra que se arrastraba á lo largo de un surco. Tengo miedo á esos repugnantes animales.

Sarrasine aplastó de un pisotón la cabeza de la culebra.

—¿Qué valor teneis! exclamó Zambinella, contemplando con espanto el reptil muerto.

—Y bien, dijo el artista, ¿todavía os atreveréis á asegurar que no sois mujer?

Unieronse á sus compañeros y se pasearon por el bosque de la villa Ludovisi que pertenecía entónces al cardenal Cicognara. Aquella mañana se pasó bien pronto para el enamorado escultor, pero estuvo llena de una multitud de incidentes que le pusieron de manifiesto la coquetería, la debilidad, los melindres de aquella alma sin fuerza y sin energía. Era la mujer con sus miedos repentinos, sus rasgos de audacia sin motivo, sus caprichos sin razón, sus turbaciones instintivas, sus valentías y su deliciosa fineza de sentimiento. En una ocasión, en que se aventuró en la campiña el pequeño ejército de alegres cantantes vieron de lejos á algunos hombres armados hasta los dientes y de traje no muy tranquilizador. A la palabra de —¡Son brigantes! todos doblaron el paso para ponerse al abrigo de los muros de la villa del Cardenal. En aquel instante crítico, Sarrasine se apercibió por la palidez de Zambinella que la faltaban fuerzas para caminar. La cogió en brazos y la trasportó corriendo durante algún tiempo. Cuando se vió cerca de una viña inmediata, puso á su amada en tierra.

—Explicadme, la dijo, como esa extremada debilidad que en otra mujer sería fea y me desagradaría y cuya menor muestra bastaría para extinguir mi amor, en vos me agrada, me encanta? Oh! cuánto os amo, continuó. Todos vuestros defectos, vuestros terrores, vuestras nimiedades añaden no sé qué gracia á vuestra alma. Conozco que detestaría á una mujer fuerte, una Safo, valiente, llena de energía, de pasión. Oh! débil y dulce criatura! cómo podías tú ser de otra suerte! Esa voz de ángel, esa voz delicada hubiera sido un contrasentido si hubiese salido de otro cuerpo que el tuyo.

—No puedo, dijo ella, daros esperanza alguna. Cesad de hablarme así porque se reirían de vos. No me es permitido el impedirlos la entrada en el teatro, pero si me amais ó si sois prudente no volveréis más. Creedme, caballero, dijo ella con voz grave.

—Oh! calla, dijo el artista fuera de sí. Los obstáculos avivan el amor en mi pecho.

La Zambinella permaneció en una actitud grave y modesta, pero se repuso como si un pensamiento terrible la hubiese revelado alguna desgracia.

Cuando se trató de volver á Roma, ella subió á una berlina de cuatro asientos, ordenando al escultor con aire imperiosamente

cruel volverse solo en el faeton. Durante el camino Sarrasine resolvió robar á la Zambinella y pasó todo el dia en formar planes á cual más extravagantes. Al caer la noche, en el momento en que salía para ir á preguntar á alguien donde estaba situado el palacio de Zambinella, encontró á uno de sus amigos en el dintel de la puerta.

—Querido, le dijo este último, estoy encargado por nuestro embajador de convidarte á su casa para esta noche. Dá un concierto magnífico y cuando sepas que Zambinella asistirá...

—Zambinella! exclamó Sarrasine delirando á este nombre. Yo estoy loco por ella.

—Estás como todo el mundo, le respondió su amigo.

—Pero si sois mis amigos, tú, Vieu, Lauterbourg y Allegrain, me ayudareis para una sorpresa despues de la fiesta.

—No se trata de matar á algun cardenal, ni de...?

—No, no, dijo Sarrasine, yo no os propongo nada que no sea lícito á gentes honradas.

En poco tiempo el escultor dispuso todo para el éxito de su empresa. Llegó ya de los últimos á casa del embajador, pero fué en un coche de viaje tirado por caballos vigorosos y conducido por uno de los más audaces *vettu-*

rini de Roma. El palacio del embajador estaba lleno de gente, y no sin trabajo el escultor, desconocido para todos los concurrentes, llegó al salón en que Zambinella estaba en aquel momento cantando.

—Es sin duda, por respeto á los cardenales, los obispos y los abates que aquí están, preguntó Sarrasine, por lo que *ella* está vestida de hombre, con bolsa en la cabeza, los cabellos rizados y espada al cinto?

—Ella! quién es ella, contestó el caballero anciano á quien se dirigia Sarrasine.

—La Zambinella.

—La Zambinella? repitió aquel príncipe romano, os burlais? ó de dónde venís? Han salido nunca mujeres á los teatros de Roma? ¿No sabéis por qué criaturas se desempeñan los papeles de mujer en los Estados del Papa? Yo soy, caballero, quien ha dotado á Zambinella de su voz. Yo le he pagado todo á ese tunante, hasta su maestro de canto. Pues bien, es tan poco agradecido al servicio que le he hecho, que no ha vuelto á poner los pies en mi casa; y sin embargo, si hace fortuna me la deberá toda entera.

El príncipe Chigi hubiera podido continuar hablando largo tiempo, porque Sarrasine no le escuchaba. Una espantosa verdad habia penetrado en su alma, y como herido

de un rayo, permaneció inmóvil con los ojos fijos en la pretendida cantante. Su mirada inflamada tuvo una especie de influencia magnética, porque el músico acabó por volver súbitamente la vista hácia Sarrasine, y entónces su voz celestial se alteró. Tembló; un murmullo involuntario escapado á la reunion, á la que tenia como pendiente de sus lábios, acabó de turbarle, se sentó y paró su canto. El cardenal Cicognara que habia espiado con el rabo del ojo la direccion que tomó la mirada de su protegido, vió al francés, se inclinó hácia uno de sus eclesiásticos ayudantes de campo y pareció preguntar el nombre del escultor. Cuando hubo obtenido la respuesta que deseaba, contempló con mucha atencion al artista y dió algunas órdenes á un abate que desapareció rápidamente. Sin embargo, Zambinella, habiéndose repuesto volvió á comenzar el trozo que tan caprichosamente habia interrumpido, pero lo ejecutó mal, y se negó, contra todas las instancias que se le hicieron, á cantar otra cosa. Esta fué la primera vez que ejerció tal tiranía de capricho que más tarde le dió no ménos celebridad que su talento y su inmensa fortuna, debida, segun dicen no ménos que á su voz á su belleza.

—Es una mujer, decia Sarrasine creyéndose solo. Aquí hay oculta alguna secreta intri-

ga. El Cardenal Cicognara engaña al Papa y á toda la ciudad de Roma.

En seguida el escultor salió del salon, reunió á sus amigos y los emboscó en el patio del palacio. Cuando Zambinella se hubo asegurado de la marcha de Sarrasine, pareció recobrar alguna tranquilidad. Hacia media noche, despues de haber vagado por los salones como hombre que busca á un enemigo, el *músico* abandonó la reunion.

En el momento en que cruzaba la puerta del palacio, fué cogido con destreza por unos hombres que le amordazaron con un pañuelo y le metieron en el coche alquilado por Sarrasine. Helado de horror Zambinella permaneció en un rincon sin atreverse á hacer ningun movimiento, viendo delante de sí la figura terrible del artista que guardaba un silencio de muerte. El trayecto fué corto, Zambinella, conducido por Sarrasine, se encontró bien pronto en un taller sombrío. El cantante medio muerto, permanecia sobre una silla sin atreverse á mirar á una estatua de mujer en la cual reconoció sus facciones. No decia una palabra, pero sus dientes castañeteaban, transido de miedo. Sarrasine se paseaba á largos pasos. De pronto se paró delante de Zambinella.

—Dime la verdad, preguntó con voz sorda

y alterada. Eres mujer? El Cardenal Cicognara...

Zambinella cayó á sus piés con la cabeza baja.

—Ah! tú eres mujer, exclamó delirante el artista; porque ni aún un... No concluyó.—No, continuó, *el* no hubiera tenido tanta bajeza.

—Ah! no me mateis! exclamó Zambinella desecho en lágrimas. Si he consentido en engañaros fué por complacer á mis compañeros que querian divertirse.

—Divertirse, contestó el artista con voz de un eco infernal. Divertirse! divertirse! Y tú te has atrevido á jugar con la pasion de un hombre, tú?

—Oh! perdon!

—Debería matarte, gritó Sarrasine tirando con violencia de la espada; pero, continuó con frio desden, destrozando tu sér con un puñal, hallaría algun sentimiento que extinguir, alguna venganza que satisfacer? Tú no eres nada; hombre ó mujer, te mataria; pero...

—Sarrasine hizo un gesto de disgusto que le obligó á volver la cabeza y entónces vió la estatua.—Y eso es una ilusion! dijo. Luego volviéndose hácia Zambinella:

—El corazon de una mujer era un asilo, una patria para mí. Tienes hermanas que te

se parezcan? No. Pues bien, muere! Pero no, vivirás. Dejarte la vida es entregarte á algo peor que la muerte. No es mi sangre ni mi existencia lo que yo lloro, sino el por venir y la dicha de mi corazón. Tu débil mano ha trastornado mi felicidad. Qué esperanza puedo yo quitarte por todas las que tú me has matado? Me has rebajado hasta tí. *Amar, ser amado!* son de hoy más palabras sin sentido para mí como para tí. Sin cesar pensaré en esta mujer imaginaria en viendo una mujer real; y señaló á la estatua con un ademán de desesperación. Tendré constantemente en el pensamiento una harpía celeste que vendrá á clavar sus garras en todos mis sentimientos de hombre y que señalará á todas las demás mujeres con una marca de imperfección! *Mónstruo!* tú que á nadie puedes dar la vida me has dejado la tierra desierta de mujeres.

Sarrasine se sentó frente al cantor espantado y dos gruesas lágrimas salieron de sus ojos secos, rodaron á lo largo de su rostro varonil y cayeron á tierra; dos lágrimas de rabia, dos lágrimas acres y ardientes.

—No más amor! he muerto á todos los placeres, á todas las emociones humanas. Y al decir estas palabras cogió un martillo y lo lanzó sobre la estatua con tan loca fúria que erró el golpe. Creyó haber destruido aquel

monumento de su locura y entónces cogió de nuevo su espada y la blandió para matar al cantor Zambinella arrojó penetrantes gritos. En este momento entraron tres hombres, y el escultor cayó súbitamente atravesado de tres estocadas.

—De parte del Cardenal Cicognara, dijo uno de ellos.

—Es un beneficio digno de un cristiano, respondió el francés, y espiró.

Estos sombríos emisarios participaron á Zambinella la inquietud de su protector que estaba á la puerta esperando en un coche á fin de llevarsele en cuanto estuviese libre.

—Pero qué conexión existe entre esa historia y el viejecillo que hemos visto en casa de María de Lanty? me dijo María de Rochefide.

—Señora, el Cardenal Cicognara se hizo dueño de la estatua de Zambinella, la hizo ejecutar en mármol y se encuentra hoy día en el museo Albani. Allí es donde la familia Lanty la encontró en 1791 y suplicó á Vieu la copiase. El retrato en que visteis á Zambinella á los veinte años, momentos después de haberle visto centenario, ha servido más tarde para el Endimion de Girolet. Habéis podido reconocer el tipo en el Adonis.

—Pero ese ó esa Zambinella...?

—No puede ser, señora, mas que el hermano del abuelo de Marianina. Ya podeis conocer cuanto interés debe tener María de Lanty en ocultar el origen de una fortuna que proviene...

—Basta, me dijo ella, haciendo un gesto imperioso.

Permanecimos durante un rato en el mayor silencio.

—Y bien? la dije.

—¡Ah! exclamó, levantándose y paseándose con agitacion por la pieza. Luego se quedó mirándome y me dijo con voz alterada:

—Me habeis disgustado de la vida y de las pasiones para mucho tiempo. Todos los sentimientos humanos no se desenlazan tambien por atroces decepciones? Madres, nuestros hijos nos matan ó con su mala conducta ó con su frialdad. Esposas, somos engañadas. Amantes, nos vemos abandonadas y desamparadas. La amistad existe acaso? Desde mañana me haria devota, si no supiese que soy capaz de resistir como una roca inaccesible en medio de las tempestades de la vida. Si el porvenir del cristiano es tambien una ilusion, al ménos no se destruye hasta despues de la muerte. Dejádme sola.

—Ah! sabeis castigar, la dije.

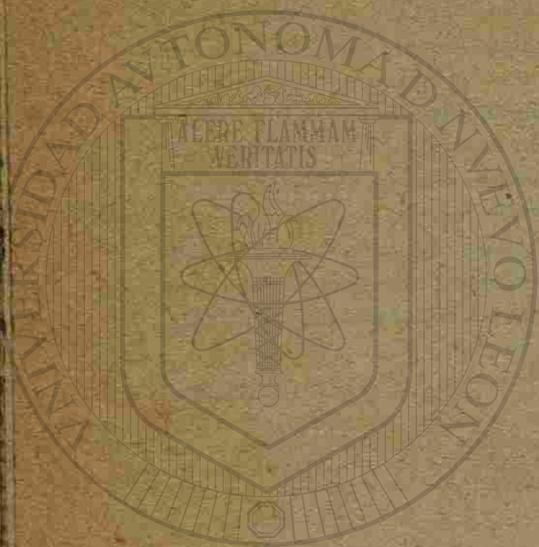
—No tengo razon?

—Sí, respondí con cierta rábia. Al acabar esa historia muy conocida en Italia, puedo daros una alta idea de los progresos hechos por la civilizacion actual. Ya no existen más de estas desgraciadas criaturas.

—París, dijo ella, es una tierra bien hospitalaria que todo lo acoge; las fortunas vergonzosas y las fortunas ensangrentadas. El crimen y la infamia tiene derecho de asilo y encuentran aqui simpatías. La virtud sola está sin altares. Sí, las almas puras tienen una pátria en el cielo. Nadie es capaz de comprendernos, me envanezo de ello.

Y despues de hablar así la marquesa quedóse pensativa.

FIN.



DIRECCIÓN GENERAL

LLUVIAS E INUNDACIONES

POR D. VICENTE DE VERA Y LOPEZ.

Véndese esta obra al precio de 2,50 pesetas en Madrid y 3 en provincias franco de porte, en las principales librerías y en la administración de *La Guirnalda y Episodios Nacionales*.—Barco 2, Madrid.

DEL MISMO AUTOR.

NUEVO PROCEDIMIENTO

para reconocer las adulteraciones de los vinos con materias colorantes extrañas

Memoria premiada en la Exposición Nacional Vinícola de 1877.—Véndese á 4 reales ejemplar en las principales librerías.

Calor y frío.—Lecciones dadas en Londres á un auditorio compuesto de jóvenes en las vacaciones de Navedad de 1867, por John Tyndall.—Un tomo de 144 págs. con 28 grabados.—Precio: 2 pesetas.

Elementos de Física al alcance de todo el mundo, por D. Gumersindo Vicuña, catedrático de la Universidad de Madrid.—Esta obra, adoptada como texto en la Escuela de Institutrices de Madrid, es la primera Físico-elemental que está en armonía con los más modernos adelantos de la ciencia. En 8.º mayor, 364 páginas con 83 grabados, 18 reales en Madrid y 20 en provincias.

Manual del Forestal, por D. Ricardo Beaumont y Peralta, Jefe facultativo de Sección que ha sido en varias empresas de ferro-carriles, Ayudante de Montes y auxiliar en el negociado del ramo del Ministerio de Fomento.—Un tomo en 8.º, 8 rs. Madrid y 10 en provincias.

Impresiones y juicio de la Exposición universal de 1878, por D. Gumersindo Vicuña.—Un tomo en 8.º, de 300 páginas, con dos láminas de colores y cubierta con grabados de la Exposición.

Esta curiosa obra tiene por principal objeto dar á conocer los adelantos y maravillas de este gran certámen á las personas que no han podido visitarlo é indicar las cosas que allí ha habido de mayor utilidad y aplicación para España. Al propio tiempo examina la parte que ha tomado nuestra patria en dicho concurso, lo que ha gastado y el resultado que ha obtenido.—Precio: 3 pesetas en toda España.

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

POR B. PÉREZ GALDÓS.

Administración, Barco, 2.—Cada tomo 2 pesetas.

GLORIA

Dos tomos.

La trascendencia del pensamiento de esta novela y la extraordinaria belleza de su forma hacen de ella, según la opinión de los más autorizados críticos, la mejor obra entre las escritas por el Sr. Pérez Galdós, y sin disputa una de las mejores contemporáneas.

MARIANELA

La gran reputación literaria del autor de la obra, y el ser esta la tercera de la serie de novelas contemporáneas, que tan justo éxito han alcanzado, hacen innecesario todo elogio, pues el solo anuncio de que se encuentra á la venta un nuevo libro del Sr. Galdós, bastará para que se apresuren á adquirirlo cuantas personas han tenido la suerte de leer *Doña Perfecta*, *Gloria* y otras notables producciones de tan insigne novelador.

En esta obra, como en las anteriores, se encuentran pensamientos elevados y tipos encantadores que ponen de manifiesto las grandes dotes del escritor de la época presente que, no solo procura distraer el ánimo con amena lectura, sino que proporciona pasto á la inteligencia y abre ancho campo á la meditación sobre importantísimos problemas sociales planteados con vigor y maestría admirables.

Dos pesetas en toda España.

OBRAS DE B. PÉREZ GALDÓS

NOVELAS ESPAÑOLAS CONTEMPORÁNEAS

- I.—*Doña Perfecta* (2.^a edición).
- II.—*Gloria* (dos tomos) (2.^a edición).
- III.—*Marianela* (3.^a edición).
- IV.—*La familia de Leon Roch* (tres tomos) (2.^a edición).

DOS PESETAS TOMO EN TODA ESPAÑA

EPISODIOS NACIONALES

PRIMERA SÉRIE.

- I.—*Trafalgar* (3.^a edición).
- II.—*La corte de Carlos IV* (2.^a edición).
- III.—*El 19 de Marzo y el 2 de Mayo* (2.^a edición).
- IV.—*Buñón* (2.^a edición).
- V.—*Napoleón en Chamartín* (2.^a edición).
- VI.—*Zaragoza* (2.^a edición).
- VII.—*Gerona* (2.^a edición).
- VIII.—*Cádiz* (2.^a edición).
- IX.—*Juan Martín el Empeinado* (2.^a edición).
- X.—*La batalla de los Arapiles* (2.^a edición).

SEGUNDA SÉRIE.

- I.—*El equipaje del Rey José*.
- II.—*Memorias de un Cortesano de 1815*.
- III.—*La segunda casaca*.
- IV.—*El Grande Oriente*.
- V.—*7 de Julio*.
- VI.—*Los cien mil hijos de San Luis*.
- VII.—*El Terror de 1824*.
- VIII.—*Un voluntario realista*.
- IX.—*Los Apostólicos*.
- X.—*Un faccioso más y algunos frailes menos*.

PRECIO DE CADA TOMO

DOS PESETAS EN TODA ESPAÑA

LA
FONTANA DE ORO

(1820-1823)

Un vol. en 8.^o de 400 págs.

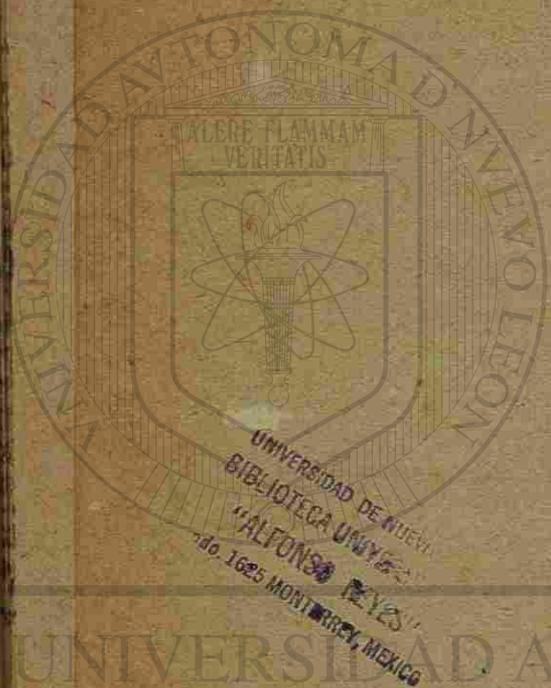
2 pesetas en Madrid y 2,50 en provincias.

EL AUDAZ
HISTORIA DE UN RADICAL DE ANTAÑO

(1804)

Un vol. en 4.^o de 336 págs.

Los pedidos de ejemplares se dirigirán á la Administración de *La Guirnalda* y *Episodios Nacionales*, calle del Barco, núm. 2 duplicado, 3.^o, Madrid.



UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

